

JAVIER URRRA

Déjale crecer

o tu hijo

en vez de un árbol fuerte será un bonsái



Índice

Cita
Agradecimientos
Viñeta de Forges
Introducción
Excusas al por mayor

I CAUSAS

1. La autoridad se diluye
2. ¿Quién educa hoy a los niños? Las redes sociales
3. Padres inmaduros. La no asunción de su papel
4. Equívocos abogados de sus hijos
5. Dejándose chantajear por los descendientes. Miedos parentales
6. Queriendo comprar el cariño de los hijos
7. Ser amigos de los hijos. El hogar como falsa democracia
8. Padres helicóptero

II DISTORSIONES

9. Que el niño no se traume
10. Sobreprotección. O cómo convertir un árbol en un bonsái
11. Deber, palabra innombrable
12. Educando para clientes, no para ciudadanos
13. Un parque temático

III CONSECUENCIAS

14. Primero yo, y luego yo. Niños egoístas, narcisistas, psicopáticos
15. La incapacidad para aceptar la frustración
16. Aquí y ahora. Diferir gratificaciones, una utopía
17. Los pequeños dictadores

18. Como el cristal. Duros pero frágiles
19. El choque con la realidad. Riesgos para los demás y para ellos mismos

IV

FORTALECIENDO A LOS HIJOS, A LOS ALUMNOS

20. Para convivir consigo mismo y con los demás
21. Para afrontar la vida sin pedirle más de lo que puede dar
22. Para ser agradecido. Para sentirse implicado
23. Para enfrentar el sufrimiento
24. Para alcanzar la autonomía

Epílogo

Anexo I. Protagonistas del devenir

Anexo II. Para leer detenidamente

Notas

Créditos

«Estos son malos tiempos.
Los hijos han dejado de obedecer
a sus padres y todo el mundo escribe libros».

MARCO TULIO CICERÓN

Agradecimientos

A quienes transmiten a sus hijos que lo importante no es lo que se hereda, sino lo que uno es capaz de alcanzar.

A quienes educan a los niños en la capacidad de reflexionar y actuar coherentemente, de generar proyectos, aportar alternativas y soluciones, enfrentar dificultades, poseer fortalezas para sobreponerse a los contratiempos y hechos lamentables, comprometerse y sentirse concernidos, ser optimistas. En pocas palabras, a dar lo mejor de sí.



*Viñeta de Forges dedicada a Javier Urra
y publicada en El País el 6 de enero de 1999.*

Introducción

En la actualidad, tenemos unos padres que sobreprotegen en exceso, que transmiten a sus hijos sus propios miedos, que quisieran que sus niños no sufran, no padezcan.

Este es un posicionamiento erróneo, muy de cuento de hadas.

Nacemos y sabemos que vamos a morir. La vida es despedirse continuamente y está plagada de incomprensiones, deslealtades, dificultades. La sociedad, los profesores, los progenitores harán bien en fortalecer a sus hijos, preparándolos para afrontar sinsabores, frustraciones.

La actitud debe ser optimista y esperanzada, pero también realista. A la vida no se le puede pedir más de lo que la vida puede dar.

Bien está intentar eludir dolores, traumas evitables, pero siendo conscientes de que hay experiencias que deben ser vividas personalmente. No cabe vivir la vida del otro.

Sobreproteger en exceso puede llegar a ser casi un maltrato.

Claro que los padres deben de intervenir activamente cuando un hijo sufre acoso escolar, o es el agresor, pero no deben considerarse un «casco azul» entre dos niños que riñen por la pelota en el jardín.

Hay que educar para la vida y cada uno ha de cargar con ella. Hay que enseñar a anticipar, a predecir, a prevenir.

Tenemos muchos padres con hijos únicos que a veces se convierten en hijos solos, pues están en permanente contacto con adultos (sus padres, sus abuelos).

La existencia es un equilibrio entre la seguridad y la libertad; el riesgo, el azar, lo imprevisible forman parte de nuestro discurrir vital.

A los niños hay que enseñarles mecanismos de afrontamiento, pensamiento alternativo, resolución de dilemas.

Parece que algunos padres necesitan demostrar una continua preocupación, en parte neurótica, llevando al niño constantemente al pediatra, al adolescente al psicólogo, etc.

Nacemos con un temperamento, pero hemos de forjar un carácter en contacto con los otros. Los niños deben ir a hospitales para ver a otros niños que están francamente muy mal y a la residencia de los abuelitos donde impera la demencia senil. Y, por supuesto, han de contactar con la naturaleza, ir a campamentos, escuchar su soledad, mirar a las estrellas. Querer a los hijos es darles autonomía, es prepararlos para que no nos necesiten, es aportar los instrumentos para que sean adultos con un criterio, con coherencia, con congruencia, con consistencia.

Hablamos mucho de empatía, y de resiliencia, y habremos de formar desde corta edad en estas características.

Créame, sobreproteger hace niños dependientes, frágiles, que necesitan un tutor, una directriz. Y cuando la vida los abofetea, quieren huir de ella y se ponen en riesgo. Vacunemos a nuestros hijos contra la desesperanza, la desilusión y el sinsentido. Aprendamos a crecer con ellos.

En este libro encontrará denominaciones relativas a los niños como pequeños dictadores, generación copo de nieve, niños afectados por el síndrome del emperador, híper-hijos. Usted sabe que hay muchos más, muchísimos más términos que nos hablan de esos niños que lo han tenido todo, que no solicitan, no demandan, sino que simplemente exigen. Niños que serán adultos y se convertirán más en consumidores que en ciudadanos. Niños puntualmente insufribles, que muchas veces son verdugos, cuando realmente han empezado siendo víctimas.

Y también, y referidos a los padres, aparecerán términos como padres helicóptero, quitanieves, guardaespaldas, que nos hablan de esos progenitores que buscan que los hijos sean ante todo, sobre todo y sobre todos, felices, que dan la razón a sus hijos por el mero hecho de serlo, que se dejan chantajear, sobornar, que quieren comprar su cariño. Esta hiperparentalidad, esta denominada sobrecrianza está relacionada con la necesidad de demostrar-se y de demostrar a los que les rodean que son muy buenos padres. Esos padres

que siempre se preguntan cómo sancionar a un hijo o te plantean si decirle que no a un niño podría traumarle. Seguro que ustedes han oído hablar de las madres agenda, de los padres-manager, del síndrome de Wendy.

Todos nos avergonzamos de ver algunos padres que van con su hijo a matricularlo en la universidad o de esos padres que increpan al entrenador por no sacar a jugar a su hijo, una figura potencial, aunque solo cuente con siete años.

Resulta innegable que los niños nacidos desde los años noventa en los países desarrollados son los que más atención han recibido de sus padres en la historia. No me atrevería a hablar de una epidemia de sobreprotección, pero no estamos lejos, y eso se traduce en niños muy miedosos, con fobias, pues no se les permite afrontar ningún riesgo. Hay que educar a los niños también a manejarse en situaciones de estrés.

En las plazas públicas o en los jardines, los niños han de jugar con otros, y hasta pelear con ellos. Serán los propios niños los que pongan las normas, los que enseñen a autodominarsse, a manejar la ira. No podemos ni debemos vivir en un mundo de miedos, de sustos absolutamente desproporcionados que trasladamos y transmitimos.

Los sucesos, las noticias, no nos pueden posicionar de manera paranoica creyendo que nuestros hijos van a ser secuestrados, violados, etc.

En los años setenta, el 90 por ciento de los niños que contaban entre seis y once años iban solos a la escuela, actualmente solo es el 5 por ciento, y la verdad, no hay un aumento de secuestros por parte de extraños (cosa bien distinta es si hablamos de algunos padres mal separados).

Hoy vemos niños a los que solo les falta llevar una etiqueta que ponga «muy frágil». Y, sin embargo, sabemos que cuando se hacen entrevistas de selección para la NASA, se pregunta cuánto, cómo y dónde jugaron de pequeños, y quien pregunta sabe por qué lo hace, pues la dependencia causa déficit de creatividad.

Y hablando de paradojas, la mayoría de los niños que llegan a los hospitales de urgencias han sufrido algún accidente en la zona donde los progenitores consideran que están más seguros, que no es otra que la casa, el hogar.

Es un error, no se dude, la pérdida de espacios de libertad para los niños. Los niños tienen derecho a ser frustrados, y a conocer los adverbios de negación. También es un error, y grave, «negociarlo todo», pues hay que hacer más fuerte psicológicamente al niño mediante competencias que lo ayuden a pensar, sentir y hacer.

En las páginas que vienen a continuación, hablaremos mucho de los niños, pero, debemos hacerlo también de los padres, algunos con poca tolerancia a la frustración.

Vivimos en ciudades muy grandes en las que se pierde mucho tiempo en los desplazamientos, las jornadas laborales son largas e intensas, los salarios son cada vez más bajos y, por ello, resulta difícil la presencia de relación estrecha y cálida con los hijos. Pero nadie me negará que las familias han de dar ejemplo de capacidad de perdón, que nos libera del pasado, y fidelidad al compromiso, que nos sujeta al futuro.

En cuanto al presente, el niño es un ciudadano único, una personalidad plena de individualidad y plenitud en su actualidad. Apreciemos a los niños como un todo, capaces de ser y obrar, participar, reflexionar, reinterpretar.

La infancia y la adolescencia no son simples etapas de tránsito, sino momentos de la biografía de seres individuales. Seres a los que hay que enseñar a vivir, descubrir, agradecer, saborear, afrontar los problemas.

En estas primeras páginas, permítanme que haga hincapié en la siguiente máxima: hemos de mostrar y transmitir el respeto por nosotros mismos y recordar que nos hacemos eternos a través de las personas a cuya educación contribuimos.

Y dicho lo anterior, la ética constituye y fundamenta nuestra personalidad. Vivimos y han de vivir en sociedad, y, como afirma Martin Buber: «No existe otra manera de construir una comunidad en la que se equilibre justicia y libertad más que basándola en la relación de encuentro entre personas».

Es claro y manifiesto que para alcanzar el bienestar se precisa asumir responsabilidad y compromisos, por lo que habremos de erradicar la falsedad de que la diversión y la felicidad son lo esencial, casi lo único, y además están asociadas al consumo.

Valoremos la austeridad, hagamos que los jóvenes se sientan ciudadanos, es decir, que estén comprometidos en buscar lo mejor para todos.

Anticipemos que solo puede responder de sí mismo aquel a quien se le enseña a autogobernarse. Es imprescindible recuperar las obligaciones, la *obligatio*, que establecen una vinculación con los demás. Ser padre, ser docente, implica no tener miedo a la certeza de que uno va a tener autoridad sobre alguien, y estará obligado a hacer buen uso de ella.

Usted —ustedes— y yo mismo sabemos que solo hay algo que tiene más valor que la propia vida: la vida de un hijo. Y partiendo de esta premisa, con total responsabilidad, entendamos que educar exige tener un objetivo.

No hagamos hiponíños. La voluntad de libertad se agranda desde la solidaridad, la disciplina, la austeridad.

Seamos conscientes: los niños no precisan padres perfectos, ni una obsesiva búsqueda de la excelencia. Tampoco los niños son un producto. Es un error hablar de «gestionar niños». Es fácil que los padres vean a sus hijos tan especiales y únicos, pero conviene que se lo replanteen y, en todo caso, que no deseen una escuela especial y única, una sociedad adaptada a su hijo.

Los padres de ansiedad extrema generan jóvenes que ante exámenes como los de la EVAU (antigua selectividad) muestran ansiedad generalizada, sentimiento de muerte, palpitaciones cardíacas, ahogo...

Hemos de formar el carácter, sabedores de que el juego y el aburrimiento son motores de creatividad. No encumbremos a los niños a una peana, no eduquemos a golpe de Google. No queramos ser hiperpadres e hipermadres.

Vivimos en una sociedad donde hay una insoportable presión para tener éxito. Además, los niños son muy buscados por los progenitores y se les tiene muy tarde, por lo que los padres son muy mayores. Añádase que antes se tenían tres o cuatro hijos o más y hoy, en España, la media por pareja es de 1,3, o sea, que antes se les prestaba menos atención. Fíjense en los hogares actuales y verán que las fotografías ya no son de los abuelos, sino de los niños.

Y así andamos, y así nos vemos.

Hay quien matricula a sus hijos en múltiples actividades extraescolares, algunas «cuchi-cuchi». También hay progenitores que cara a cara o desde grupos de WhatsApp, traspasan la línea roja del respeto en relación a la labor docente. ¿Y qué decir de los padres que atacan al árbitro pues ha amonestado a su hijo de nueve años?

Digámoslo claramente: los padres y las madres tienen actualmente más miedos que antes, y de eso se aprovechan algunos holgazanes y vagos. Son pocos, pero sí los hay, jóvenes «ni-ni» que desean vivir del cuento, que cumplen treinta años y siguen matriculados en la universidad sin ningún provecho, y naturalmente la palabra trabajo ni la conocen. Pretenden que sus padres les costeen sus gastos; es más, algunos los demandan judicialmente si se niegan a pagarles los caprichos. Además, siguen bajo su mismo techo. Estos caraduras deciden no dar palo al agua y vivir a costa de los infelices que les trajeron al mundo y no evitaron, con su educación, que el jeta se cronificara y que exigiera auténticos diezmos. El cordón umbilical permanece intacto.

Lo he visto con mis propios ojos en padres que acompañan a los hijos para matricularse en la universidad o para realizar entrevistas de trabajo.

Vayámonos más atrás y veamos a esos niños apalancados en su habitación y en el asiento de atrás del coche, que crecen ya desde una obesidad peligrosa. Inmediatamente después apreciamos que la depresión y la ansiedad infantil aumentan, así como el abuso de drogas, las autolesiones y el suicidio, que, por cierto, son más comunes en los elegantes barrios del centro de las ciudades y en las arboladas zonas residenciales de las afueras.

El consumismo ha entrado sigilosamente, en cada rincón de la vida de los niños.

Decíamos que este es un mundo hipereigente, y en el mismo hay niños que preguntan por qué los adultos tienen que controlarlo todo siempre. Hay quien considera que, sin quererlo (probablemente), los adultos han secuestrado la infancia de los niños. Hay niños que, en muchos casos, toman psicofármacos. Chicos que con doce años no han subido a un árbol porque sus padres les han transmitido una sensación de peligro.

Cuando los padres (no pocos monoparentales) solo quieren tener relación con el hijo, pero no con una pareja, no están interesados en debatir las pautas de educación, y más se obsesionan con sus hijos, menos se implican en el esfuerzo colectivo por alcanzar un bienestar social.

Vemos padres que hacen un esfuerzo titánico, que muestran un celo sobreprotector, que nos comunican ese ingenuo sentimiento de fracaso cuando el hijo sufre (sea por lo que sea). Son los denominados padres quitanieves,

también llamados *curling*. Nos referimos a esas mamás y a esos papás que van despejando frenéticamente el hielo por delante de su hijo.

Algunos niños se han convertido en el proyecto de sus padres. Debiéramos tranquilizarnos y programar menos. Los niños han de jugar solos, sin adultos ni ordenadores. Aún recuerdo cuando hacíamos tirachinas y catapultas.

Hay que dejar de lado el perfeccionismo y la excelencia. Sobreproteger es desproteger, pues, en gran medida, el desarrollo de la autoestima en los niños proviene de la superación de retos por su propia cuenta. Estamos dejando sin recursos psíquicos al niño para afrontar la existencia. Da la sensación de que, en alguna ocasión, detrás de esa conducta se esconde una larvada agresividad ante el crecimiento del hijo como ser autónomo que se despega de nuestro «Yo».

No se debe titubear cuando se trata de impartir disciplina. Treinta años como psicólogo de la Fiscalía de Menores me lo han enseñado. Hay que saber decir «¡No!». Los niños demandan, aunque no explícitamente, disciplina y firmeza. Los límites permiten a los niños sentirse seguros, no neurotizarse.

Vemos muchos niños mal-educados, que tienen muchos problemas para reconocer las figuras de autoridad. Tan es así que muchos de ellos acaban engrosando el amplio ejército que impone la terrible violencia filio-parental, violencia sobre la que escribí, en el año 2006 en esta editorial, un libro con el título *El pequeño dictador: cuando los padres son las víctimas*, y que en 2015, también en La Esfera de los Libros, retomé en *El pequeño dictador crece*, tras poner en marcha el Programa recURRA-GINSO para padres e hijos en conflicto en el que setecientos jóvenes han residido ya en Campus Unidos una media ininterrumpida de once meses. Pero, además, en otra editorial, escribí *Padres agobiados*, y es que ese título es real.

Y hablando de denominaciones, el término «generación blandita» es un poco injusto con tantos y tantos jóvenes bien educados, con tantos y tantos padres que lo han hecho bien. Seguramente reciba críticas por lo que pretendo plasmar en este libro, pero las asumo, las entiendo e incluso las aprecio, pero es una llamada de atención seria y grave.

Cuando alguien crece en su propio jugo, en su propio «Yo», no es fácil que acepte al otro en la ruptura o en la frustración. Estoy hablando de la

violencia de género y de una realidad que nos acompaña generación tras generación.

Pero retomemos el hilo argumental: a los hijos, a los alumnos, hay que entrenarlos por y para la vida, para afrontarla. Sin embargo, cuando sobreprotegemos a un hijo, estamos dándole algunos mensajes de manera subliminal, del tipo «No eres capaz» o «No puedes confiar del todo en ti mismo».

Los niños precisan amor, seguridad y normas. Ayudemos a robustecer su voluntad, y es que el sacrificio y la austeridad no producen frustraciones. Hoy, los bautizos, las fiestas de cumpleaños son un derroche económico innecesario, un despropósito.

Por poner un ejemplo simple de esta exagerada protección, en mi tiempo, aprendíamos a montar en bicicleta pedaleando. Ahora existe un kit previo que incluye casco, coderas, rodilleras, guantes. Con la sobreprotección sobre sus alas, los hoy niños no serán capaces de desarrollar una autorregulación interna. Los pequeños deben poder caerse para experimentar lo que supone levantarse.

Claro que hay padres quemados, y es que se esfuerzan en conocer y controlar todo lo que acontece en la vida de su hijo, y aún más, no contentos con esa labor de control, desean ejercer una labor fiscalizadora de todo lo que rodee su vida personal y social. Se trata de padres ansiosos, angustiados, que convierten la relación con sus hijos en un continuo y crónico interrogatorio. Vemos a muchos padres estresados, desbordados, vencidos de antemano.

Este libro pretende transmitir una serie de cuestiones sobre la educación de los hijos con sencillez, directamente, sin subterfugios, tratando de ayudar en lo posible a mejorar nuestra sociedad. Son muchos los trabajos en los que he tratado de explicar lo que considero esencial de la educación. Es el caso de *Educación con sentido común*, o de *Educación con criterio, criterios para educar*. Una vida dedicada a ello, una vida en la que se observan —¡y menos mal!— cambios y modificaciones que hemos de reseñar. Por ejemplo, apreciamos algunas etiquetas diagnósticas de TDAH, de problemas de aprendizaje, etc., que impiden ver lo que realmente está sucediendo: una parentalidad inmadura y en ocasiones incompetente.

Estamos, por decirlo de alguna manera, en la era del «hijo programado», y quizás por ello y por otras razones que usted conoce, observamos a muchos padres con sentimiento de culpa. También nos encontramos con padres mal separados o divorciados que compiten por ver si el hijo se encuentra más a gusto en una casa o en otra. Y apreciamos en padres adoptivos conductas que parecen querer compensar la falta de paternidad biológica.

Pensémoslo bien. Quizás la generación de padres actuales sea, en gran medida, la de los «egos mimados», y esa ola llega ahora a la playa, a descansar, a reposar, pero cuando vuelve se encuentra con la ola de sus hijos, y aquí se produce el choque. Esta nueva ola les demanda, les exige. En este encontronazo, para el que los padres no están preparados, la confusión es inevitable. Y llamo, por ejemplo, confusión a las injerencias de muchos progenitores en las tomas de decisión de maestros, entrenadores, etc.

Recuerde: si le resolvemos todas las demandas y problemas a los hijos, estos aprenderán a delegar todas las responsabilidades. En algunas casas, encontramos a su majestad el niño, y me refiero en estas modernas sociedades industrializadas, en las que los padres tienen dificultad para aceptar que los niños crecen, y estos, más que pedir, exigen compulsivamente. Niños insaciables que no valoran nada de lo que tienen. Niños a los que les cuesta afrontar situaciones nuevas, como un cambio de vivienda, o jugar y conversar con otros niños de su edad. Niños que se niegan a ir a campamentos.

Parece que se ha arrumbado la cultura del esfuerzo, y eso que la sociedad se rige por normas, por compromisos, no por gustos, demandas y deseos.

Confiar en los niños y dejarles desarrollarse y crecer es lo que les permitirá ser autónomos e independientes. Para conseguir una identidad propia, padres e hijos han de ir separándose.

Ahora bien, tengamos en cuenta que hablamos de familias hiperprotectoras y permisivas desde hace treinta (¡treinta!) años. ¡El problema no es de hoy!

Consentir para que no llore, ordenar su habitación, hacerle los deberes, impedirle que acuda a natación por miedo, que no ponga la mesa y no recoja la ropa..., eso es sobreprotección (por si alguien no lo tiene claro), estúpida sobreprotección.

Hay que educar con autoridad, pero mucho antes de que el niño sea adolescente, única forma de que acepte dicha autoridad en esa edad tan atractiva como convulsa. Nos encontramos a muchos niños retadores con conductas desafiantes, y es que la autoridad no se puede imponer *ex novo* en la adolescencia, tiene que ser una pauta vivenciada desde la infancia. Todo mal acto debe tener su consecuencia (el niño tiene derecho a ser sancionado).

Los niños, y desde corta edad, buscan sobrepasar la autoridad de sus padres, y si estos se dejan chantajear o quieren comprar su cariño o justifican sus errores, tendremos un pequeño dictador, que acabará siendo un gran tirano.

Todos vemos a madres y padres que no educan el carácter, y la sobreprotección mira a corto plazo. Un niño no debe ser levantado si puede hacerlo solo. Estamos generando jóvenes miedosos, fóbicos, con escasa capacidad para aceptar frustración, y en especial acontece por esos padres guardaespaldas, por esos progenitores que no fallan, van de error en error. Padres que hacen tambalear la autoridad de entrenadores, de profesores, que envuelven a sus hijos en papel burbuja o les adhieren una pegatina donde pone «¡Frágil!».

Si no queremos transmitir falta de seguridad al niño y vulnerabilidad, habremos de sostener sin asfixiar, de conducir sin controlar. Lo que no puede ser es basar la crianza en un *laissez faire*. Hay bastantes progenitores que están físicamente presentes, pero realmente están ausentes, ejerciendo una maternidad y paternidad pasiva.

Recuerden esta frase de Austin O'Mally: «Una rosa obtiene su fragancia de sus raíces, y la vida de un adulto obtiene su fortaleza de la infancia».

A veces, a los niños hay que dejarlos en paz. No hemos de convertirlos en el centro de atención. Evitemos el sobrevuelo incesante.

Sin querer generalizar, y en lo posible evitando críticas (que ya anticipo), me pregunto: ¿quizás algunos niños víctimas de acoso escolar lo son también de sobreprotección en el hogar? Observamos a algunos padres que encierran a sus hijos en una campana de cristal. Que absorben la identidad del niño —«¡Cuántos deberes nos han puesto hoy!»—. Hay otros padres que roban el tiempo de juego a la infancia con agendas que ni un «ejecupijo», hiperestimulando a sus hijos.

Recuerde que relativizar es importante, como lo es priorizar, educar en la resolución de dilemas, en la incertidumbre, en la duda. Hay que asumir y afrontar el conflicto; la paz familiar es importante, pero también hay que tomar decisiones.

Pese a lo que dicen algunas leyendas urbanas y algunos colegas confundidos, potenciar la autoestima al máximo no es correcto. Estamos en la moda pasajera de la autoestima. Lo que es importante es tener una habilidad social y personal, una valoración de sí mismo ajustada a la realidad. Vemos en la clínica y en la calle a muchísima gente que cree tener una valía inmensa, que se vanagloria de ella y que te espeta en la cara: «Yo ando bien de autoestima», y es como un globo que se hincha, que se eleva, pero que no tiene nada dentro.

Repito: ¡es necesario educar el carácter! Educar en cómo afrontar la vida. Transmitir la importancia del trabajo duro, de ser amable, de dar las gracias. Hay que fortalecer la voluntad, infundir perseverancia.

Como ven en esta introducción, intento, como el buen jamón ibérico, que sea entreverada, y voy intercalando lo que es y lo que entiendo debiera ser. Me produce perplejidad y disgusto encontrarme con padres y abuelos que cargan con la mochila del niño (no tan niño) hasta la puerta del colegio. ¡Y no me empiece usted con que lleva muchos libros! Y qué decir de los padres que solicitan que no se ponga en el colegio un cuadro de honor, ¡por si los demás se trauman! Al fin y al cabo, este tipo de educación sobreprotectora proporciona a los niños menos competencias emocionales y un sentimiento de precariedad y provisionalidad.

Estamos en una sociedad competitiva, con *rankings* no solo de universidades, sino de colegios. En esta cultura del miedo, muchos padres no van a permitir que el hijo estudie, por ejemplo, filología.

A la sociedad le debe preocupar tener pocos niños, pero también tener a bastantes padres inmaduros y sin visos de madurar, y padres inestables emocionalmente, de comportamiento errático hasta para ellos mismos. Pondré un ejemplo de incoherencia y contrasentido: se deja salir al niño de catorce años hasta medianoche y, eso sí, se le pone el desayuno.

Me gusta decir que la educación, como la cocina, la buena cocina, requiere atención, tiempo, mimo. No se puede realizar un buen plato en

microondas. Eduquemos con amplitud de miras, con ilusiones, con la búsqueda de resolución de los dilemas vitales.

Hace un tiempo no muy lejano (hasta yo me acuerdo), cuando los padres y adultos hablaban, los hijos callaban o se marchaban a su cuarto. Cuando decían que se aburrían, no se les hacía caso, cuando tenían una rabieta eran ignorados. Tal vez a quien lea esto le parezca una educación sacada del museo de los horrores. Puede que no sea la mejor, estoy de acuerdo. Pero no hemos encontrado el equilibrio necesario entre aquella percepción del niño como un ser que estaba allí y era poco valorado —«Cuando seas mayor comerás huevos»— a una situación inversa.

Permítanme otra anécdota que hará el texto más ligero. En la residencia Campus Unidos, en la que tenemos a jóvenes que están en conflicto con sus padres, cuando un chaval muestra alguna conducta o expresión de que se quiere fugar, se le retiran las zapatillas de deporte y se le ponen chanclas. No se fuga. Son muy vagos, eso de arañarse los pies en la huida les resulta inconcebible.

Y llegados a este punto, me planteo, me pregunto: ¿quién es usted? Muy probablemente mujer. ¿Por qué ha adquirido este libro? ¿Ya tiene hijos? Seguramente sí. ¿Y considera que son caprichosos? Creo que sí. ¿Tiene miedo o anticipa que puedan llegar a ser pequeños dictadores? No lo reconoce, pero sí.

Desde luego, los peores padres no adquirirán este libro, no se sienten aludidos, no creen que una conversación con el autor vaya a cambiar a su hijo.

También puede que usted sea una abuela o abuelo y quiera sutilmente indicar a sus hijos algunas pautas en relación a sus nietos. No me olvido de que también un magnífico maestro o profesor desee leer sobre este tema para orientar a los padres de sus alumnos. Incluso algún colega, algún psiquiatra, algún pediatra, que esté preocupado por esta realidad innegable.

Sea como fuere, tengo que agradecer su confianza en este cronista de la realidad, y esperar a que un día nos podamos encontrar en cualquier lugar, como en la feria del libro u otro, para charlar sobre lo aquí expresado.

Por si le interesa comunicarse conmigo e indicarme lo que estime, este es mi email: javier@urrainfancia.es

Excusas al por mayor

Todas las expresiones que enumero a continuación, y muchísimas más, me las han planteado y argumentado a lo largo de mi carrera profesional:

1. No hay manuales.
2. Educar, ¡es tan difícil!
3. Las nuevas tecnologías son tan imparables como perniciosas.
4. La sociedad ha perdido los valores.
5. ¿Y si se trauma?
6. No me sirve cómo me educaron para educar.
7. Soy incapaz de mantener un castigo.
8. Si le riño en la calle, la gente me mira.
9. Quiero que sea feliz.
- 10
· No quiero que me odie.
11. Hay tantas pautas educativas contradictorias.
- 12
· Le dedico poco tiempo, ¡encima no le voy a reñir!
- 13
· Le diga lo que le diga, no me hace caso.
- 14
· ¿Y si tiene un trastorno?
- 15
· No hay apoyo institucional.
- 16
· Los profesores no imponen disciplina.

17

- . La sociedad y los medios de comunicación transmiten antivalores.

18

- . Vivimos en un mundo corrupto, donde solo se valora el dinero.

19

- . Desde pequeño está con las nuevas tecnologías, ¿quién se las quita?

20

- . Los horarios de trabajo nos impiden dedicar el tiempo necesario para educar.

21

- . No puedo con mi hijo.

22

- . Me salió así.

23

- . Hay niños que son rebeldes y da igual lo que hagas.

24

- . Resulta muy difícil decirle que no.

25

- . Ser padre es muy duro.

I

CAUSAS

LA AUTORIDAD SE DILUYE

Tener hijos no lo convierte a uno en padre, del mismo modo en que tener un piano no lo vuelve pianista.

MICHAEL LEVINE

«¡PORQUE LO DIGAS TÚ!» (UN MENOR A UN JUEZ)

Este título es mucho más que una frase con *lead*, con impacto, es una realidad comprobada por el firmante de este libro. Y es que si un niño ahora ya adolescente, o mejor dicho, joven, nunca ha recibido una orden contundente que se ha de llevar a efecto porque sus padres no han querido, no han podido, no han sabido imponer criterios, normas, prohibiciones, es muy difícil que esta persona que pronto será adulta asuma de un juez una disposición, una medida.

Volvamos hacia atrás. El niño crece, juega, se desarrolla, solicita y es atendido. Demanda y se responde a todas las demandas, empieza por el pecho, continúa por el tipo de alimentación, prosigue con la marca de las zapatillas, por el tipo de niqui. Se expande con los horarios, con los consumos, etc., etc. Y, mientras tanto, este niño va a clase y a veces es recriminado por un profesor. ¡Pero he aquí que los padres lo defienden!, restando cualquier autoridad al profesor u a otros ciudadanos que reprochen la conducta de este niño que, por tanto, no aprende a vivir en sociedad, a ponerse en el lugar del otro, a con-vivir, a ser respetuoso, a asumir lo que conlleva la urbanidad.

Por el contrario, crece en su «Yo», en su convicción, en sus exigencias, en su dictadura. Y entonces con descaro, insolencia y estupidez, le escupe al juez estas palabras: «¡Porque lo digas tú!».

BOTELLONES. ENFRENTAMIENTOS CON LA POLICÍA

Un proverbio africano dice: «Para educar a un niño hace falta toda la tribu». Y hoy, son muchos los padres que perciben, que sienten que educan, o lo intentan, a contracorriente, por la dejación de otros padres, por la presión mediática que hace a los niños desde corta edad consumidores, que los erotiza; por unas redes sociales que facilitan la estupidez, la desresponsabilización, el insulto, la calumnia.

No hay padre que no te diga: «Educar hoy es más difícil». Y quizás tengan razón. Antes existía la autoridad del padre, la autoridad del profesor, la autoridad del policía, del alcalde, y hasta del cabo en el ejército. Todo ello se ha puesto en duda, y algo tan beneficioso como la democratización de las relaciones, de las instituciones, se ha infiltrado equívocamente de tal forma que te puedes encontrar en una reunión siendo profesor universitario con un alumno que te habla sentado con una gorra puesta. Es más, hay una tendencia a que no se utilice el usted, y en muchos casos se diluya el tratamiento de ilustrísimo señor, excelentísimo señor o magnífico rector.

No, no estoy de acuerdo. Cuando dicto una conferencia estoy encima del escenario, y eso no quiere decir en absoluto que sea más importante, pero sí es cierto que es la forma, la única forma, de poder ser visto y de ver.

Confundir la igualdad, los derechos, con un *totum revolutum*, es confundirlo todo. Yo no puedo, yo no debo, pronunciar una conferencia en chándal.

Y que nadie me juzgue como clasista, porque tampoco acepto que un taxista vaya en pantalón corto y chanclas. Es que es un servicio público, y ha de dar lo mejor para el pasajero, para su cliente. Por cierto, me llama la atención de forma desagradable cuando dice a otro colega: «Ya he *cargao*» (me siento mitad paquete, mitad animal de engorde).

Estimo esencial la urbanidad, valoro y mucho el conocimiento e implementación del protocolo, las formas, la actitud, el saludo, la despedida, los agradecimientos, el ponerse de pie.

Y es que la actitud, con «C», lo es todo. Se sabe quién es un militar, aunque vaya vestido de civil, por su forma de caminar, por lo recto que va.

Hay gente que es dejada, y otra que es sucia, y si no se cuidan a sí mismos, ¿cómo van a cuidar a los demás?

Querida lectora, querido lector, puede pensar que este Urra se va por las ramas, pero no, no, no es así. Este árbol tiene un tronco esencial, pero sobre todo tiene que tener unas raíces profundas, y así es cómo se abordará la vida, y los golpes de viento que la existencia acarrea. Educar a un niño supone posicionarlo ante sí mismo y ante los demás.

Veo jóvenes magníficamente educados, que tocan un instrumento musical, que practican un deporte, y que, por tanto, asumen su papel en relación a otros, se disciplinan en los horarios, en las formas. Esto es esencial y de buen pronóstico.

Cuando el individuo se cree siempre en la razón, cuando estima que no hay líneas rojas, que el ocio puede confundirse con el beber de forma compulsiva, indiscriminada, para confundirse en una masa informe, estarán de acuerdo conmigo en que perdemos la individualidad, la responsabilidad, el autodomínio. Y entonces, ocasionalmente, llega la policía y algún joven, cobarde, *atontao*, le lanza un casco de botella.

Pues bien, o mejor dicho, pues mal. En ocasiones, hemos tenido la suerte de tener la grabación de quien lanza ese casco, y algunos padres —malos padres— lo defienden con frases como: «Me sorprende», «Todos hemos sido jóvenes», «Creo que no lo volverá a hacer», «Lo lanzaría de forma festiva sin intención de hacer daño»..., y otras pobres y falsas excusas.

Con estos padres, el futuro de esos jóvenes es incierto, y el de la sociedad, preocupante.

Si designamos a alguien como autoridad y devaluamos inmediatamente su papel, nos convertimos —y convertimos a quien más queremos, a nuestros niños y jóvenes— en indefensos. La responsabilidad no es negociable.

EL TEMOR DE LOS CIUDADANOS A RECRIMINAR A LOS JÓVENES QUE HACEN GRAFITIS O DETERIORAN EL MOBILIARIO URBANO

Es muy importante que eduquen los padres, que eduquen los profesores, e incluso, si nos ponemos ingenuos y un poco Disney, que eduquen los medios

de comunicación. Pero es esencial que eduquen los ciudadanos, porque vivir en sociedad es eso: manejarse en la ciudadanía. Y cuando alguien está pintando un grafiti, golpea un semáforo, maltrata el mobiliario público, etc., es responsabilidad de la ciudadanía recriminar esa conducta.

Vivir en sociedad conlleva el apoyo mutuo, pero también la restricción mutua. Y es que con-vivir es adecuar nuestras pretensiones a las de otros, es adaptar y adaptarnos, es dialogar, diferir, construir en común.

Cuando la ciudadanía delega sus responsabilidades por miedo a la contestación de los jóvenes o a la de sus padres —o a la denuncia de estos—, entramos en un terreno pantanoso.

Se nos va la vida pidiendo el incremento de las fuerzas de seguridad, y haremos bien en plantearnos por qué. Claro que son muy necesarias para prevenir, detener e investigar delitos. Pero hay otras conductas que son cívicas —o incívicas— y, en muchas ocasiones, la propia comunidad de vecinos, la mancomunidad, el barrio, el pueblo, el ayuntamiento del pueblo o el distrito de la ciudad tienen que empoderar a las personas, a la gente, para convertirse en ciudadanos responsables que cuidan de lo que es común, de lo que es de todos.

Me cuesta creer, y mucho, que ese joven que rompe, que conduce irresponsablemente en bicicleta por la acera, que irrumpe con el monopatín entre personas mayores, permitiría que en su habitación se hagan hechos similares, como mancharle la pared, quitarle un póster, etc.

Hemos de educar en que lo mío ampara en ocasiones lo de otros, que tenemos un conjunto de árboles, de fachadas, de aceras que son de todos, y, por lo tanto, mías, pero también de los otros.

Parece que hay un mirar hacia otro lado cuando sucede algo, y lo más que alguien se atreve a hacer es llamar a la policía. La recriminación de un buen ciudadano debe ser apoyada por el resto, y, naturalmente, por los padres. El niño, el adolescente, el joven, ha de entender esa sanción social.

Recuerdo en alguna ciudad de Italia donde se enseña a los niños a poner carteles en los vehículos mal aparcados que impiden el paso de un cochecito con bebé, de una silla de ruedas, etc. Está muy bien que el niño, que el joven, se sienta, desde corta edad, ciudadano concernido, que se impregne de la

conciencia cívica, del cuidado, de la mejora, también ecológica (limpieza de ríos, etc.).

Cuando vemos a un adulto que deja en el campo un sofá, una lavadora, uno tiene ganas de llorar. ¿Qué está transmitiendo? ¿Qué egoísmo le embarga?

Sí, los ciudadanos hemos de aplaudir las buenas conductas de nuestros niños y jóvenes, y recriminar las que lo merecen.

HERRAMIENTAS SANCIONADORAS

Tras impartir conferencias a padres, es bastante común escuchar a algunos de ellos, en las distintas ciudades y pueblos de España, que están angustiados, que se sienten culpables por no poder dar de todo a sus hijos, a veces por problemas económicos, otras por falta de tiempo, y entonces, les consienten todo. Otros nos indican que realmente quien está con ellos y los maleduca son los abuelos. Por último, hay quien atribuye al temperamento con el que nació el hijo la etiología del problema.

Pero creo captar que muchos padres no quieren asumir su responsabilidad, sancionar, mostrarse maduros, adultos, y se manejan en una nebulosa de familia democrática, de amigo, de colega, absolutamente confundidos.

Hay progenitores que me dicen: «Le sanciono un martes, pero ¡cómo le voy a poner la sanción el viernes!». Esa incoherencia, esa incapacidad para mantenerse en una posición, impide educar.

La sanción es parte de la educación. La sanción es necesaria.

Distingamos la sanción del castigo. La sanción debe ser inmediata, proporcional, justa y explicada; es más, debe saberse con anterioridad que ciertas conductas llevarán aparejadas unas sanciones ya definidas.

No se trata de atormentar a un hijo, de culpabilizarle emocionalmente, sino de educarle, de enseñarle a anticipar consecuencias. No, el niño no es un animal al que se domestica, al que se le inducen hábitos solo con estímulos, refuerzos, condicionamientos. Es mucho más, es nuestro hijo, al que queremos, al que transmitimos seguridad y al que educamos en este presente para ese futuro inmediato, y por qué no, para este presente efímero.

Da la sensación de que hay padres que sienten que la forma en que ellos fueron educados no les sirve para emprender la educación de los hijos actuales, y ello por una sociedad cambiante en las características de familias, en las realidades tecnológicas, pero además, porque no hace tanto la madre usaba la zapatilla, el padre el cinturón o la bofetada a mano abierta.

Crear que porque se haya erradicado el castigo físico no se puede educar correctamente a los hijos es confundirse de pleno.

A veces nos encontramos con sentencias como: «Siete meses de prisión y más de un año sin ver a la hija por darle dos bofetadas y un tirón de pelos». Y parte de la sociedad clama: «¡Nos dejan sin instrumentos educativos!».

Maticemos. Este tipo de sentencias se producen generalmente, por no decir siempre, en casos de padres separados con disputas muy conflictivas en que el hijo o la hija transmite a uno de sus progenitores que ha acontecido esa conducta y son inmediatamente apoyados para que la denuncie. Si difícil es educar, cuánto más si los padres difieren o incluso se enfrentan y descalifican.

Alguien puede creer que una bofetada a tiempo es beneficiosa. La pregunta es: ¿cuándo es a tiempo? ¿A tiempo para el que la da o para el que la recibe? ¿Es pedagógica para el que la recibe o es terapéutica para el que la administra?

Pegamos un bofetón a un niño de ocho años por una conducta, y por la misma no lo haríamos con su hermano de dieciséis. ¿Es justo? ¿Es coherente?

Pegar a un niño es cobarde, y además no sirve, créanme, no sirve.

La autoridad la tienen los padres por el hecho de serlo, y se les delega socialmente para que la ejerzan, desde la *patria potestas*, pero con equilibrio, con moderación, y esa herramienta esencial es la sanción, que parte del afecto, y aún más, del amor.

Lo leerán varias veces en este libro: el núcleo familiar no puede actuar como una comunidad de vecinos, donde se argumenta, se debate y se vota. Resultaría, o resulta, aberrante.

Ahora bien, no se trata solo de responsabilizar a los padres. Hay conductas realmente incongruentes en la sociedad, y en la Administración. Pongamos un ejemplo: en las universidades ya no se permite exponer las notas públicamente, por si algún alumno se «trauma emocionalmente». Estamos rodeados de tontadas. Si un alumno no alcanza la nota, lo que tiene que hacer

es estudiar más; si es muy vago, abandonar; y eso sí, los verdaderos compañeros habrán de ayudar a aquel que tiene más dificultades.

¿QUIÉN EDUCA HOY A LOS NIÑOS? LAS REDES SOCIALES

*Los jóvenes hoy en día son unos tiranos. Contradicen a sus padres, devoran su comida,
y les faltan al respeto a sus maestros.*
SÓCRATES

«NO HAGAS CASO AL COLGAO DE TU PADRE» (VEINTITRÉS MENSAJES EN LA RED, EN UNA «QUEDADA» QUE TENDRÁ LUGAR A ALTAS HORAS DE LA NOCHE)

No hace tanto, el padre era la autoridad, el que transmitía el saber; es más, el hijo lo trataba de usted.

Hoy, la sociedad se ha democratizado, y bien está, se ha igualado en gran medida, y lo vemos entre padre y madre. Se ha socializado, y lo apreciamos en el uso del avión. Se ha comunicado en tiempo y espacio, y lo captamos en las redes sociales. Todo ello es muy positivo, pero es verdad que supone un nuevo factor de educación o de mala educación.

Antes, eran los padres, los abuelos, el maestro quienes transmitían las pautas educativas, las normas, la forma de conducirse. Hoy, los medios de comunicación y las redes sociales participan en, cuando no anegan, los factores de aprendizaje.

Los padres se preguntan continuamente: «¿Qué ve mi hijo en las pantallas?», «¿Cómo se comunica?», «¿Qué es lo que le influye?», «¿Cuánto le influye?». Y, a veces, parten del equívoco criterio de que las redes o un productor de televisión influyen sobre sus hijos más que sus propios criterios, su propio ejemplo. No se percatan de que el adolescente antes ha sido

preadolescente, y antes niño, y antes bebé, y antes un feto, y antes un proyecto, en el cual, y desde nuestro posicionamiento, podemos y debemos influir, sin hacer dejación de derechos y responsabilidades de los padres, siendo, por tanto, los que matizamos el uso de instrumentos, herramientas, utilización de medios de comunicación...

No digo, no decimos, que sea fácil, pero sí garantizamos que es un antecedente la educación de los padres, que es precursora, y que desde esa interiorización en el niño del modelo que deseamos, afrontará su relación con los otros, ya sea el profesor, ya sean los iguales, ya sean los filtros que pone ante aquello que le hacen llegar desde los medios de comunicación o desde las redes sociales.

Valoremos que la sociedad, en general, tiene los mismos *inputs*, y sin embargo, muchos niños, muchos adolescentes, muchos jóvenes, muchos adultos, nos manejamos con equilibrio, con salud mental, con ética, con gusto por vivir, y con-vivir. Por tanto, hay criterios, fórmulas, arte en la forma de educar a la mayoría de los niños que les permite ser sanos y entender lo esencial de la vida, y aprovechar lo mejor de ella y donar lo fundamental. Por ello, pongamos el foco, la lupa, en lo que funciona, veamos cómo lo hacen los que lo hacen bien.

En la mayoría de los libros y de las conferencias, los autodenominados expertos están todo el día señalando lo que se hace mal. Lo que precisamos es decir cómo se hace bien. Piensen, por ejemplo, en un buen cocinero que nos enseña una receta. No se trata de que nos explique todo lo que podemos hacer mal para perjudicar el plato. Dígase con claridad cómo, con qué, en qué momento hay que hacerlo. Ese es el reto de este libro.

«SI TÚ ERES UN DIPLODOCUS DIGITAL/TECNOLÓGICO, ¿QUÉ TENGO QUE APRENDER DE TI?»

Hay mucha confusión entre lo que es información y lo que es conocimiento.

En la red cualquiera puede acceder a una ingente cantidad de información, no siempre certera, muchas veces errónea, confusa, contradictoria.

Pero, en todo caso, el conocimiento supone la sedimentación, el aprendizaje de aquello en lo que uno ha mostrado interés. Conocer supone preguntarse, y algo más que curiosear, exige elaborar, generalizar, relacionar, dirimir, pensar, reflexionar, seleccionar.

Y digo todo lo anterior porque hoy hay muchos niños y no pocos jóvenes que exhiben, que tienen acceso directo a la información. Y es cierto. Pero eso no los prepara realmente ni en lo educativo, ni en lo laboral, ni en lo cívico. Es verdad que en casa de los abuelos existen enciclopedias de papel que ya nadie ojea, porque las consultas se hacen vía Google. Pero se precisa de tiempo de elaboración, de subrayar las ideas, de hacerlas nuestras, de memorizar, de aprender para acabar conociendo. Lo otro es como esa lluvia rápida, escasa, que al minuto desaparece, sin fecundar, sin servir de alimento a las raíces personales.

Vivir conlleva recordar, olvidar, matizar, maquillar e ir aprendiendo de la propia existencia y de la forma de afrontarla a lo largo de la misma. Los riesgos, los peligros, no se suelen conocer, salvo que uno los vea muy próximos o los viva personalmente.

La diferencia entre un adulto y un niño, generalmente, es que el mayor anticipa, prevé, y eso no nos lo da ni Google, ni la información, ni un barniz. Por cierto, hay personas que parecen saber mucho, pero la verdad es que no profundizan, no van a las fuentes, no saben realmente lo que dicen. Me estoy refiriendo a esas personas que resultan encantadoras para coincidir en un cóctel, te hablan de la ópera, del tesoro público, de los vinos húngaros, pero cuando uno rasca ve que no hay una base de ciencia, de pensamiento empírico, hipotético-deductivo.

Bueno será trasladar a nuestros alumnos, a nuestros hijos, que la capacidad de información hoy en una tablet o en un ordenador es muy superior a la de cualquier persona, pero que, sin embargo, la forma de elaborar esa información, de encajarla en sentimientos personales y sociales, es algo que solo le cabe al ser humano, que como toda especie ha de trasladar a la siguiente generación. Y es ahí cuando entran esas palabras llenas de contenido de los valores y las virtudes que definen a la persona.

De otra forma, un paleta podrá tener información o no, pero seguirá siendo un paleta. Aprovechemos las nuevas tecnologías para elaborar, junto a

los pequeños, preguntas, posicionar críticamente, generar dilemas. Así, les ayudaremos a ellos y ganaremos respeto hacia nuestra persona.

En resumen, que no sean nuestros hijos o alumnos los que se adentren solos en ese mundo virtual, pues confundirán su grado de autonomía con el de la verdadera libertad, y perderemos un medio, una herramienta esencial de contacto, de juego, de compromiso, de inteligencia relacional.

EL CONCEPTO DE INTIMIDAD EN ENTREDICHO.

¿HONOR, DIGNIDAD? CONCEPTOS GASEOSOS

El ser humano se diferencia del resto de las especies animales porque gusta de su intimidad, porque generalmente es cuidadoso con la intimidad de los demás, y si bien es voyerista, y a veces exhibicionista, no es menos cierto que estima entre las señas de identidad que le caracterizan la intimidad.

Y, sin embargo, parece que esa intimidad se diluye, se comparte en la red con todo y con todos. Hay un afán de desnudarse por dentro, de compartirlo todo, más allá de las dudas, las incertidumbres o las incoherencias. Y, ciertamente, cuando uno le cuenta a otro sus intimidades, es posible que se convierta en dependiente, pues, al fin y al cabo, el otro sabe de sus silencios, vulnerabilidades, etc.

Haremos bien en explicar a nuestros hijos y alumnos que la intimidad es algo que nos acompaña, es como nuestra propia sombra, nuestra.

Vivir lo es también en soledad, con nuestras partes más oscuras, aun cuando sean irrelevantes.

¿Por qué decirle a otro todo lo que uno piensa, todo lo que uno sueña? El ser humano es más libre cuando sabe hablar, y al tiempo sabe callar, y además, cuando sabe dónde hacerlo y cuándo hacerlo.

No son pocos los jóvenes que se sienten o sufren chantajes que vienen de la mano de haber compartido su intimidad con quien hoy la desvela desde la deslealtad. Me pregunto si esta moda de trasladar la propia intimidad tiene su razón de ser en esa ilusión por ser conocido, por ser valorado, para que hablen de ti.

Y cuando decimos que el honor y la dignidad parecen conceptos gaseosos es porque a veces se muestran devaluados, cuando no innecesarios. Si hay algo que la persona no ha de perder es su dignidad, su honor. De otra forma, casi dejaría de ser persona.

Es cierto que la dignidad y el honor conllevan exigencias, coherencia, mantener un criterio, afrontar riesgos, enfrentar injusticias, o lo que es lo mismo, ser un individuo maduro, con convicciones, y ajustando las acciones a los pensamientos.

Si queremos adultos dignos, con honor, que respeten su intimidad y la de los otros, habremos de educar en ello, haciendo que los niños y los adolescentes sacrifiquen muchas de sus apetencias e impulsos.

PRIMA EL GRUPO DE REFERENCIA SOBRE EL DE PERTENENCIA. LOS IGUALES. SE DILUYE EL «ASCENDENTE», LA *AUCTORITAS*, LA INFLUENCIA VERTICAL

Antiguamente, los padres sabían más que los hijos. Y los abuelos más que los padres. Se podía comprobar en la agricultura, en la mar, en los oficios. Hoy en día da la impresión de que los niños nacen digitales, mientras que sus padres, y ya no digamos sus abuelos, han quedado en este ámbito relegados, cuando no obsoletos. Y de este hecho, importante, pero puntual, hay quien concluye (entre otros muchos, los niños y adolescentes) que qué les van a enseñar quienes no saben utilizar las nuevas herramientas para obtener información, para comunicarse, etc.

Además, la educación hace años era, en gran medida, vertical, del padre al hijo, del maestro al alumno. Hoy, por el contrario, el plano es también horizontal, siendo significativo el aporte entre iguales. Un mundo denominado global, que ha modificado el concepto de tiempo y espacio, genera unos jóvenes que aparentan ser más independientes y autónomos, si bien se concluye que son en algunos aspectos profundamente inmaduros.

No son pocos los actores, entendidos como progenitores o maestros, que se sienten remando contra la corriente, intuyendo que hay un magma difícil de

determinar, que relativiza todo, que trastoca valores y virtudes, que quiebra criterios.

Nacemos muy dependientes, pero lo hacemos con una base biológica, unos ascendentes genéticos, un temperamento. Y es más tarde, en la educación, en la socialización, en que las circunstancias y el entorno nos van conformando un carácter que nos permitirá generar una personalidad, en algo modificable por nosotros mismos.

Y claro que el grupo de iguales, de referencia, es muy importante y quizás con los años aumente el peso de este grupo. Pero, en la educación, es esencial el grupo de pertenencia, es decir, los padres, los abuelos. Es más, el propio colegio nos hace sentir, o al menos debe hacerlo, que pertenecemos a ese grupo con sus líneas esenciales que se transmiten y caracterizan.

Bien está la educación horizontal, la igualdad, pero, en ocasiones, se confunde la amistad con el coleguismo, con hacer lo mismo que los otros pero sin propio criterio, sin límites, sin razones objetivas.

Cuando vemos niños de corta edad, apreciamos ya sin duda lo que reciben en casa, lo que elaboran en la escuela. Y son esos nutrientes los que les van a permitir, como los buenos árboles, crecer robustos, arraigados, hacia el cielo, y extender muchas ramas hacia los otros, pero sabedores de que los vientos y tormentas no los derribarán.

Nos están fallando las raíces, que han de ser profundas y extensas, e igualmente claras y previsoras de los muchos avatares a los que se verá expuesto todo lo que, de forma subterránea, humilde, sin dejarse ver, van a sostener.

Si lo pensamos bien, usted y yo, y todos, nos encontramos en la vida con que la formación inicial, aquellos antecedentes, son, en gran medida, los que nos permiten tomar unas u otras decisiones, realizar algunas conductas. Nuestra libertad de adultos se estructura, en una parte importante, en la dependencia de niños. Lo que quiero decir es que si al niño le damos, y desde el principio, una total libertad, acabaremos contemplando a adultos absolutamente inmaduros.

UNA NUEVA RED SOCIAL SIN VÍNCULOS COMPROMETEDORES

Nuestros niños crecen en una realidad virtual rodeados de una tecnología que ofrece muchísimas oportunidades, también de información, pero es igualmente cierto que estos niños carecen de defensas ante lo que reciben como normalizado, ya sea la pornografía, la violencia, el consumo de drogas, el despotismo, y esta relación, siempre tóxica y nociva, puede alterar su posicionamiento en el mundo.

Ante esta radiografía de la realidad, los padres y los profesores no hemos de pecar por omisión, por carencia. Hemos de dar lo mejor de nosotros, mostrándonos como somos, pero siendo como queremos ser. Claro que los padres pudimos sufrir por exceso de austeridad, o por el contrario, de sobreprotección. Claro que nosotros también somos hijos de una realidad, no siempre bondadosa o correcta, pero haremos bien en saber cómo somos, qué nos conforma y qué transmitimos, porque el ser humano, que es un individuo, lo es en la civilización, en la humanidad. Está bien definido, persona humana, y es que una cosa es cómo nacemos y otra cómo nos desarrollamos en relación con el otro. Lo vimos muy claro con el salvaje de Aveyron, que nació de la especie humana, pero creció entre animales, y por lo tanto, no desarrolló ni el lenguaje ni la correcta socialización.

La persona humana requiere del diálogo, del contacto, del debate, e incluso del conflicto con el otro, para saber distinguir su «Yo» del de los demás.

Precisamos educación para la ciudadanía, conocimiento de los derechos humanos, de lo que de verdad significa la polis, la ciudad, el entramado social, el Kairós, que es el tiempo y las oportunidades.

Tengo la impresión de que, en ocasiones, la violencia es explícita y terrible, y uno se pregunta, pero ¿dónde y con quién vivimos? Los que somos llamados como contertulios a los medios de comunicación estamos ya aterrados de tanta violación, de tanto asesinato, de tanto mal, que nace de algunas personas.

Pues nuestros niños captan la realidad, a veces tremenda, a veces demoníaca, pero en otras no son conscientes de esa banalidad en la que se le transmite lo sórdido de una forma cuasi humorística, y por lo tanto, imposible de rechazar.

Sí, precisamos educación para la ciudadanía que incluya ese aspecto tan esencial del ser humano que es la espiritualidad, la trascendencia. Y sabernos parte de un gigantesco universo, en el que somos pequeños, imperceptibles, vulnerables, pero sin embargo nos sabemos soberbios y vanidosos.

Es necesario posicionar al niño, al adolescente, al joven ante la inmensidad, hacerle ver su importante, su irrepetible unicidad, pero al mismo tiempo su insignificancia global. Esta es parte de la savia que ha de transmitírseles para que se ubiquen muy bien con su propio «Yo», y con los otros.

Y es que cuando hablamos de vínculo y de compromiso, también estamos refiriéndonos al silencio contemplativo para poder escuchar la voz interior.

PADRES INMADUROS. LA NO ASUNCIÓN DE SU PAPEL

*Nunca conocemos el amor de un padre hasta que nosotros mismos nos convertimos en
padres.*

HENRY WARD BEECHER

PADRES SIEMPRE JÓVENES

Es verdad que la esperanza de vida ha aumentado y continúa haciéndolo. También es verdad que hoy se es abuelo a una edad en la que las condiciones físicas y mentales se mantienen bastante bien. Es más, hay muchos abuelos que están con sus hijos, con sus nietos, y han de cuidar de sus padres ya muy mayores y deteriorados.

En esta nueva cronología de las generaciones, nos encontramos con muchos padres y madres siempre jóvenes. Y es verdad que practican pádel o hípica, que están estupendos, que se hacen pequeñas operaciones de *lifting*, y se preocupan por gustar. Lo que antes se consideraba un hombre o una mujer mayores, hoy día ha cambiado radicalmente.

Pero nos encontramos con un conflicto no manifiesto, que podemos explicar de la siguiente manera: si los padres son jóvenes, entonces, ¿sus hijos de dieciséis-dieciocho años qué son? ¿Preadolescentes?

Fijémonos en que se ha acortado el tiempo de la infancia y en cambio el de la adolescencia se dilata sin fin.

Así, nos encontramos con padres jóvenes, competitivos, deportistas, que gustan de la vida, que tienen proyectos personales, que se desarrollan profesionalmente, que a veces se separan y buscan nuevas parejas, es decir,

que, en gran medida —y está bien—, tienen su propia vida. No obstante, son padres que tienen que educar y es difícil compaginar ambas cosas, de ahí que acaben delegando en los abuelos de los niños, que dulcifican este proceso educativo; o bien sobrecargan a los niños de actividades extraescolares o encargan a una *nurse* que los cuide. Es decir, que no tienen tiempo real, ni interés prioritario en educar, en corregir, en mostrar, en estar junto a.

Estas palabras pueden parecer una crítica ácida o cáustica, pero no van con esa intención, sino que pretenden reflejar una realidad social, que permite señalar que los jóvenes se quedan en esta sociedad sin un espacio auténticamente suyo, pues sus padres escuchan música moderna, se comunican como sus hijos, buscan estar fibrosos y salir corriendo con la raqueta de tenis. ¡Que no! ¡Que no es una crítica! La cuestión primordial es: ¿qué tiene que hacer el joven para demostrar que lo es, para diferenciarse de sus progenitores?

Y si los padres son jóvenes, se muestran jóvenes, se gustan jóvenes, pudiera ser que ese tapón familiar, al que se une el laboral y el de dificultad de independencia para generar un hogar, retrase la madurez de los jóvenes, de los adolescentes, conformando un posicionamiento que gusta de solicitar de los padres ayuda, cuidado y protección.

Está bien describir lo que acontece, pero está mejor escudriñar por qué pasa y está fenomenal visionar qué hay que hacer para que confluyan intereses, obligaciones, respuestas necesarias.

Unos padres muy mayores, que tienen pocos hijos, que programan su nacimiento, que se sienten jóvenes, tienen muchas dificultades para admitir las rabietas de los niños, su llanto, su frustración. Son padres que solo quieren ver la perspectiva positiva, optimista, alegre y esperanzada.

Hay quien habla de los padres «osos panda», es decir, padres que no son adultos, que se mantienen en una inmadurez permanente. Que se confunden entre ser adultos y jóvenes.

Esta sociedad a veces muestra un claro desajuste: los niños ven dibujos animados que realmente son para adultos, mientras que para los adultos se programan contenidos absolutamente infantilizados.

Las líneas anteriores son una llamada de atención a esos padres que en ocasiones desean identificarse y parecerse al adolescente, para mimetizarse

con él en su forma de hablar, de vestirse, de relacionarse, y en esa ambigüedad o confusión, van de tolerantes para ocultar su miedo a ejercer la autoridad, a comportarse como adultos. Y repito, van de tolerantes, pero es que su personalidad es infantil, de tal modo que dificultan la madurez de sus hijos o les obligan a asumir el erróneo papel de «padres de sus padres».

Sí, vemos en la clínica, en los colegios o en la calle, a muchos padres que no son adultos, que disfrazan de actitud tolerante su miedo a ejercer de lo que son, o debieran ser: padres.

EMOCIONALIDAD NO SIEMPRE EQUILIBRADA, LÁBIL

A veces, nacen hijos que podemos calificar como difíciles, y si los padres son incompetentes, la situación es letal.

Debiéramos preguntarnos si todos los padres estamos preparados para educar a todo tipo de hijos. Quizás la respuesta sea no. Cualquier persona sabe que hay niños muy serenos, que duermen bien por la noche, descansan, no son llorones, son un gusto. Por el contrario, otros son muy demandantes, exigentes, negativistas, muy de rabietas. Hablamos de temperamento.

Y estos niños, ulteriormente adolescentes y más tarde jóvenes, pueden generar, por el entorno en el que se mueven, unas características que cabe también calificar como de jóvenes difíciles, disociales ocasionalmente y agresivos en otros casos.

Si no es fácil encontrar a un ser humano siempre equilibrado y fácilmente predecible ni para sí mismo, cuánto más difícil en caso de adolescentes y jóvenes.

Si hay algo que determina la adolescencia es la variabilidad, la imprevisibilidad, la apatía ocasional, el reto equívoco que puede llegar a ser entendido como fórmula para alcanzar la autonomía.

Y cuando todo esto se da, es esencial tener unos padres, en la medida de lo posible, tranquilos, serenos, que saben mantener una distancia óptima, que valoran, que no se enervan y dejan llevar por la ira, que no entran en un combate de igual a igual.

Los hijos, claro, son distintos, y precisan por tanto medidas diferentes. Fue un psicólogo espabilado, Allport, quien nos enseñó que con el mismo fuego que haces un huevo duro derrites la mantequilla.

Y en cuanto al chantaje afectivo, espero explicarme bien y que se me entienda. Los niños cuando nacen dependen de sus padres hasta para el alimento. Y estos les dan mucho más: amor, calor, vacunas, atenciones, enseñanzas de lo que es peligroso, les aportan el lenguaje, etc., etc. Es decir, generan un vínculo, un apego, un cariño, un amor. Y es desde ahí que, con suma moderación, los adultos con exquisita proporción, como se hace con la pimienta para sazonar, pueden en algo chantajear a sus hijos, es decir, transmitirles que ciertas desidias o ciertas conductas les generan desazón, disgusto, pérdida de confianza.

Cosa bien distinta es avergonzar a un niño o causarle sentimiento grave de culpa. En ese caso, solo conseguiremos que el niño vaya rompiendo amarras y se sienta tan lejano como dolido. Es terrible decirle a un hijo: «Me avergüenzo de ti», «No sé para qué te he traído al mundo», «Eres muy malo y obras desde la maldad»... Y resultan también devastadoras las comparaciones odiosas: «Ojalá te parecieras a tu hermano» o «Eres una nenaza»...

Hay padres que no debieran serlo, por desequilibrados o por enfermos, por odiosos, por drogadictos, porque no quieren a sus hijos, porque son absolutamente imprevisibles, porque desequilibran a quienes les rodean. Me estoy refiriendo a los casos extremos.

Educar a un hijo requiere mucho esfuerzo, equilibrio, prepararse, esperanzarse. Y saber que nos vamos a disgustar, a enfadar, que no vamos a comprender. Pero es también un reto que merece la pena, una forma de crecimiento y de aprendizaje mutuo. Damos una razón de ser a la vida y conformamos la sociedad. Podemos agradecer lo que recibimos, y sonreír con cariño por lo que dejamos.

BÚSQUEDA DE RECETAS O DE DIAGNÓSTICOS

Nos gusta que los hijos estén sanos física y psíquicamente, pero, sin ser muy conscientes, hay padres que ante el desarreglo relacional buscan nominar un

chivo expiatorio. Y esa designación pasa, en algunas ocasiones, por conseguir un diagnóstico, una etiqueta, ya sea trastorno negativista desafiante, ya sea TDAH (lo digo con sumo respeto hacia los profesionales, y hacia los niños que sufren estas dificultades, trastornos, síndromes, patologías).

Pero no nos desviemos. La idea es que una vez un niño tiene un diagnóstico, todo lo que acontezca se le imputa al mismo. Por lo tanto, si no hace caso a lo que se le dice, si se mete en conflictos, si realiza acciones disociales cuando no conductas que son faltas o delitos, los padres lo achacan al diagnóstico que lo explica todo.

Y no es verdad. Los que hemos trabajado muchos años en educación especial sabemos que niños con características tan claras como los síndrome de Down, afectos de la trisomía 21, pueden ser muy educados, muy sociables, ganar un alto grado de autonomía, conducirse correctamente, trabajar... Es una cuestión de educación, no solo de cromosomas. Y si eso es así, pues lo mismo puede ser aplicado a los niños con problemas de conducta que tengan algunas características que, si bien dificultan el aspecto relacional, ni lo lastran, ni mucho menos lo impiden.

Hay niños con lesión cerebral mínima, con el denominado síndrome de hospitalismo, con síndrome alcohólico fetal, con... Claro que dificulta la educación, ¿quién lo niega? Pero sí puede ser, ha de ser y debe ser abordada con más equilibrio, más apoyo y más esfuerzo.

Hay otras etiquetas genéricas, sociales, que también hacen mucho daño. Me refiero a esa idea de niños insoportables, adolescentes rebeldes, jóvenes difíciles. Y ya la sociedad lo duda, lo señala, les pone obstáculos.

He comentado en alguna ocasión públicamente que después de haber sido entrevistado miles de veces, jamás, jamás, se me ha preguntado por las bondades, talentos o virtudes de adolescentes y jóvenes. Lo he dicho públicamente, pero es igual, siguen sin preguntarme.

Hay muchos padres y muchos ciudadanos que entienden que la adolescencia y la juventud es una enfermedad pasajera que se cura a los dieciocho años, o quizás ahora un poco más tarde. Y eso confiere un posicionamiento de espectador, de dejar pasar el tiempo, de entender que es la cronología la que nos dará la respuesta. Craso error. Los problemas si no se abordan, crecen, a veces hasta tal punto que impiden su solución.

Soy doctor en psicología clínica y doctor en ciencias de la salud, y por lo tanto muy habituado a los diagnósticos, pero me gustan más los pronósticos.

Se cuenta que estaban dos expertos dando una conferencia, y al terminar se les acercó un señor y les dijo: «Soy un magnate, tengo muchísimo dinero y un hijo que crea muchos problemas. Les pagaré lo que me pidan, pero háganme solo una pregunta, he de coger en breve mi jet privado». Le preguntaron: «¿Cuál es la edad de su hijo?». Y contestó: «Once años». El autodenominado experto replicó: «No me hago cargo, ha empezado a meterse en problemas muy pronto». El verdadero experto dijo: «Yo sí me hago cargo, tenemos toda la adolescencia y la juventud para mejorarlo y erradicar esas conductas». El primero era un experto en diagnóstico. El segundo, en pronóstico.

PRECISANDO SIEMPRE DE AUXILIADORES (PSICÓLOGOS...)

Parece un contrasentido que un psicólogo como yo señale como preocupante que se psicologice la sociedad en exceso. Da la sensación de que necesitamos a nuestro lado un *coach*, un abogado y un asesor fiscal.

Por supuesto que a veces nos hace falta un pediatra, un psicólogo, un médico, un fisioterapeuta, un logopeda o... Pero la educación nos corresponde a los padres, y no debemos derivar las responsabilidades a otros profesionales clínicos o a terapeutas.

Observamos a progenitores que son como ese futbolista que se niega a tirar un penalti, o ese jugador de baloncesto que en el último tiro a canasta le pasa el balón a otro compañero.

Podríamos reír —o llorar— al ver a gente que se hace trampas a las cartas en el solitario, mira la página de respuestas al rellenar una sopa de letras o coloca una pelota de golf donde realmente no ha caído. Pero, insisto, educar es una función preciosa, ardua, continua de los padres, naturalmente en conjunción con otros miembros familiares, con los educadores, con otros niños y con nuestros propios amigos.

Cuando hay complicaciones, es necesario acudir a los especialistas, e incluso cuando estas solo se atisban, pues pronto se convierten en problemas.

Yo nací en Navarra, tierra de muy buenos productos como el espárrago, y hay que observar cuándo la tierra se empieza a abrir, pues por ahí aparecerá la punta del espárrago, la yema, y si asoma y le da el sol, se pondrá morada y su cotización se depreciará. Observar las conductas irregulares, sorprendentes, distintas a las que mantenía con anterioridad es muy importante. Aprender características distintivas de nuestros hijos en relación con los iguales puede ser sintomático, y sin alarmismo hemos de acudir a los profesionales, a los especialistas. Pero sin desresponsabilizarnos, ni echar balones fuera.

Hay asimismo otro tema que, por obvio, parece que no necesita ser indicado: si acudes al médico y te receta un medicamento, vas a la farmacia y lo adquieres, lo llevas a casa, pero no lo ingieres o no te lo aplicas, no te servirá de nada.

Cuando se obtiene un diagnóstico, se solicita un tratamiento, un cambio de conducta que hemos de llevar a efecto, de lo contrario vemos a niños que van de psicólogo en psicólogo, de psicólogo en psiquiatra. Y aprenden no solo que tienen un problema, sino que son un problema. Y muchas veces, simplemente carecen de una correcta educación. Esos mismos niños, en otras manos, crecerían mucho mejor.

El ser humano, y como especie, siempre miró a las estrellas y creyó en fantasías y en aquello que le traerá buena o mala suerte. Pero también aprendió a sembrar, a arar, a cuidar, a recoger frutos, desde la atención, desde la cotidianidad, desde el esfuerzo, desde el día a día.

Creo que está claro lo que quiero decir. Mi pregunta es: el que te dice «Doctor, ¿qué he de hacer?», ¿piensa hacerlo?

En muchas ocasiones, me he encontrado con padres que se me acercan con un hijo pequeño y me comentan: «Este es un dictador, hace lo que quiere, ya no podemos con él». Y yo me quedo patidifuso. ¿Cómo dicen eso? Y sobre todo, ¿cómo son capaces de soltarlo delante del hijo? ¿Qué esperan que pase después?

A veces doy conferencias en pequeñas localidades en las que todo el mundo se conoce, y algún progenitor se inicia con un: «Mi hija es muy envidiosa, habla mal de todo el mundo...». Me quedo «ojiplático», e intento que no continúe con esa labor devastadora, que llegará seguramente a oídos de su hija.

Tenemos magníficos profesionales. En el caso de los psicólogos los hay buenísimos, pero argumentan en muchas ocasiones que el problema no está tanto en los hijos como en sus padres, con los cuales hay que trabajar y mucho, pero ahí nos encontramos ocasionalmente con posicionamientos refractarios e incluso agresivos.

EQUÍVOCOS ABOGADOS DE SUS HIJOS

No es la carne y la sangre, sino el corazón, lo que nos hace padres e hijos.
JOHANN CHRISTOPH FRIEDRICH VON SCHILLER

HASTA CUANDO UN JOVEN VIOLA, EL PADRE CUESTIONA: «¿Y NO SERÁ QUE LA CHICA...?»

He visto algún caso en Fiscalía en que cuatro jóvenes organizaban algo más que una fiesta en el chalé de sus padres, en la sierra de Madrid, e invitaban a una joven a la que, tras la ingesta masiva de alcohol, violaban los cuatro. Y se desataba una violencia extrema, hasta el punto de arrancar los elementos que conforman el WC. El lunes se personaba un padre, acompañado de sus abogados para decir sandeces del tipo: «¿Y no será que la chica...?» o «Bueno, todos hemos sido jóvenes», etc. Con estos padres, el riesgo de reincidencia es alto.

Me rebelo contra el criterio de que los padres siempre se han de poner del lado del hijo. No lo comparto, no lo admito, naturalmente que no. Un buen padre tiene que recriminar gravemente a su hijo, tiene que llorar por lo que ha hecho su hijo, tiene que preguntarse qué ha hecho mal como padre, y ha de pedir perdón a la víctima y a sus padres. Y eso sí, el día que su hijo salga de la reclusión, allí estará el padre esperándole. No lo digo teóricamente. Es lo que yo hubiera hecho, seguro, si uno de mis hijos comete una salvajada de ese tipo. Y no empecemos con eufemismos del tipo «Se vio involucrado en...».

No alcanzo a entender por qué hay tantos padres que defienden a capa y espada a sus hijos en todos los ámbitos, en toda ocasión y en toda conducta. Pienso que hablamos de miedo, miedo a que el hijo se vuelva contra ellos, si

este padre no se muestra rendido o sometido al mismo, y por eso tergiversa la realidad e intenta argumentar lo indefendible.

Los hijos no necesitan abogados, sino alguien que les diga y les muestre lo que está bien y lo que está mal. Que les reconozca cuando obran bien, que les aplaudan solo cuando hagan algo extraordinario, que le recriminen cuando lo que hagan está mal y que les sancionen cuando esté muy mal.

Hay una expresión española que dice: «Pan para hoy y hambre para mañana». Defender a ultranza a un hijo no es positivo, es indigno, injusto, penoso, y además, este sabrá que tiene un padre algo más que blando, lo utilizará y se volverá contra él.

Responsabilizar al hijo es innegociable, porque además es un ciudadano, uno más, y repito, tiene derecho a ser sancionado, duramente sancionado, cuando ha ocasionado tanto daño, dolor y sufrimiento absolutamente innecesario y gratuito.

He puesto el caso de la violación como ejemplo por lo grave, por lo terrible. Hay otros muchos, muchísimos casos, que todos tenemos en mente, de padres que defienden equívocamente a sus hijos.

Y dado que hay tantos padres equívocos defensores a ultranza de sus hijos, precisamos de un reproche social claro, inmediato, contundente. No puede ser que miremos a otro lado. No debe ser que si los padres no sancionan, el menor se quede silbando melodías. Así no vamos a ningún lado.

Leo el tono de lo que estoy escribiendo y en él se aprecia un cierto enfado. Da la sensación de que reprendo, y así es.

«MI HIJO NO PARTICIPÓ EN ESTE TUMULTO» (Y ACABA DE MOSTRÁRSELE UNA GRABACIÓN DONDE SE LE IDENTIFICA SIN DUDA)

Es imposible que yo me invente las palabras que encabezan este apartado. Es la cruda realidad y lo hemos visto en más de una ocasión en Fiscalía.

Se trata de un caso repetido muchas veces de padres escudo de los hijos. Son padres confundidos que no quieren creer, ni saber, ni ver. Se dice que no hay peor ciego que el que no quiere ver, y de eso estamos hablando, de una cerrazón preventiva, cobarde, y que puede arruinar el crecimiento de un joven.

Todos hemos sido jóvenes y sabemos que, a veces, puntualmente, hemos hecho cosas, incluso contra nuestros principios y criterios, pero las hemos hecho. También somos conscientes de que hemos tenido épocas más conflictivas, más difíciles, donde nos hemos dejado llevar por situaciones de riesgo. Y otros saben lo que nosotros no hemos vivido, y es que necesitaban corrección, entendida también como una mano tendida que tira hacia arriba de quien está caído, de quien difícilmente podría a solas levantarse.

Caminar por la vida en relación con nuestros hijos con una venda no nos ayudará, es más, solo propiciaremos que tropiece.

Lo bueno, sano y natural es escuchar con atención a un tercero lo que se cuenta de nuestro hijo, pues como sucede con los adultos, no somos iguales en el trabajo, en la familia y en el tiempo de ocio. Y una vez escuchado lo que se nos tiene que decir, hay que mirar a los ojos al hijo y preguntarle, y asumir lo que ha realizado, lo que acontece, lo que subyace. Sí, afrontarlo. A veces terapéuticamente, en otras ocasiones con una reprimenda personal o social, y en otras, con una sanción, punitiva o judicial. Boicotear a las instituciones y a quienes tienen la obligación de hacer cumplir las normas es un grave error que no nos hemos de permitir.

Además, a los hijos los educamos los padres, pero también la sociedad, la ciudadanía, pues de ello depende la buena convivencia de todos.

No se dude de que hay que dar respuesta inmediata, categórica y proporcional cuando se producen los hechos, pues, de otra manera, los hijos reinciden, convirtiendo esta actitud en hábito, en una forma de conducirse francamente peligrosa y preocupante.

Pero es que, por otro lado, sus acciones pueden dañar, lesionar intereses de terceros, y estos, perjudicados o víctimas, son y han de ser prioritarios, por ellos mismos, por lo que representan y porque son la medida del crecimiento moral de nuestros hijos.

Cuando menoscabamos la autoridad de las fuerzas de seguridad, del profesorado, de un conductor de autobús, estamos maleducando, hasta tal punto que podría interpretarse no solo como una negligencia, sino como un verdadero maltrato, y no crean que estoy exagerando.

«NO PUEDE EVITARLO, DEBE SER HERENCIA DE SUS PADRES BIOLÓGICOS»

No son muchos, pero en algún caso escuchamos a padres que han adoptado, que el niño «viene con problemas», que «debe ser un problema biológico», cuasi ancestral, y que a saber a qué se dedicaba su madre o cuál fue el trato que se le dio en el seno materno y al nacer. Y que por tanto la educación choca, en este asunto, con una pared inabordable, refractaria. O, dicho de otra forma, el futuro del niño está marcado en sus genes, en su ADN. Podemos intentarlo, pero si las cosas no van bien siempre achacaremos el problema no al niño ni a nosotros, sino a aquel, aquella, aquellos que lo trajeron al mundo.

Y no quiero aquí meter el dedo en el ojo, ni culpar a quien no lo merece. Es cierto que con el temperamento se nace, es verdad que hay niños que vienen al mundo en circunstancias muy difíciles, que el embarazo los ha marcado, que las características físicas de la madre pueden haber sido muy significativas y que, al llegar al mundo, su padre, el hospicio, etc. han podido resultar devastadores. Pero entendamos que no están ya determinados. Reconozcamos que empezamos el partido perdiendo, pero eso nos va a exigir más esperanza, más compromiso, más amor, más determinación. El reto es mayor, pero no podemos salir a perder, no podemos cargar con esa losa al niño, ni hemos de tener escondida una respuesta que nos tranquilice y nos apee de cualquier responsabilidad.

Es fácil de decir y de escribir, y resulta muy difícil el día a día, pero he visto a padres que lo han conseguido, a padres que han sido rechazados, que han sufrido el desprecio, la distancia afectiva, la humillación, el interrogante, y han luchado, y han puesto normas, y han dado besos, y han abrazado, y han crecido junto a sus hijos realizando un milagro, dándoles un futuro. Es conmovedor verlos, es digno de aplauso, de agradecimiento.

Pero ellos saben, en su fuero interno, que pueden estar felices con esos hijos, y desde luego consigo mismos.

**«CRÉAME, SON LAS INFLUENCIAS. ÉL ES MAJO, PERO VA CON UNOS
PIEZAS...»**

Apreciamos cotidianamente que hay bastantes padres que se sienten examinados en sus hijos. Si estos suspenden, parece que el fracaso es de ellos, si estos realizan una mala obra, los padres se sienten preocupados. Y en esa proyección digna de estudio, se posicionan como equívocos abogados de sus hijos, entendido como de ellos mismos. Y ahí tenemos un problema. Una educación a la defensiva, de la opinión, de la crítica, de ciudadanos, de maestros, genera un niño tortuga, con un caparazón endurecido, pero una incapacidad para volar, para mirar más lejos, pues se vuelven siempre hacia sus padres, hacia su equívoco protector.

Este es un posicionamiento marcadamente confundido, pues desresponsabiliza al hijo, al individuo de sus actos o inacciones, lo hace dependiente, lo infantiliza, lo aleja del otro, de la sociedad. Ahoga el respeto hacia uno mismo, cercenando la dignidad, el propio honor.

Nos encontramos con padres de hijo único, por cierto, que una cosa es ser hijo único y otra bien distinta es ser hijo solo.

Reiteramos que el padre no debe de ser siempre un casco azul, que medie cuando su hijo entra en colisión con otro, y mucho menos que arremeta contra el profesorado.

Y aunque no todo lector esté de acuerdo con lo que voy a decir, a veces, cuando un hijo comete un hecho más que disocial, delincuencia, lo que necesita, lo que precisa, es una sanción reparadora para con la sociedad, de forma que el día de mañana pueda reencontrarse como un verdadero ciudadano.

Estamos cansados de oír: «Es que los profesores le tienen manía», y eso no puede ser así. Semejante desautorización es perniciosa. No puede ser, no debe ser, que los ciudadanos, y entre ellos los maestros, tengan miedo a corregir a un alumno por temor a la respuesta desproporcionada, injusta y antieducativa de algunos padres.

Hay padres que no calculan el daño que hacen a sus hijos al mostrarse retadores ante profesores, entrenadores y árbitros. No permitir «que le dé el aire por la cara» al hijo es un error seguro, que tendrá consecuencias a breve plazo.

Y qué decir de esos padres que justifican: «Había bebido, no sabía lo que hacía». La verdadera pregunta es: ¿estos padres creen lo que dicen? ¿O se

preguntan si había bebido su hijo para hacer aquello que no debía hacer, pero dándose en la excusa una coartada? Genera algo más que desazón escuchar en la sala de juicios que se asesore a un menor diciéndole que no reconozca su participación en los hechos, es decir, que no se responsabilice. También nos encontramos con quienes buscan diagnósticos de síndromes y trastornos para excusar conductas: «Es que tiene baja autoestima»; «Es que tiene TDAH». Hay quien confunde, no sé si voluntariamente, trastorno mental, inmadurez, vagancia, falta de educación. Lo que observamos mayoritariamente es carencia de autonomía y sobre todo déficit de responsabilidad.

No crean que es anecdótico el siguiente razonamiento: «Mi hijo es bueno, es un bendito, es encantador, y nosotros también lo somos, y siendo así concluimos que la culpa es de los demás, de las circunstancias, del entorno...».

DEJÁNDOSE CHANTAJEAR POR LOS DESCENDIENTES. MIEDOS PARENTALES

Educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para las dificultades de la vida.

PITÁGORAS DE SAMOS

«¿Y SI SE TRAUMA?»

Esta pregunta se oye mucho, y siempre se afirma que lo dijeron algunos psicólogos, algunos algunos pedagogos... Si he de ser sincero, yo no se la he oído más que a aquellos que hacen semejante aseveración. ¿Se ha dicho realmente? ¿O resulta ser una excelente excusa para todo?

Nos preguntamos por qué hay tantos padres que quieren comprar el cariño de sus hijos, que se dejan no solo engatusar, sino engañar por ellos. Y no encontramos otra respuesta que la de un equívoco sentimiento de culpabilidad difuso por su edad al haber sido padres, por no darle hermanos, por dedicarles poco tiempo, por mil y una razones.

Añádanse miedos, a accidentes, secuestros, ataques de pederastas, agresiones de los compañeros escolares y un interminable etc. Nos encontramos entonces con padres, ya sean en pareja tradicional, separados, de familia monoparental, que van al lado del niño sujetando un paraguas para que no se moje, o una sombrilla, para que no le dé el sol. Entiéndanme la metáfora, la exageración, pero no se confundan, hay chavales que en mi época estarían en «la mili» (ejército) y ahora van acompañados de sus padres a la consulta del ambulatorio médico o a matricularse en la universidad.

A nadie se le escapa que dejarse coaccionar cuando el niño cuenta con corta edad no puede obtener otra respuesta que no sea entrar en una peligrosísima espiral de chantaje, incluso hasta contra uno mismo. Todo vale para conseguir el objetivo, y es que, sin querer, es lo que se les ha transmitido.

Claro que decir «¡No!» es duro, claro que sancionar tiene un coste, claro que parece haberse impuesto el estúpido criterio de *laissez faire*, y que hay un algodonoso planteamiento social en algo roussoniano, que parte de la falaz idea de que el niño es bueno *per se*, que no requiere de límites, de normas y ocasionalmente de sanciones.

En mis conferencias digo que cuando un niño se cae, se levanta; el que se rompe la cadera es el de ochenta años. Los niños no se trauman por una sanción, se trauman por un maltrato continuado, por un desamor. Es más, la falta de normas y de límites les hace neurotizarse. Precisan sanciones, cuando lo merecen, y ellos saben que lo merecen, aunque no les guste ser sancionados.

Pongamos un ejemplo bien sencillo: un niño pequeño le dice a los abuelos que quiere subirse a un tiovivo, y se monta en el caballo, y luego en el camión de bomberos, y luego quiere en el camión que lleva refrescos de cola, y a lo mejor el abuelo disfruta tanto o más que el nieto, y tiene poder adquisitivo para decirle que sí y que se monte en todos. Sin embargo, eso no es educar. Al final, el niño no valorará ningún viaje y, por otro lado, la vida le enseñará a tener que esperar y cuando su avión se retrase cuando pensaba realizar un viaje, notará de pronto un dolor lacerante.

La vida sí te trauma, por pérdidas, por hechos lamentables, y uno aprende a convivir con sus miedos, con sus sombras, dentro de su vulnerabilidad, pero con rectitud, sabiendo lo que está bien y lo que está mal, y ciñéndose a su desarrollo moral.

Por eso, a los niños hay que sancionarlos cuando lo merecen, sin miedo a que se traumen. Lo hará también el profesor, lo hará también el árbitro, lo hará su verdadero amigo que le dirá a la cara lo que es inaceptable, y se lo dirá exactamente porque es su amigo, porque lo quiere, porque no ha de rendirle pleitesía, porque el tiempo de la tiranía y la esclavitud acabó.

ESCASO RESPETO A LOS ABUELOS (HASTA LA ETNIA GITANA)

Los que ya tenemos edad y somos abuelos recordamos el trato no solo de afecto, sino de respeto hacia nuestros abuelos. Nadie osaba sentarse a la mesa hasta que lo hacía el abuelo, que la presidía e invitaba a almorzar. Hoy, y en gran medida, los abuelos, aun estando bien físicamente, son muy relegados, a veces ridiculizados por los propios nietos, en alguna ocasión también utilizados por sus propios hijos como canguros.

Quizás sea verdad que las nuevas tecnologías (que ya llevamos años llamándoles nuevas) son más conocidas por los nietos. Pero no se dude, la esencia de la vida la captan los abuelos, que saben expresar lo esencial, y eso porque han vivido, porque han conocido, porque han elaborado.

No, no, no se trata de ponerse ñoño, ni *gagá*, ni de empezar a babear. ¡Qué no! Se trata de señalar lo injusto, porque es malo para un abuelo sentirse un mueble viejo, un jarrón que nadie sabe dónde colocar, pero es mucho peor para los nietos no trasladar el afecto, la calidez, el respeto, la admiración.

Se empieza por pasar por delante al salir de la puerta, y se acaba por arrumbar al más mayor. Esto supone una grieta intergeneracional terrible. Es lo mismo que sucede cuando anticipamos que un edificio se derrumbará por el tipo de fallas que se pueden observar en él.

Son muchos años, muchos, los que he trabajado en la Fiscalía de Menores, y siempre me asombró cuando llegaba al despacho el abuelo gitano con su traje de rayas, su reloj —como los dientes— de oro y su bastón. Se sentaba, te miraba de frente, y su nieto, ese joven que iba a ser juzgado, se mantenía de pie, casi firme, en un segundo plano.

Es más, alguno de estos abuelos gitanos iba acompañado, si no lo era él, de un pastor evangelista y te decía con claridad y rotundidad, mirándose al anillo, también de oro: «Déjemelo a mí, y si hay que mandarlo a otra ciudad y que no vuelva en años, lo decidimos usted y yo».

Las cosas han cambiado, y algunos jóvenes gitanos no enganchados a la droga revelan algún perfil arisco con los padres de sus padres, si bien muchísimo menos que los denominados payos.

Cuando el niño se muestra insolente, sus padres, y por respeto al abuelo, y a su propio hijo, deben actuar de inmediato de forma taxativa: «Esto no volverá a pasar, no te lo admitiré nunca».

Y es que, como se dice comúnmente, no podemos poner un tejado si no tenemos un buen edificio y esté sostenido por unos buenos pilares que son los abuelos.

BUSCANDO SIEMPRE ARGUMENTAR, CONVENCER, NO IMPONER

Da la sensación de que el criterio de los padres se está perdiendo. Digo y repito que los padres hemos de ser como una pared, donde los hijos se apoyan para trepar, pero también donde han de chocar.

Bien está argumentar, hablar, intentar convencer, pero hay un momento, una situación, en la que el adulto debe decidir, ha de resolver y, si se necesita, ha de imponer.

Se nos ha colado la idea del padre amigo, del padre colega, de la familia democrática, del que decir «No» a un niño lo trauma.

Y estamos ante unos padres que parecen confundir lo que es educar con maltratar. Ante unos padres que no defienden sus derechos, su espacio, su realidad personal. Es como si se hubiera girado el tablero: de unos hijos que tenían miedo a los padres, a unos padres que tienen miedo a los hijos y al qué dirán.

Es muy bueno hablar con los hijos, pero no podemos estar siempre hablando, dialogando, debatiendo.

La expresión «Hazlo, porque te lo digo yo» tiene mucho de dictatorial, de irreflexiva, pero se llena de contenido cuando quien lo dice es un padre o una madre, ocupado y preocupado por la educación de sus hijos. «Porque te lo digo yo» trasluce «Porque es bueno para ti», «Porque tengo otra visión», «Porque puedo anticipar». No, un hogar tampoco es el ejército, el ordeno y mando, la jerarquía llevada al extremo, pero no es una reunión de alumnos universitarios.

Desde la *auctoritas*, que se ha de tener porque se ha ganado y se mantiene, desde la *potestas*, que va implícita en el hecho de ser padres que han de educar a sus hijos, que se responsabilizan de ellos, que han de dar respuesta civil por lo que hagan, los progenitores tienen la encomienda social de formar correctamente a los hijos para vivir en sociedad.

Me perturba sobremanera la pregunta de algunos padres: «¿Y yo he de hacerme responsable de lo que hagan mis hijos?». La respuesta lógica e inmediata es: Sí, porque... si no ¿quién?

Es muy bonito consensuar, resulta precioso llegar a acuerdos, pero la vida exige levantarse cuando se está a gusto tumbado; trabajar cuando querrías viajar; compartir en muchos lugares con personas que no elegiríamos. Esa es parte de la vida, y adaptarse a los gustos de otros, en horarios, almuerzos y mil detalles. Por eso, son los padres los que han de hacer crecer en el niño ese desarrollo moral, social, cívico, donde se fomente el dar respuesta al deber, a la obligación, al bien hacer.

Observamos a gente vaga, incapaz, tediosa, escapista, irresponsable, y en gran medida es deudora de ser así. Pero pudiera ser que sus padres no le hayan formado para ser altruista, comprometido, activo, aglutinante.

La educación puramente horizontal no permite crecer.

SI LE SANCIONO, ¿PUEDE DEJAR DE QUERERME!

No son los hijos quienes han de modelar a los padres. Los padres hemos de mantenernos y de mostrar equilibrio, mesura y amor, mucho amor: «Te sanciono porque te quiero», «Aunque te enfades conmigo, te sigo queriendo». A veces, algunos padres al castigar, o mejor dicho sancionar a sus hijos, se sienten culpables y disminuyen o eliminan dicha sanción. No tiene lógica, pero es así.

Hemos llegado a un punto en que hay quien no vacuna a su hijo para no ponerle una inyección, los hay que no ponen unos pendientes a su hija para no perforarle el lóbulo de la oreja, aunque lo más probable es que luego ella, de adolescente, acabará como un colador con los *piercings*. ¿Cuáles son las principales razones por las que los padres no ponen límites? El miedo al rechazo de los niños, a las rabietas, al qué dirán, al desencuentro, a no se sabe qué.

Educar conlleva también asumir riesgos, no claudicar, no ser dubitativos, no dejarse chantajear.

Hay padres que son mayores, pero más que mayores son debiluchos y tuvieron, dicen, carencias en su infancia. La verdad es que yo no les creo casi nunca. Me pasa en este punto como con los abusadores sexuales, que siempre dicen que fueron abusados de niños; pero sus explicaciones no pasan por el control de las pruebas de credibilidad y fiabilidad. Recuerden que la generación de padres actuales no ha vivido ni de lejos la posguerra. Y vemos a padres que sumisamente dicen al hijo: «De acuerdo, si apruebas... viajaremos o lo que tú quieras», o bien «Te lo compraré, si te portas bien» (es más, en todo caso te lo compraré, no vaya a ser que empeores). O bien: «No le digas a tu madre que... has hecho algo mal, ya lo resolveremos tú y yo».

En la práctica diaria, nos hemos encontrado con casos reales como el de un adolescente que le dice a sus padres: «Si no me das..., o no me dejas hacer..., no me pondré la insulina». Y aún casos más graves que desembocan en un: «La vida no tiene sentido para mí, si no me dejáis...».

Hay niños que condicionan a los adultos, los hacen dependientes temporal y afectivamente, juegan con sus sentimientos, chantajean, y ese chantajear, sin lugar a dudas, va a más, y a veces no tiene retorno, pues siempre han conseguido lo que se proponen y no van a aceptar una negativa. Llevarán el chantaje hasta el final, aunque se pongan en riesgo.

QUERIENDO COMPRAR EL CARIÑO DE LOS HIJOS

Prudente padre es el que conoce a su hijo.
WILLIAM SHAKESPEARE

LA FAMILIA GIRA ALREDEDOR DEL NIÑO Y SEGÚN SUS DESEOS

En una sociedad donde más que ciudadanos encontramos clientes, hay padres que conceden a los hijos todos sus deseos con tal de que les obedezcan, y así nos metemos en un laberinto de difícil salida.

Todos hemos visto cómo en una habitación entra una mosca por un mínimo agujero, y sin embargo, es incapaz de salir por una amplia ventana. También observamos algunas polillas que dan vueltas, giran, chocan contra una tulipa que protege una luz, y en ese carrusel sin sentido suelen acabar fatal.

No, no podemos comprar el cariño, no, no podemos obligar a querer. Estos no son unos grandes almacenes.

Los hijos valoran el amor, intuyen la seguridad, se rebelan contra las normas, pero llegará el día en que aprecien que, con más o menos acierto, todo se ha hecho por su bien y el de quienes lo rodearán.

No se trata de provocar el llanto en el niño, la desazón en el adolescente o la rebelión del joven, pero sí educar para no estar anteponiendo siempre el egoísmo, para anticipar que en esta travesía existencial habrá largas y profundas turbulencias. Nuestros hijos, sobrinos, nietos, alumnos, habrán de volar solos. Todos hemos visto imágenes preciosas grabadas en la naturaleza en la que un águila empuja a sus crías, cuando las sabe preparadas para ello,

al abismo, no para que se sientan atraídas por el mismo, sino para que desplieguen sus alas y vuelen libres hacia el cielo.

Sociabilizar correctamente exige anticipar cómo crecerá un niño al que «le dejamos hacer». Esa actitud, si se cronifica y generaliza, puede, por negligencia, convertirse casi en maltrato, pues empezaremos por un niño maleducado y terminaremos por un adulto muy problemático.

La ciudadanía, la sociedad, es la suma de muchos «Yos» que en algunos momentos cooperan, en otros compiten, en otros ceden ante los demás. Eso es vivir en sociedad, eso exige, de vez en cuando, hacer cadena.

De niño me gustaba pasar muchos ratos viendo el laborar de las hormigas, su entrar y salir del hormiguero, sus filas cual autopistas, y a las más fuertes —las hormigas soldado— y a las obreras. Esa labor continuada, grupal, les permite arrastrar pesos insospechados, hojas enteras. Lo consigue el hormiguero, el grupo, no el individuo. Y esta regresión infantil la podemos hacer extensiva a las abejas, y también a los seres humanos. Por eso, decimos a veces que una persona es asocial, que no colabora, que no participa, que no se siente concernido, o como se dice ahora: «Que va a su bola».

Por eso es tan importante educar en «común-uniión» para dar, para recibir, para compartir, para enriquecernos. Y eso, desde la más corta edad, se ha de trabajar. Y más que el «Yo», el «Nosotros», mucho más; para crecer, para generalizar, para apoyarnos en los que nos precedieron, para proyectarnos en los que nos sucederán.

Cada padre, cada profesor educan en una amplia sociedad que a todos nos atañe, pues todos vivimos en este mismo planeta. Recuerden que el aleteo de una mariposa, en un lugar del mundo... (efecto mariposa).

MARCADAS INCOHERENCIAS ENTRE LO QUE SE DICE Y LO QUE SE HACE

No se puede decir a un hijo que no haga botellón y estar puesto de coca. No se puede decir a un hijo que sea moral y no hacer la declaración de Hacienda, saltarse los *stop* o ir con prostitutas.

Los hijos aprenden, primordialmente, de lo que ven, de lo que captan, del ejemplo que se les da.

Si uno quiere que sus hijos sean ordenados, necesariamente ha de ser ordenado. Si lo que se desea es que estén siempre dispuestos, hay que estar dispuesto y no tumbado en un sofá.

Educar obliga a veces a lo que uno no desea. A mostrar lo mejor de cada uno, a dar lo mejor de nosotros, a autorregularnos en lo esencial, en lo profundo, pero también en el formato, en el modo de conducirnos.

Puedes decirle a tu hijo que no diga palabras malsonantes, si tú no estás todo el día diciendo tacos. No se le puede decir a gritos a un niño que no grite.

La expresión: «Haz lo que te digo, no lo que hago» es muy fácil, pero muy falsa. Hay adultos que tratan a los camareros, a los que les abren la puerta con dejadez, cuando no con desprecio. ¿Cómo quiere que trate su hijo al bedel del colegio, al portero de la casa?

Hay quien habla mal de sus trabajadores, como si le pertenecieran. O de los negros, los homosexuales, y luego dice preocuparse porque el hijo es dictador, racista, homófobo. La incoherencia es brutal.

Nunca me cansaré de decir que para educar hace falta *auctoritas* y no solo *potestas*, pero eso se refiere a los padres, los profesores, los que vamos a los medios de comunicación, los que dictamos conferencias, los que escribimos libros como este. Yo no olvidaré nunca, nunca, que fui el primer defensor del menor, y que eso me obliga a comportarme perfectamente, como si siempre se me estuviera observando, aun cuando estoy solo.

En mi despacho, siempre me ha acompañado una fotografía de mi padre trabajando en el suyo. Y cuando estoy agotado la miro y me ayuda a concentrarme de nuevo en mi trabajo. No digo que yo sea un ejemplo, pero sí que quiero serlo. Y que nadie me pueda criticar públicamente por algo de lo que me avergüence. Eso es asumir responsabilidad. Eso es lo que te da la *auctoritas* ante los hijos, los alumnos, los colegas.

Y volviendo al tema de padres e hijos, un progenitor ha de poder en todo momento explicar a su hijo, sin falsear la verdad, por qué hace o deja de hacer algo.

Cuando los niños se convierten en preadolescentes, entran en una etapa de seísmo emocional. Es como cuando los aviones que van por el cielo empiezan a subir y bajar unos baches que no vemos, pero que están, aunque sean de corrientes de aire. Así son los adolescentes, que precisan del apoyo y

del aplauso de los suyos, que son muy gregarios, que tienen una asertividad «capitidismínuida». Y aunque lo nieguen, necesitan referentes claros, esenciales, inquebrantables, que les garanticen cuáles son las formas de conducirse.

En este momento me viene a la cabeza cuando uno va conduciendo entre una niebla densa, avanza hacia el destino sin ver, con mucha dificultad, pero le ayudan las líneas nítidas de la carretera que señalan por dónde no ha de salir. Eso somos los padres.

UNA EDUCACIÓN EN MICROONDAS

La esperanza de vida se alarga de una forma clara, significativa, apreciable, generación tras generación. Sorprendentemente, se acorta el tiempo de la infancia, si bien se dilata el de la adolescencia. Y cuando llega la edad de afrontar personalmente la vida, con sus riesgos, sus avatares, obligaciones, responsabilidades, nos encontramos con no pocos padres que son inmaduros, inestables, a veces imprevisibles para ellos mismos. Quieren seguir disfrutando de una juventud perpetua, de una libertad de movimiento, de una autonomía individual, que se compadece mal con las exigencias de uno o varios hijos que requieren directrices, criterios, fijación de normas, anticipación de respuestas a sus conductas.

Los padres inmaduros generan en sus descendientes un alto grado de neurosis, de dificultad para ubicarse. Los niños se sitúan en riesgo, al no conocer el devenir de su proceso, al sentirse al albur de las circunstancias, al tener que madurar sin alguien que les sirva en ese sentido de ejemplo, de apoyo, de sostén.

Hablamos de deprivación estimular en los casos de aquellos hijos que no encuentran a sus padres, algo más que los denominados «niños llave». Y es que hay progenitores que han renunciado a serlo, se aprecia flojera de autoridad, y junto a ello el valor del esfuerzo y la cultura del logro han pasado a mejor vida.

Este libro, como otros muchos, como las conferencias, etc. buscan ser instrumentos de criterios educativos para quienes van a ejercer la esencial

labor de educar. Es una demanda a gritos, pues vemos a muchos padres que se encuentran incapacitados para educar a hijos de corta edad; me refiero a niños de siete años. Padres que no diferencian entre autoridad y autoritarismo, padres que no saben delegar, padres fácilmente manipulables pues son temerosos. Pero no es cuestión de culpabilizar a los padres. Hoy en la red social, incluso en la televisión, encontramos mensajes retorcidos que hacen que algunos jóvenes empleen posicionamientos y conductas que parecen inconcebibles, a veces sádicas, a veces masoquistas, con tal de obtener lo que desean. A jóvenes muy acostumbrados a chantajear.

Cientos de veces me han preguntado: «¿Educa la escuela o el hogar?», y la respuesta es ambos, o así debe ser.

Nadie ha dicho que educar sea fácil. Todos decimos que educamos mostrándonos como somos, y eso hace que debamos plantearnos desde la autocrítica si somos padres frustrados e insatisfechos; si somos padres maltratadores, aun en la palabra o la emoción; si somos padres que no aplicamos sanciones por incumplimientos. ¿Cómo somos?

No hace tanto, cuando se te estropeaba el coche, abrías el capó y cambiabas el manguito. Ahora se llama al servicio de ayuda en carretera hasta para que te cambien un neumático. Y eso lo generalizamos de vez en cuando a la educación, creemos que las soluciones han de ser inmediatas, modificando algo muy concreto, y no, no es así. La educación es un vasto mundo, la educación lo envuelve todo, la educación lo es todo, y junto a las características del propio niño, está el entorno nuclear, escolar, social, que interviene, ayuda, interfiere.

En una sociedad en la que la independencia de los jóvenes se retrasa equívoca e injustamente, la educación se alarga en el tiempo, resultando, en muchas ocasiones, agotadora.

No «ha» mucho tiempo, en esta tierra llamada España, los hijos parecían tener un destino determinado: uno iba de aprendiz, la hija se metía monja, otro hacía carrera militar, el mayor se ocupaba de la tierra, en fin, que todos aportaban o todos abandonaban el nido. Hoy, chicos y chicas hechos y derechos conviven muchas veces con los padres, en una relación que es grata, en general, que es democrática, pero que no es fácil. Es difícil. Y con la atención tan focalizada que se tiene desde el primer día que la mujer se sabe

embarazada, con las ecografías, con el parto, con el pediatra, con el profesor, con el terapeuta, con... hay quien vive por y para la educación del hijo, como si no existiera nada más, y lo que es peor, además, se siente mal porque cree que tendría que dar más, ocuparse más, y hacerlo mejor.

Hemos de transmitir a los padres que se relajen, que disfruten. De lo contrario, no sobrevivirán ante el reto, y el resto decidirán no ser padres.

«ERES EL REY DE LA CASA». «LO ERES TODO»

Que no te falte de nada está en algún frontispicio de algunos hogares. Y es que han cambiado los modelos familiares, en tamaño, forma, edad de los progenitores, y en Occidente, el hijo es una especie de bien a proteger, al tener menos hermanos, menos competidores. Añádase que se instituyen dispositivos publicitarios y mediáticos que idolatran al niño-rey, mientras que algunos psicólogos, y en un intento de darles un meneo para que reaccionen, estigmatizamos a los padres sumisos y esclavos.

Transmitir que se vive «por y para» no es bueno. Nos iniciamos con las visitas continuadas al pediatra, y así siempre, generando niños que continuamente están pidiendo cosas materiales y exigiendo modos de vida, e incluso que el mundo se adapte a ellos. Los padres cubren esas necesidades irreales y a lo que de veras contribuyen es a transmitir esa idea utilitarista de los otros como medios para conseguir el fin. Además, los roles parentales se diluyen.

Este libro trata sobre la sobreprotección y los altos costes que tiene tanto en la cuenta bancaria —al matricularlo en los mejores colegios, al apuntarlo a todas las actividades extracurriculares— y también en cuanto a los límites que impone a la vida social y personal de los padres; pero estos lo soportan bien y aun con satisfacción en la creencia de que se está haciendo «lo mejor para nuestros hijos».

Ser padre parece suponer un enorme sacrificio, una hipoteca de por vida.

En casos de separación, vemos puntualmente que se le concede todo al hijo, con tal de que no se enfade u opte por el otro progenitor. También hay casos de desvinculación, de padres que se separan mal y utilizan al hijo como

arma arrojadiza, hasta el punto de transmitirle hechos falsos sobre el otro progenitor.

Vemos padres que no conocen a sus hijos, al no ostentar la custodia, y solo los ven de vez en vez. Se observa en las hamburgueserías a padres con sus hijos que se mantienen en silencio, pues no se conocen.

Considero que se ha trivializado la separación de los padres, y aunque si bien se ha normalizado en número, tiene efectos y consecuencias en los hijos. No se olvide el miedo a ser menos querido que el otro progenitor. La separación, el divorcio, es una decisión de adultos. Que ninguno de ellos olvide o impida que el niño siga siendo niño.

Saben que me gusta recordar que los niños no son el futuro, son el presente, y que, por lo tanto, no se les puede robar la infancia.

Y en relación con los padres que han adoptado, algunos de ellos se posicionan desde el «comprendemos que hay problemas iniciales de vínculo/apego, y por ello te concedemos aquello que estimes».

Muchos de estos niños han sufrido situaciones de riesgo cuando no de desamparo, pero empezamos a apreciar que muchos padres adoptantes caen en la sobreprotección por un equívoco empeño de proteger a los niños, que, en algunos casos, no dejan de probar continuamente el límite de aceptación de sus progenitores, y acaban sufriendo el llamado «complejo de Peter Pan», es decir, con deseo de no crecer jamás, de no madurar y asumir responsabilidades, de ser un niño perenne.

Recordemos que la adopción es un derecho de los niños a tener una familia, no el derecho de los adultos a tener un niño.

¿Y cómo se posiciona un progenitor de paternidad subrogada? Esta es una pregunta interesante. No lo sé muy bien, pero me planteo si existe el riesgo de convertirlo en «niño tesoro». Y permítanme otra pregunta realizada con el mayor de los respetos: ¿qué pensará el hijo adolescente cuando sepa —si lo sabe— que es un hijo de paternidad subrogada (el comúnmente y mal denominado «vientre de alquiler»)?

Los progenitores somos guardadores de un ser libre y autónomo, nada que ver con quienes proponen la propiedad de un ser elegido y modelado por nosotros. Es cierto que la madre que te educó, más que «¡la madre que te parió!», te marca la vida.

Hoy tenemos familias reconstituidas, monoparentales... y queremos creer que prevalece el bien del niño sobre el interés personal. En todo caso, se es padre y madre de ese hijo para siempre.

Un día, como tantos, que fui a visitar a los jóvenes en Campus Unidos, una niña me dijo: «¿Tú eres Javier Urra?», y antes casi de que me diera tiempo a contestar, continuó: «Yo soy *in vitro*». Traigo a colación esta anécdota, pues es significativa de que hay a quien esto le impacta, le impresiona hasta el punto de considerarlo su carta de presentación.

Quisiera concluir este capítulo diciéndoles que no se trata de seducir a los hijos, implorando su atención y cariño. Seducir significa exactamente gustar, caer bien, congratularnos con... Es verdad —y muy cierta— que el tiempo y el cariño no se pueden sustituir, ni se compran ni se venden. Con los hijos no valen sucedáneos. Démosles lo que realmente necesitan.

SER AMIGOS DE LOS HIJOS. EL HOGAR COMO FALSA DEMOCRACIA

Exigir a los progenitores, para respetarlos, que estén libres de defecto y que sean la perfección de la humanidad es soberbia e injusticia.

SILVIO PELLICO

EL PADRE AMIGO O LA PRIVACIÓN DE UN REFERENTE

Los amigos se eligen, al igual que se es elegido por ellos. Sin embargo, el padre no elige a su hijo y viceversa.

Amigos podemos tener varios, no muchos. Padres dos (como mucho). Y, por tanto, a los hijos no se les puede privar de una figura tan esencial y necesaria.

Intercambiar la figura de padre (naturalmente nos referimos a madre y padre) con la de amigo es querer hacer un juego de trilero, es confundirlo todo, es posicionar al hijo donde no le corresponde, otorgándole unas responsabilidades que no tienen sentido.

Ser padre es duro, cansado, difícil, y a veces objeto de incompreensión. Por el contrario, ser amigo es agradable y placentero.

Se puede objetar: «Pero aun siendo padre quiero ser amigo». Si se refiere a que cuando nuestro hijo se sienta solo, apesadumbrado, quebrado, desnortado, nosotros estaremos ahí, entonces sí. Llegará un día en que nuestros hijos, ya adultos, tengan una relación con nosotros padres, que se puede asemejar a la amistad, pero no nos confundamos, somos padres e hijos, pese a que, con los años, sea el hijo quien tenga que cuidar de sus progenitores.

Reubiquémonos. Es bueno aspirar a ser amigo de nuestros hijos, ¡y conseguirlo! ¡Pero lo que es irrenunciable es ser padre! Es bueno que los niños tengan padres amistosos que quieran jugar y que jueguen con ellos. Ahora bien, nuestros niños tendrán muchos amigos, pero solo un padre y una madre, y necesitan que actúen como tales.

Tal vez hoy, exhibir una cierta autoridad resulte chirriante, difícil, no guste, pero sabemos que es necesario.

Pasarán los años —porque, aunque pueda parecer lo contrario, la educación de los hijos no remata cuando cumplen dieciocho años—, y siempre se será padre e hijo. Por supuesto que las conversaciones serán más de igual a igual, y a veces los hijos tendrán más conocimientos y estarán más actualizados, pero el respeto al padre es una forma también de respetarse a uno mismo (siempre y cuando los padres sean respetables).

Y ni que decir tiene que los padres también hemos de saber en todo momento y lugar respetar a nuestros hijos.

Amigos, amigos de los hijos, pero también amigos de los padres, y no siempre para estar hablando de los hijos.

EL «COLEGA». TAL PARA CUAL

El modelo de padre-colega deja mucho que desear a la hora de los resultados prácticos. En este momento los padres tienen un problema de ubicación. Los padres somos padres; considerarnos amigos o colegas no es correcto, no está bien. Los hijos no necesitan padres-colega-permisivos. Les sobran amiguetes. Lo que de verdad les falta son padres educadores y padres maestros.

Alguna vez me he preguntado si hay padres que llegan a tener celos de los amigos de sus hijos, en el sentido de que les prestan más atención, influyen mucho más, etc. Pero esto es así y siempre lo será. Hay una edad, la de la adolescencia, donde los grupos de iguales, de referencia, influyen de verdad más que los de pertenencia, o eso es lo que parece.

También vemos padres que exigen a los hijos una comunicación permanente, les fuerzan a incluirlos de «amigos» en Facebook, y, desde luego,

esta no es la manera de cuidar una generación de adultos seguros y autosuficientes.

Más allá de la confianza (necesaria) está la confidencialidad (exigible). Tener confianza no quiere decir desvelarlo todo o ser transparentes. Padres e hijos somos sujetos, somos independientes, tenemos nuestra intimidad, reservas, dignidad y honor.

Unos padres, posicionados desde el primer día en ser protectores de sus hijos, sufren un gran vacío cuando dejan de serlo. Permítanme que les hable de algo mucho más general. Hay personas que ayudan, que protegen, que son samaritanos, pero tengamos mucho cuidado, pues a veces ese constante ayudar, ese crónico preocuparse por el otro, está intentando ocultar dificultades, miedos, problemas subyacentes. Y volviendo a los padres, eduquemos para que los hijos vuelen en libertad, para que hagan uso de su propia vida, de su propia responsabilidad.

IMPONER ES OBSOLETO, RETRÓGRADO Y CONTRAPRODUCENTE

Algunos «expertos» plantearon en los años setenta que a los niños había que darles toda libertad, que no debían cercenárseles iniciativas, que decirles «No» les podía traumatizar... La «barra libre» se enquistó en la conciencia colectiva, en una ciudadanía que anhelaba disfrutar de la democracia e interpretó que la autoridad debía ser desplazada, que la disciplina era algo obsoleto, enmohecido, caduco.

De todos modos, yo no recuerdo que esto se haya dicho, pero es verdad que hay quien así lo señala.

Por otro lado, hay padres que comentan haber vivido bajo una educación muy autoritaria. Los hijos sabían desde muy temprana edad qué querían los padres solamente con una mirada. Cuando crecieron y tuvieron hijos, se dijeron que nunca los educarían de la misma forma. El resultado fue irse al extremo contrario: padres incapaces de poner límites, sin percatarse de que perdían poco a poco su posición de padres. Sus hijos crecieron sintiendo que los únicos que valían en la familia eran ellos. En pocas palabras, eran de un egoísmo absoluto. Y no tengo nada claro que los padres actuales hayan sufrido

una educación férrea, muy al contrario, creo que ya son hijos de educación blandita.

Estoy totalmente de acuerdo con la aseveración de Victoria Camps: «Ha disminuido considerablemente el sentimiento de que las reglas deben cumplirse, gusten o no. Cuando no se aprende a respetar al superior que impone las reglas, es lógico que tampoco estas merezcan ningún tipo de consideración y se piense que es normal y lógico, incluso divertido y gracioso, transgredirlas».

No todo se ha de hablar y aún menos debatir. Esos padres que se preocupan por satisfacer cualquier capricho de los hijos, lo que hacen es convertirse en sus servidores dispuestos a obedecerles en todo momento.

No son pocos los padres que quieren democratizar su relación con sus descendientes, adoptando posiciones protectoras y añorando a su vez las relaciones de autoridad que facilitaban que las normas se cumplieran. Solo a veces consiguen lo deseado mediante el chantaje emocional, sin imponer su autoridad. Son padres que parecen tener miedo a madurar, a asumir su papel.

Existe hoy en día una falta total, o casi, de autoridad de los padres hacia los hijos. Es más, hay quien confunde negociación (que ya es un craso error) con dejación. Hay padres, repito, que pierden de vista su papel, y son incapaces de transmitir mensajes coherentes a sus hijos, y finalmente, con tal de evitar conflictos (más aún, si se trata de familias desestructuradas o recompuestas), acaban negociando y consintiéndolo todo.

«CREO QUE NO LES IMPORTO A MIS PADRES. HAGA LO QUE HAGA, NO ME DICEN NADA» (UN MENOR EN FISCALÍA)

Muchos padres tiran la toalla en cuanto aparecen los primeros encontronazos. Prefieren esperar a que a su hijo se le pase la «edad tonta». No piensan que una adolescencia conflictiva es fruto de una infancia con deficiencias. Y que anticipan un futuro algo más que dudoso.

Estamos convencidos de que hemos de conformar el currículo de nuestros niños con los latidos de nuestro corazón, pero también de que las estrategias

educativas elegidas por los padres son antecedentes, no consecuentes de las conductas de sus hijos.

Nos encontramos con un gran número de padres con dificultades emocionales más pendientes de sus carreras profesionales, o de sus nuevas parejas, y que además no saben ejercer su rol. Roles parentales que es cierto que antes estaban muy bien definidos y ahora se han diluido, lo cual es muy positivo si se comparten obligaciones y pautas educativas, pero resulta pernicioso desde el posicionamiento de abandono y desplazamiento de responsabilidades.

Algunos padres en algo están disociados, porque saben cómo querrían educar, pero se encuentran sin ganas, sin tiempo, sin fuerzas, y además aprecian a su alrededor una laxitud, un «vale todo», que les coloca en difícil lugar. Y no son pocos los que optan por ponerse con los hijos en un inadecuado plano de igualdad.

Los padres, y en gran medida, deben permitir al niño, que sea el motor de su infancia y, en algunas ocasiones, hasta el timón de la misma.

Quiero llamar la atención sobre esa interpretación genérica, muy manoseada, equívoca y peligrosa de «educa toda la tribu», cuando se interpreta desde un criterio de todos para todo o una igualdad impostada.

Zygmunt Bauman describía la sociedad como líquida, y sí, parece gaseosa, nos acosa la inmediatez; la educación *light*; el presentismo; el desprecio de la cultura; el usar y tirar; la búsqueda de beneficios; el afán innovador (por el hecho de serlo); el efímero concepto de autoayuda, de consejeros, managers, etc.; el arrinconamiento de la filosofía, la historia, la lengua, las humanidades. Vivimos en lo superficial, se minusvalora el esfuerzo y autoexigencia, se confunde información con conocimiento. No hay tiempo para apreciar, asentar, valorar, discriminar; en un mundo del «aquí y ahora» lo consistente parece tambalearse, lo sólido, lo que nos constituye sufre un enfermizo seísmo. Tiempo es de autoexigirnos, de apreciar lo esencial, de valorar lo sólido, de despreciar lo mediocre, de ridiculizar tanta incultura, tanta ignorancia satisfecha.

En la relación entre los adolescentes y sus padres se evidencian «dificultades en el ejercicio de la autoridad, ausencia de normas, límites, necesarios para un crecimiento saludable. Se han rechazado anteriores

propuestas rígidas, autoritarias, que no ayudaron a favorecer un crecimiento saludable, pero hoy en día hay dificultades a la hora de construir un modelo de autoridad adecuado, fluctuando entre la ausencia de la misma (coleguismo) y el autoritarismo (cuando la situación ya se va de las manos). Esto genera dificultades a la hora de establecer y asumir los límites necesarios para el crecimiento, la incorporación de la norma, etc.; es decir, esta ausencia de continente necesario para poder ir elaborando lo que supone cada paso en el proceso evolutivo favorece un funcionamiento psíquico precario tendente a la regresión, la oralidad, el cumplimiento inmediato de los deseos, etc.».*

Es cierto que resulta más fácil decir que «Sí» que decir que «No», pues cabe el espejismo de evitar el conflicto.

«Habeloshailos» que buscan en sus hijos criterio, respuesta. Es decir, que invierten el tablero. Otros padres cometen el error de convertir a sus hijos en sus confidentes, incluso cuando no están preparados para ello. Esto sitúa a los chicos en un plano de igualdad y los confunde.

En la relación padre-hijo hay un componente emocional evidente que nos lleva a querernos. Esta es una clave de la supervivencia humana, pero en esta relación hay una parte funcional que es igual de importante para sobrevivir: la transmisión de conocimientos, habilidades y valores que permiten moverse por la vida de forma fluida, responsable e independiente.

Algunos chicos se preguntan: si mis padres son mis amigos, ¿qué son mis abuelos? Y la respuesta sería: quienes proveen de continuidad cultural y psicohistoria.

Ahora bien, me cuestiono si los padres actuales educan mal, o no educan, o maleducan, ¿tendrán alguna responsabilidad los actuales abuelos? Y en ese caso, ¿los abuelos volverán a tropezar en las mismas fallas educativas en la forma y manera de educar a sus nietos?

ANARQUÍA VESTIDA DE LIBERALIDAD

Uno de los errores más frecuentes de los padres es excederse en la tolerancia. Actualmente, los padres no tienen referentes de autoridad contenedores,

coherentes y funcionales, están desconcertados. Los adolescentes no tienen modelos para la construcción de su proyecto vital.

No olvidemos que los padres han de formar un equipo. Si uno de ellos se alía con los hijos y desautoriza al otro progenitor, surgirán severos conflictos. Los pactos antinatura y las triangulaciones confusas son caldo de cultivo de problemas ulteriores.

Hay algo que tengo muy claro, el niño tirano aprende a serlo, y disfruta ejerciendo ese papel esclavizador. No es un enfermo.

Hay que educar en los sentimientos, en la apreciación de la riqueza de los mismos, en saber expresar los propios, en captar y entender los de los otros, en aprender a conducir la propia vida, y manejar las relaciones que se mantienen con los demás.

Con tanta memez y tanto engaño (se les presenta como idílico un mundo que nunca lo es), en realidad se los debilita, se les convierte en pusilánimes, dejándolos indefensos. Y es que los niños se sienten enormemente inseguros cuando no poseen límites claros. Los límites les orientan en cuanto a su conducta.

Obviamente, es fundamental evitar contradicciones entre ambos padres, o por parte de uno mismo en distintos momentos.

La educación se sostiene en el afecto, en el tiempo, en la paciencia. La ternura es fundamental, pero sin habituar la memoria, y sin exigir al cerebro, desde luego, no se aprende.

Precisamos de la autoridad en positivo, es decir, de objetivos claros, de enseñar aspectos concretos, de dar tiempo para el aprendizaje, de valorar los intentos y los esfuerzos, de dar ejemplo (esencial), de confiar, de huir de los discursos y, primordialmente, de actuar.

Considero que hay que centrarse en el proceso. Lo esencial no es siempre el objetivo (ya sean las notas alcanzadas o el resultado deportivo), pero sí el proceso, la preparación, el esfuerzo, el compromiso.

Digámoslo claro: respeto no es permisividad. Y digámoslo alto, el problema es cuando los padres no están, porque están trabajando, y tampoco están cuando no trabajan.

Eduquemos el respeto, la empatía, la sensibilidad.

Incentivemos la curiosidad, la creatividad, la imaginación de los niños.

Dejó dicho Bertrand Russell: «La principal variable para ser feliz es elegir unos buenos padres».

PADRES HELICÓPTERO

*Por severo que sea un padre juzgando a su hijo, nunca es tan severo como un hijo
juzgando a su padre.*

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

«**HAY MUCHOS RIESGOS EN LA CALLE: DROGAS, PEDERASTAS...**»

No hace tanto, los padres traían hijos al mundo sabedores de que muchos no llegarían a conocer la madurez. La muerte, las enfermedades, las pandemias abortaban muchas expectativas vitales. Los padres trabajaban para dar calor, para que los hijos pudieran alimentarse, para que fueran a la escuela, para que el médico les tratara de sus dolencias.

Hoy, y para bien, no es esa la expectativa ni la preocupación de los padres. Pero superadas en gran medida las tribulaciones físicas, se busca evitar el daño moral, emocional, psicológico, y eso que es normal, apreciable y aplaudible, se convierte en algunos casos en una sobre-atención, en un caminar vital con red.

Vivir tiene un componente indudable de riesgo, que debe minimizarse pero sin cercenar la libertad. Y es para ello, para el futuro, para lo que hemos de educar, en su sentido más amplio, más rico.

Muchos hijos se sienten constreñidos y aun agobiados por esos padres que están encima queriendo o no. Y que nadie me interprete mal, que no estamos proponiendo un desligamiento, una desatención, un mirar para otro lado. Lo que decimos es que hay que propiciar situaciones donde el niño gane en autonomía.

Hoy, algún suceso que acontece en Borneo puede convertirse en noticia mundial. No hay más riesgos que antes, lo que hay es más noticias, más sucesos, más bombardeo informativo.

Los padres, los adultos, somos el filtro de los sucesos, de las noticias, de los acontecimientos, de cómo hemos de abordar la realidad circundante, para nosotros mismos y para nuestros hijos.

Lo que no hemos de hacer es posicionarnos pensando, y aún peor diciendo, que «No sabré hacerlo bien, pues las pautas que me impartieron no sirven para estos tiempos cambiantes, acelerados». Claro que peor es inocular una mala vivencia de las intenciones ajenas, es decir, hablar mal del jefe, de la suegra, del vecino...

Entiendo la importancia del aprendizaje y del estudio, pero focalizarlo todo en la formación académica y no en la personal y social daña sin duda la relación. En ocasiones, y posiblemente sin quererlo, los progenitores parecen transmitir que lo que les importa es el aprendizaje y no la persona.

Me llama la atención que algunos jóvenes universitarios son «liberados» por sus progenitores de las tareas domésticas y cotidianas, para «que puedan estudiar más y mejor», algo que no sucedería, desde luego, si estuviera viviendo con otros compañeros. Y es que la vida son ocupaciones, compromisos, y, por supuesto, saber relacionarse.

Los padres, y quizás acierten, anticipan una sociedad muy competitiva, y quieren preparar a los hijos para ello, y eso los lleva a forzar y mucho en lo que se refiere al desarrollo de sus talentos, pero olvidando en gran medida la educación emotiva y el fortalecimiento de carácter.

Se ha comprobado que quienes no son capaces de trabajar en grupo tienen mayores niveles de ansiedad, depresión, frustración y sentimiento de soledad.

Se conoce como «niños agenda» a aquellos que están sobrecargados de actividades, y a veces sobre-estimulados por los padres, que aunque no lo dicen, quisieran disfrutar de un genio, provocando, en ocasiones, el efecto contrario.

Los progenitores no deben desesperarse ante las primeras dificultades, ni vivir como un fracaso propio los malos resultados de sus hijos. Y es que hay

padres que se proyectan en sus hijos, sin adecuarse a las características y capacidades de estos.

En este nuestro país (conviene nombrarlo), España, confundimos inteligencia con títulos. Seguimos (aunque se niegue) desprestigiando la formación profesional, y no valoramos la creatividad como un medio para vivir.

Los padres habrán de plantearse a qué colegio quieren llevar a sus hijos, asegurarse de que comparten su ideario, y acompañar al niño en el aprendizaje, pero —y esto es importante— con respecto al proceso que se sigue en la escuela sin distorsionarlo con mensajes diferentes o que entran en contradicción.

Cuando nos reunimos los exalumnos que hace muchos años estudiamos juntos, nos encontramos con que no siempre los chicos que «despuntaban» académicamente son más felices o han alcanzado sus objetivos, y es que la vida es un equilibrio entre inteligencia, emoción, sentimiento, anticipación, valía, humor, autocrítica. Sí, mucho más que el C.I. (cociente intelectual), aunque este sea importante.

Quizás me haya desviado del título que encabezan estas líneas, pero lo que quiero transmitirles es que el peligro no está tanto en la calle, que también, sino en los errores de formación de nuestros hijos. Penoso tener que acudir a instancias judiciales por tener en casa un vago-okupa.

¡ES TAN DIFÍCIL SER PADRE!

¿Por qué hoy es tan difícil educar? Porque la sociedad es más compleja. Antes educaban los padres y también la sociedad, que era muy coercitiva, muy jerárquica, con un sentido riguroso del deber. Ahora hay más libertad y tenemos más posibilidades, pero grandes problemas, ya que los patrones con los que fueron educados los padres, consideran que no les sirven para educar a sus hijas/os.

No se imaginan la de veces que me dicen: «¡Es tan difícil educar!». Tengo que reconocer que ya se me tuerce el gesto. Pero aún es más general la expresión: «Los niños no vienen con un manual bajo el brazo». Cuando me

dicen eso, me salen ronchones en la piel, noto que me va a dar un jamacuco. Se me ponen los ojos como el Coyote. Y es que oírlo una vez..., tiene un pase, ¡pero miles!, y más cuando uno ha escrito muchos libros, pero muchos, de cómo educar.

Tomémonos un descanso y escuchemos a Montaigne: «Alcanzo a entender que la dificultad mayor y más importante de la ciencia humana parece estar allí donde se trata de la crianza y formación de los hijos».

Hoy hay muchos padres que tienen una gran dificultad para concretar sus funciones de paternidad-maternidad y posibilitar el crecimiento autónomo. Se debaten entre el autoritarismo y el dejar hacer sin encontrar alternativas, percibiendo que la función que han de ejercer les acarrea un enorme desgaste tanto físico como en la relación de pareja.

Apreciamos una dificultad para comprender cuáles son las necesidades de crianza y de codificar las mismas. Asimismo, se observa una carencia de recursos para potenciar la maduración y la autonomía.

Hay que dejar a un lado el perfeccionismo, saber que no existe la receta específica para ser buen padre, y es que las dudas son parte de la educación. Y si bien se invierte tiempo, dinero y esfuerzo en el currículum de los hijos, haremos lo correcto al mejorar en disciplina, en decir a los niños «No» para que se sientan seguros y protegidos. Por cierto, el «No» es innegociable. No se puede retirar.

Y, desde luego, difícilmente se es buen padre, si se priorizan los amigos, los viajes, el trabajo.

Me gustaría igualmente hacer una llamada de atención a esos padres que hacen publicaciones continuas sobre sus hijos. Hay niños que tienen una identidad digital incluso mucho antes de nacer. Piensen si el día de mañana sus hijos aplaudirán o criticarán severamente esa exposición a la que ellos no han dado su consentimiento.

NO QUIERO QUE MI HIJO SUFRA ACOSO ESCOLAR O AGRESIÓN SEXUAL O AMENAZAS POR INTERNET O...

Cuatro mil familias en España educan a sus hijos en casa. Muchos lo hacen para evitar que sus hijos sufran, pues creen que pueden ser acosados, o porque tienen dificultades de lenguaje, etc. Los ven infelices. Otros consideran el sistema público demasiado centrado en la memorística y la autoridad, se sienten excluidos del proceso de aprendizaje.

Es verdad que en algún país europeo y en algún estado de los Estados Unidos se permite esta forma de educación, pero no en España. Véase la Constitución Española y léanse sentencias del Tribunal Supremo y circulares de la Fiscalía General del Estado. En España, la educación hasta los dieciséis años es un derecho y un deber.

No son pocos los padres que necesitan saber en todo momento dónde está el hijo. Las causas son muchas: algunas, una percepción de riesgo indefinido; otras, el haber venido de la zona rural a la urbana o de otros países a Europa.

La verdad es que estamos sobre-informados por los medios de comunicación, y los sucesos se lanzan como si fueran noticias. Además, encanta recrearse en lo negativo, en lo morboso, al igual que mucha gente gusta de señalar solo lo que no funciona.

Esos padres hiper-protectores son la razón de este libro, por el bien de sus hijos y de ellos mismos.

Veamos casuísticas. Por ejemplo, del hijo no deseado al hijo programado. Hace un tiempo se tenían hijos por errores en los métodos anticonceptivos, y se aceptaban. Ahora los hijos son muy deseados y se programa milimétricamente cuándo se deben tener, lo cual suele venir acompañado de un fuerte compromiso por garantizar el futuro del niño.

Sin duda alguna, la hiper-responsabilidad lleva a la hiper-parentalidad.

Si nos ceñimos a España, las familias tienen muy pocos niños, y por tanto la implicación con cada uno de ellos es mayor. Que subsistan ya no es la preocupación, lo que adquiere importancia es el futuro de los hijos, su educación, su bienestar. Y vivimos en una sociedad competitiva en la que se nos exigen conocimientos, habilidades, resultados.

La crisis económica nos ha enseñado a todos que estos seísmos son cíclicos, si bien no sabemos cuándo volverá la próxima crisis, pero genera miedo en el futuro, y es que hay un sentimiento de precariedad y de

provisionalidad. Es más, hay quien habla de una inseguridad latente en una cultura del miedo.

Vemos padres con expectativas muy elevadas en relación a sus hijos y padres angustiados, desbordados, autoexigentes, pero, singularmente —y esto es subrayable—, que necesitan sentirse imprescindibles.

Se entiende perfectamente que hay padres que, por razones objetivas, como que el hijo tiene dificultades físicas o mentales, se muestren en mayor alerta. Sin embargo, cuesta comprender lo que cuenta la escritora Eva Millet en su libro sobre la hiper-paternidad: «Una chica se queda encerrada en el ascensor de una universidad de Barcelona y en lugar de llamar al servicio técnico llama a su madre que vive en Estados Unidos. Es su madre la que avisa a la central de Chicago y estos a la de Barcelona».

También preocupa el padre, en Estados Unidos, que deja a su hija de ocho años ir sola al colegio, pero la acompaña sobrevolándola con un dron que tiene cámara de vídeo.

Los padres no deben de confundirse con Sherlock Holmes y actuar como unos detectives, pues generan desconfianza. Además, otros contratan a detectives profesionales para apreciar actividades y consumos de los hijos, desde alcohol a otras drogas, pero también su orientación o bien su identidad sexual.

Atentos, porque si tenemos que informarnos de los riesgos de los hijos para evitarlos, podemos cometer vulneración de los derechos de estos, pues son plenamente ciudadanos.

El progenitor debe asumir su papel y apoyarse en el mismo encontrándose cara a cara con el hijo, de forma leal y noble sin quebrar la necesaria confianza. Por ejemplo: si queremos saber con quién y cómo debemos pedirle directamente que nos lo muestre, pero no utilizando subterfugios y haciéndonos pasar por una tercera persona. Pondré otro ejemplo: si creo que mi hijo consume drogas, le convenceremos para que nos acompañe a hacerse una analítica, lo que no voy a hacer es cogerle a escondidas la orina. En cuanto al alcohol, es mucho mejor saber con quién va, adónde va, esperarlo a su regreso, ver en qué condiciones viene, etc.

Es decir, hemos de saber qué hacen nuestros hijos y qué riesgos corren, pero hacerlo cara a cara. Y en algunos aspectos ser muy cuidadoso. Poner un

detective para, pongamos por caso, ver si el hijo es homosexual vulnera sus derechos, porque esa no es una situación que le ponga en riesgo.

Recapitulemos: la sobreprotección se convierte en un patrón dañino, al evitar enfrentar las dificultades y los conflictos del mundo real, y al impedir el fortalecimiento de la tolerancia a la frustración y la resiliencia.

Por favor, no transmitan que el mundo es en sí y de forma genérica peligroso. No potencien niños y adolescentes ansiosos. No labren una tensión innecesaria. Disfruten con sus hijos, diviértanse con ellos, no los vivan como un problema, ni su labor de padres como una durísima tarea. La naturalidad, la espontaneidad son esenciales, y reírse de uno mismo, y enseñarles a reírse de sí mismos.

Vemos niños que tocan el chelo, hablan en chino, pero no saben hacer una simple tarea doméstica. No seamos contradictorios, no les inculquemos «Tienes que ser exitoso», y por otro lado, «No puedes valerte por ti mismo».

Y es que, por otra parte, la sobreprotección no disminuye a medida que el niño cumple años, muy al contrario. La sobre-crianza se asocia, según muchos estudios, con la depresión. Se han visto madres que, asumiendo un estilo de crianza hiper-protector, estaban más expuestas a la depresión y el estrés.

Por último, y según la gravedad creciente, veamos cómo se diferencia a los progenitores:

Helicóptero. Controlan la vida de su hijo y todo lo que está alrededor de la misma. Vigilancia excesiva y constante. Eternos interrogatorios para rebajar la angustia.

Dron. No solo necesitan vigilar y controlar, también se muestran absolutamente intolerantes con todo lo que ellos consideran que no es apropiado para su hijo. Quieren que su hijo sea el mejor. En el plano emocional estos padres no toleran las emociones negativas de sus hijos.

Curling. Deciden por sus hijos sin tener en cuenta sus gustos y les exigen. No respetan los intereses del chico, ni tampoco las opiniones de aquellos que intervengan en la consecución de sus objetivos. Saben todo lo que se debe hacer con su hijo, cuándo y cómo debe hacerse. Son marcadamente tóxicos.

«LA VIDA NO ME DA PARA TODO». «NO PUEDO DEDICAR A MI HIJO EL TIEMPO QUE NECESITA»

Es verdad que ha aumentado el estrés, por la dificultad de mujeres y hombres para conciliar familia y trabajo. Y esto es un problema estructural, no de los padres ni de las familias. Y en ese sentido, y con las nuevas tecnologías, debiéramos propiciar facilidades para la tan necesaria conciliación.

Ahora bien, también hay una, si se me permite la expresión, ambición de viajar, de conocer; nos falta, créame, un pedal de freno.

Cuando dedicamos tiempo a los hijos, no necesariamente la prioridad ha de ser por y para ellos, sino para nosotros, padres. Y es que disfrutar de y con los hijos es una gozada.

Creo que quien me conoce, o simplemente por las páginas anteriores, me puede considerar un hombre con rigor, con seriedad, que señala los déficits de autoridad. Sin embargo, tengo claro que poner la mano encima a alguien, y además transmitirle que se hace porque se le quiere, es tan erróneo como según intensidad y cronicidad, abominable.

Y dicho lo anterior, encontramos padres que no corrigen las malas actuaciones de sus hijos, pero sí resuelven las conductas de los mismos. Es verdad que contamos con poco tiempo, o que así lo percibimos, o que no sabemos priorizar, y entonces nos resulta más fácil decir que sí, que lo contrario.

Pensemos que la tecnología facilita la vida, que la hace más cómoda, pero al tiempo, preguntémosnos: ¿cómo despega un avión? Contra el viento.

Si miramos alrededor, observaremos a muchas personas que no toleran la espera, y también a no pocos adultos pueriles. Y es que hoy, la infancia se prolonga bobaliconamente de forma indefinida.

Convivir con los hijos es vivir con intensidad, disfrutar y manejarse en el conflicto. Eduquémosles en no ser consumistas, a ceder el sitio a personas mayores, embarazadas, con discapacidad. A respetar a los animales y al medioambiente.

Poseer valores es una conquista que requiere esfuerzo, búsqueda, maduración. Una vida muy acomodada, superficial, conduce a perder el

verdadero valor de las cosas. Y no olvidemos que el caudal de la gratuidad solidaria es lo que permite funcionar a una sociedad.

II

DISTORSIONES

QUE EL NIÑO NO SE TRAUME

En mis hijos quiero reparar el ser hijo de mis padres.
FRIEDRICH NIETZSCHE

OCULTANDO O JUSTIFICANDO LOS ERRORES DE LOS HIJOS

Hay una gran tendencia a ocultar o justificar los errores de los hijos como si fueran propios.

Esta es una sociedad que educa en eludir las responsabilidades. Todos cometemos errores, solo los honestos y nobles los reconocen y asumen, y si además son inteligentes, aprenden de ellos. ¡Qué difícil es aprender de los errores!, se diga lo que se diga, y aún más de los de los demás. El refrán «Cuando las barbas de tu vecino veas...» no siempre se tiene en cuenta.

Vemos a padres que hablan en plural en relación con el aprendizaje, con las tareas, y esto dificulta la diferenciación de la identidad. Posiblemente esto suceda porque los padres necesitamos que nos necesiten, en cambio nuestros hijos necesitan no necesitarnos.

Una cosa que me llama poderosamente la atención es la cantidad de adultos que parecen haber olvidado su infancia, y realmente no saben cómo dirigirse a los niños.

Siempre dudo de si los padres en general se culpabilizan y se preguntan: ¿qué más podría hacer? ¿Qué haría un buen padre?; o, por el contrario, si hay algo de postureo, pues en muchas reuniones, el tema monográfico, único, es el de qué hacer con el niño, a dónde va, qué le organiza, etc.

No es infrecuente encontrarse a progenitores que trasnochan para realizar el proyecto de la clase de ciencia de su hijo o un trabajo de historia o

literatura; es más, pueden leer los libros y hacerles un breve resumen. Y ya en casos extremos, hay niños que se indignan con sus padres, dada la incapacidad de estos, y que los aboca al suspenso.

Claro que hay que fomentar la constancia, el esfuerzo, la perseverancia, pero hay jóvenes que por el cambio de edad, de circunstancias, etc., deciden un día abandonar la práctica del deporte que estaban realizando, o dejar el conservatorio, y esta ruptura del plan establecido genera en algunos hogares un auténtico seísmo, una incapacidad de aceptación, un sentimiento de fracaso por parte de los padres, dado que se habían implicado, comprometido, esforzado.

Hoy en día es difícil encontrar un cuento infantil sin adulterar, maquillar y censurar. El mundo se está infantilizando, y va a más, quizás llegue el día en que vaya medio mundo con pañales, es muy cómodo.

Póngase en situación. Le dice un adolescente recostado en posición inverosímil a su padre: «Me doy cuenta de que me debías haber dado una educación», a lo que le contesta el compungido padre: «Y te la hubiera dado, si me hubieras indicado dónde comprarla».

NIÑOS PRE-TRAUMATIZADOS. UN MIEDO CIRCUNDANTE

El riesgo es inherente a la vida, y la fragilidad, el daño, una vez afrontados se convierten en fortaleza. La existencia exige un equilibrio, nunca fácil, entre libertad, riesgo y seguridad.

No parece lógico ni sensato plantearle a un monitor por qué su hijo se ha tropezado y se ha caído, ha dado un traspies sin más. No todos los riesgos son evitables y no haremos bien viviendo absolutamente encapsulados, y aún menos transmitiéndoselo a nuestros hijos. El posicionamiento paranoico, el estar prevenido contra los abusos y los traumas conlleva ya en sí un verdadero problema. Claro que hay que estar atentos y evitar en lo posible riesgos, pero sin exagerar, sin patologizar, sin impedir una vida donde la confianza es elemento necesario y aglutinador.

A veces los padres, y desde su impaciencia, desde su ansiedad, cercenan las expectativas, las posibilidades de los hijos. Y es que vivir es poder

contarlo, y mientras tanto ir de dilema en dilema. Dado que la elección es permanente, enseñemos a hacerlo de la forma más acertada posible. Y formemos en la libertad personal, no hagamos de nuestros niños seres dependientes, que aprendan a tomar decisiones, que anticipen lo que han de realizar, para alcanzar lo que se proponen.

Ayudemos a los niños a crecer psicológicamente, a entrar en contacto con sus propias fortalezas, y a desarrollarlas. Minimicemos la vulnerabilidad. Enseñemos a los hijos a aceptar las situaciones que nos incomodan y disgustan, a convivir con algunos fracasos.

El éxito es efímero, la felicidad completa no se puede garantizar. Mostremos a nuestros hijos cómo crecer personalmente, enseñémosles que las certezas suenan más verdaderas entre signos de interrogación.

«EL NIÑO, CON NUEVE AÑITOS, DUERME EN NUESTRA CAMA, ENTRE NOSOTROS»

Hay padres que llegan al terapeuta y te dicen: «Doctor, el niño tiene un problema, creemos, pues tiene nueve años y duerme entre nosotros». Obviamente, la réplica no puede ser otra que: «Los que tienen un problema son ustedes».

Bien haría el doctor en recordar a esos padres que vivir ensimismado es vivir idiotizado, sin alcanzar a ser una persona humana, y es que la formación de uno mismo, se desarrolla en proporción a cómo se responsabiliza de los demás.

Somos los padres, los educadores, los que debemos enfrentar nuestros propios miedos, angustias, mecanismos de negación, para aceptar que nuestros hijos van a sufrir, y hemos de prepararlos para que afronten con éxito la parte amarga de la vida.

Fue Unamuno quien nos habló de «amor y pedagogía». Mal haremos en confundir lo uno con lo otro.

¡Ah! Por cierto, y ahora hablo como clínico, que me he encontrado a padres que ponen al hijo de nueve años entre los dos en la cama como el ya derribado muro de Berlín. Y no digo más.

UNA INDEFENSIÓN APRENDIDA

Se cuenta, se dice, se comenta, que se vio a un gran elefante del circo que no se movía, pues tenía una pata atada a una pequeña estaca clavada en el suelo, y llamó la atención, pues el paquidermo era grandísimo. La explicación es muy sencilla, siendo un elefantito pequeño y jugueteón le ataron la pata a esa estaca, exactamente a esa, y él tiró, intentó, pero no pudo. Aprendió que nunca podría. Y nunca fue capaz. Eso es la indefensión aprendida.

Y si hacemos eso con nuestros niños, si desde corta edad los incapacitamos, no podrán hacer, pues no sabrán ni tendrán seguridad en sí mismos, ya que precisarán un supervisor. Por tanto, fracasarán. Ese y no otro es el lastre de la sobreprotección, de la hipervigilancia.

Y esto está referido a la protección. Por lo que respecta al cuidado, hay otra vertiente no menos problemática, y comprobada empíricamente. Si el niño se te subleva a corta edad y consigue su objetivo, obviamente la peligrosa pendiente se acentúa. Y anticipemos que quien no ha aceptado una negativa, no la va a aceptar de golpe y porrazo sabiendo como sabe, comprobando como ha comprobado, que siempre que ha echado un pulso a sus padres, lo ha ganado.

Por lo antedicho, no generemos aprendizajes nocivos, erróneos, no confundamos. Dejemos volar, responsabilizarse y desde ahí ser sancionado cuando algo se hace mal y se hace además a propósito.

Es muy importante que se entienda, que se aprenda, que se asuma que las conductas futuras nacen de las actuales, y lo que hoy puede hacer sonreír, mañana puede hacer llorar.

Sí, la indefensión aprendida es una triste realidad. Sabedores de que es así, no la propiciemos.

SOBREPROTECCIÓN. O CÓMO CONVERTIR UN ÁRBOL EN UN BONSAÍ

El hijo es el padre del hombre.
CARLOS FUENTES

NO HAY VIDA PRIVADA DE ADULTOS

Se es mujer u hombre, no solo madre o padre, por ende, se debería ofrecer una fuerte resistencia a la tentación de dejarse absorber por completo por el niño. Evidentemente, ser padres supone asumir compromisos y esfuerzos, pero no es correcto vivir la parentalidad como una esclavitud, como un perder la propia individualidad o los irrenunciables derechos.

No, no es bueno que los niños sean absorbentes, pues se harán celosos; han de valorar el tiempo que sus padres comparten.

Los padres han de proteger aquellos momentos para ellos mismos como pareja, y asimismo como individuos, para su desarrollo, para su deporte, para su ocio.

Y, desde luego, es necesario y prudente indicarle al niño desde corta edad que participe, ayude y colabore en las múltiples actividades domésticas. Y que perseveren.

Recordemos que la permisividad no es un método educativo, que si no se educa a los hijos, es que no se les respeta.

No dejemos la educación en manos de la cultura infantil de las multinacionales. Seamos conscientes de que la publicidad promociona el hedonismo de la infancia, genera una ética del placer y diluye el sentido de autoridad.

«EL NIÑO SE VA DE CASA (TREINTA Y CUATRO AÑOS), NOS DIVORCIAMOS»

Las familias muy apegadas, con padres volcados en sus hijos, han de trabajar la emancipación del hijo. No es fácil por el vínculo existente, por la dificultad de los hijos para encontrar un puesto de trabajo, para poder acceder a otro hogar, pero se ha de tener como objetivo la autonomía mutua, que en absoluto pone en riesgo la relación.

La verdad es que hay una auténtica imposibilidad para adquirir vivienda siendo joven, a lo que se añade la dificultad también para encontrar un puesto de trabajo que dé continuidad y autonomía económica. De todos modos, aquí nos referimos a ese vínculo tan estrecho entre padres e hijos que retrasa la emancipación. Y es que, al contrario de lo que sucede en Estados Unidos o en los países nórdicos, donde desde bien pronto se anima a los hijos a independizarse, en España, nos acostumbramos tanto los unos a los otros, que hay padres que acaban preguntando al hijo, al niño de treinta años: «¿Dónde vas a estar mejor que aquí?». Y eso no está bien, es un error. Porque los hijos necesitan autonomía, y desde luego los padres también.

Algunos expertos han llamado «síndrome del nido vacío» a ese momento en que los hijos abandonan el hogar, y los padres se reencuentran como pareja, pero en algunos casos no saben a qué dedicarse de tanto que se han volcado en sus hijos. Sin embargo, yo le llamo el «síndrome de la puerta giratoria», pues los hijos se van a otra ciudad, a otro país, pero no resulta extraño que vuelvan, y a veces con sus propios hijos.

Y sea como fuere, recuerde que los hijos de ayer y de hoy tardan bastantes años en empezar a mostrar el cariño a sus padres. Es cuando vemos jugar a los nietos que recordamos a los hijos. Ley de vida. Generación tras generación.

Es verdad que los padres han salvado en gran medida los difíciles momentos económicos que ha vivido nuestro país. Es más, en algunos casos quienes han ayudado son los abuelos. Y han sido un ejemplo, pues si bien se comenta que la familia está en decadencia (lo mismo se dice del teatro, de los libros...), la realidad nos ha demostrado que la familia está vigente, y que los nexos de unión y de apoyo son muy importantes.

MAMÁ AGENDA Y PADRE GUARDAESPALDAS

Tal vez se parta de un principio erróneo, como es creer que la paternidad es sinónimo de posesión, y a partir de aquí...

Claro que preocupa mucho la formación de los hijos, y cada vez los niños reciben antes clases particulares y se da mayor relevancia a las notas, al currículum, que al aprendizaje. Fíjense si será así que algunos niños toman medicamentos para que les ayuden a concentrarse en los estudios. Y la verdad es que un control excesivo repercute en no saber valerse por uno mismo.

Es necesario romper el cordón umbilical y algunas veces no se produce ni después de terminar la carrera universitaria.

Todos hemos visto algún triste caso, por ejemplo, de un hombre que se casa y tiene hijos, pero su vínculo es «mamá». Y no me refiero a que diga continuamente que su madre cocina mejor, es más sacrificada, es más amorosa... no, no, me refiero a esos hombrecillos que siguen siendo el niño de «mamá». ¿Y entonces cómo pueden ser una buena pareja, cómo pueden ser unos buenos padres, si es un niño que gusta de ser cuidado, mimado y demostrar su indefensión?

No se trata de evitar a los hijos las dificultades de la vida, sino, muy al contrario, de enseñarles a superarlas. Los padres y las madres no hemos de ser ni Superman ni Superwoman. Dejemos correr a los niños hacia su vida, hacia su discurrir, hacia su forma de optar.

Y en cuanto a las excesivas clases extraescolares repercuten en el poco tiempo que los niños pasan en familia, con sus hermanos (si es que los tienen). Deberían tener tiempo al día para entretenerse ellos mismos sin la ayuda de adultos ni tecnologías. Jugar es esencial para los niños, y lo es correr, contactar con otros niños, estar en la calle, y por supuesto disfrutar de la naturaleza e incluso aburrirse solos.

Queridos adultos, un día no estaremos aquí, y nuestros hijos tendrán mejor futuro y estarán mucho más seguros si han aprendido a defenderse por sí mismos, a anticipar, a ordenarse, a tener palabra. Eduquémoslos para ello.

PADRES RADIOESCUCHA (COMUNICACIÓN CONTINUA POR TELÉFONO MÓVIL)

Los chicos buscan ser ellos mismos, ser autónomos y libres.

En la vida, cuidar, proteger —y no me refiero a los hijos, sino a otros ciudadanos— está bien, pero no hasta el punto de convertirse en dependiente de generar esa ayuda, esa protección. Que nadie olvide la tan comentada parábola de dar la caña y enseñar a pescar en vez de entregar el pececillo.

Vemos parejas, y no me refiero a padre e hijo, sino parejas, que se tienen que llamar veinte veces al día, o estar continuamente comunicados. No hay espacio entre ellos, no corre el aire. No importa que se esté en otro lugar con otra gente, pues el otro o la otra están presentes. Y eso resta un sentimiento auténtico de libertad, de independencia, absolutamente necesario.

Es importante no encapsular a los hijos incapacitándolos para vivir en sociedad.

Se dice que en gran medida somos lo que nuestros padres hicieron de nosotros. Parémonos un minuto a pensarlo. ¿Es cierto?

Y tras esa reflexión, regresemos a esos padres que son como el airbag de su hijo, acolchándolo, sin permitirle salir con sus amigos (nunca les gustan los amigos), y resolviéndole cualquier conflicto por nimio que sea.

Hay padres que estarían encantados de disponer con quién se debe sentar su hijo en el aula. Es más, los hay que planean los juegos a los que jugarán. Y empiezan por ahí y acaban llevándolos a los exámenes de la EBAU (antigua selectividad) y acuden con ellos a entrevistas de trabajo, ¡e incluso pretenden entrar! En todo caso, y después de la entrevista de trabajo, llaman para preguntar cómo le ha ido a su hijo.

A estos padres «hiper-sobreprotectores» les cuesta aceptar que sus hijos fijen límites en relación a ese comportamiento tan excesivo. Y es que la libertad, la autonomía de los hijos, es malinterpretada, se vivencia como una dejación por parte de ellos, que han de ser siempre un ojo protector.

Y no quisiera terminar esta pequeña sección sin hacer referencia a los grupos de WhatsApp de padres. En principio, no estarían mal, si no se dedican a reforzar al más ansioso, al más angustias y metomentodo, pues, al final,

toman decisiones equivocadas, grupales y poco ajustadas a los hechos y a la realidad.

DEBER, PALABRA INNOMBRABLE

*Pocas cosas resultan más satisfactorias que ver a nuestros hijos criar hijos
adolescentes.*

DOUG LARSON

GRATIFICACIÓN INSTANTÁNEA

Parece existir una crisis de responsabilidad en la sociedad y falta de compromiso que no solo ha generado cambios en los niños. En España, hemos pasado de la moral del sacrificio y la renuncia al hedonismo. Todo se quiere alcanzar sin esfuerzo. La sociedad del bienestar y del consumo fomenta dejar de asumir responsabilidades que después pueden desembocar en problemas.

El conceder todo aquí y ahora implica falta de satisfacción con la vida. Llega el día en que los deseos y expectativas lapidan el disfrute de lo que se posee.

Si se les concede todo se produce el «efecto búmeran», se vuelven agresivos contra los propios «donantes» (paradójico, pero real).

Es bueno y necesario formar en la adaptación y tolerancia a multitud de demandas y exigencias. Es decir, a lo que encontrarán en la vida.

Y es que en la vida hay muchas exigencias y compromisos, y gran parte de las cosas que hemos de llevar a cabo hay que hacerlas porque se debe, no porque apetezca.

En el hogar, con humor, con dulce ironía, desde la seguridad de que «va a ser que NO», ellos lo entienden.

La disciplina, el deber, las exigencias, son retos que se alcanzan desde la cotidianidad, desde los hábitos, pues no nacen por generación espontánea. Es

más, si de niño o de adolescente no se introyectan sentimientos de deber, habrá dificultades para hacerlo de adulto.

PADRE Y MAESTRO A LA VEZ

Hay padres excesivamente motivados que crean tal presión a los hijos que les pueden perjudicar. Téngalo presente, pues hay hijos que al volver a casa con el padre tienen que aguantar una charla cual si fuera el entrenador, pero no lo es. He conocido casos de chicos que dicen: «No voy a jugar porque va mi padre y me presiona tanto antes y después, que no me merece la pena».

Y lo que sucede relacionado con el deporte, lo podemos generalizar al estudio y a todo lo demás.

Una cosa es apoyar a los maestros, a los profesores, y otra es querer sustituirlos.

Los padres somos padres y podemos, debemos y hemos de educar, pero hay unos profesionales de los que hemos de estar muy cerca pero sin confundir los papeles de unos y de otros.

No robemos a los hijos su infancia ni el gusto por disfrutar de la vida, y tengamos siempre presente que es importante desarrollar su mente, pero aún más su conciencia.

Quiero detenerme un momento sobre el tema de priorizar los estudios. Usar el estudio como peaje es peligroso, pues las tareas acaban entendiéndose como una sanción. «¡Castigado a hacer los deberes!», «¡Hasta que no acabes de leer no hay dibujos!». Además, el tiempo de estudio deberá ser de tranquilidad, de sosiego, no de amenazas, de regañinas.

PONIENDO LA VENDA ANTES DE QUE LLEGUE LA PEDRADA

Hay padres que evitan todas aquellas situaciones que puedan ser desagradables o les ocultan información para que no sufran.

Hace no mucho escuché en la radio, *anonadao*, a una señora, que dijo ser profesora, que los niños deben aprender sin darse cuenta de que lo están

haciendo, que todo estudio debe vivirse como un juego. Me quedé estupefacto y todavía estoy en *shock*.

Hay una corriente de opinión que afirma que todo son derechos, y los deberes no existen. Estamos en la época del yo exijo, yo quiero un aeropuerto en mi pueblo y además una universidad. Todos quieren una beca, una subvención. Todo el mundo se siente, no se sabe por qué, maltratado. Vivimos en una queja continua. En fin, una ruina.

Tengo que confesar que estoy harto de los periodistas que empiezan con la siguiente pregunta: «¿Por qué antes los hijos venían educados al mundo y ahora se educa tan mal?». Y a partir de aquí, la debacle. Todas las preguntas van orientadas para transmitir que el mundo antes era idílico y ahora estamos en el peor de las épocas posibles. Y si le dices al profesional de la prensa: «Es usted un poco negativo, ¿eh?», te contesta con el ya típico y tópico: «Lo negativo es noticia». Hala, báilalo.

Y así tenemos un mundo que funciona con imperfecciones, pero que evoluciona, que nos permite viajar, contactar, tener más esperanza de vida, etc., etc.

En España hubo una crisis tremenda creada por la burbuja inmobiliaria. Y no será la única. Y es que enseguida la gente quiere un cochazo, pero de esos que al dejar el llavero encima de la mesa todo el mundo se entere de qué marca es (hay que ser hortera). Y desde luego, el fin de semana a un hotel con spa.

El lector puede preguntarse si Javier habla en serio, o Urra se lo pasa genial escribiendo este libro. Pues sí, hablo en serio, pero con humor, y dando pinceladas que describen una sociedad, una forma de entender la vida.

¿Se acuerdan del trabajo de sus abuelos? ¿De la capacidad de ahorro? ¿De la austeridad? ¿De sus limitaciones?

Hoy se te pincha una rueda y ni te agachas. Llamas al seguro y que venga alguien. Y así con todo. Vivimos en una sociedad en la que preparas una actividad al aire libre, y si llueve y no estaba previsto el plan B «dentro», pues hay quien no quiere pagar. O dicho de otra manera, la culpa, el problema, está en el otro.

Si incluso llegamos a ver a gente que va a unos grandes almacenes muy conocidos a cambiar un traje, asegurando con todo descaro que no se lo ha

puesto y lleva más arrugas que... Y ahí está el pobre dependiente teniendo que aguantar que le mientan, descaradamente, pero como el cliente siempre tiene la razón...

A mí particularmente esta parte de la sociedad me molesta, me irrita, me indispone.

Parece que de vez en cuando me voy por las ramas y eludo el tema. Retomemos nuestro asunto principal. Hablábamos de ponernos la venda antes de que llegue la pedrada. Pues bien, los medios de comunicación desempeñan un papel a veces negativo, mejor dicho, muchas veces. Hay programas basura que crean a los jóvenes falsas expectativas de alcanzar sin esfuerzo unos objetivos que son muy simples. Luego ellos comprueban que en la vida real hay que esforzarse para poder alcanzar metas. Y no siempre van a tener lo que desean Y esto frustra, porque no es lo que se les ha «vendido». Aunque hay algunos programas, como esos concursos de cocina, en los que se exige mucho y que son aceptados porque dan juego y espectáculo, pero que serían inadmisibles en otros escenarios, como un instituto.

Y hablando de cocina, permítanme una «receta». Póngale cada día una dificultad a su hijo.

DAR ANTES DE QUE LO SOLICITEN

Hasta hace no mucho se utilizaba el criterio siguiente sacado del refranero: «Ante el vicio de pedir, la virtud de no dar».

Los niños que se esfuerzan lo mínimo harán lo mismo de adultos. Son niños que siempre argumentan excusas. Este es un caldo de cultivo para los vagos, inapetentes, arrastrados. Esas personas a las que les cuesta todo, que hasta la mano te la dan flácida, y el sofá ya tiene su forma anatómica cual fósil incrustado.

Se produce cierta sobreprotección cuando nos adelantamos a ellos. Cuando salimos al paso de los deseos de nuestros hijos y ellos no ven el esfuerzo que implica, les estamos negando la posibilidad de desarrollar capacidades, de aprender cómo se hace, de entender cómo funciona.

Haremos mal si hurtamos el sentido de voluntad, de esfuerzo, y no les permitimos valorar lo humilde, lo sencillo, lo bien hecho.

Recuerde cuando éramos pequeños, comprábamos gusanos de seda y morera, y un día, tras alimentarlos, al abrir la caja, salía una mariposa en busca de su propia vida. Por cierto, que si para protegerla le agarras las alas con los dedos, la inutilizas.

Hemos de educar para la vida y desarrollar así la pedagogía del ser, teniendo presente que no se lucha porque se es fuerte, se es fuerte porque se lucha.

No les resolvamos todo. Rechacemos en los niños las comunes excusas para no hacer, formémosles para que ellos creen un carácter fuerte en sí mismo. Para ello desarrollemos un hábito, lo que exige propiciar el deseo de hacer, el descubrimiento de cómo hacerlo y el esfuerzo y la constancia para repetirlo.

No se puede y no se debe solucionar todo a los hijos. Hemos de promover que se esfuercen para que aprendan a resolver sus dificultades. Que fracasen alguna vez, que aprendan a respetar las normas y reconozcan la autoridad.

Los padres sobreprotectores creen que demuestran cariño resolviéndoles todo a los hijos. Asimismo, ello les hace sentir importantes otorgándoles el control de la situación.

Y lo asombroso es que muchos chicos, cuando salen del hogar de los padres, muestran su competencia para las compras, para la autonomía, para vivir con otros jóvenes, para asumir responsabilidades.

Hay una regla de aprendizaje importante. La falta de práctica está relacionada directamente con la falta de adquisición de la habilidad; más aún, la falta de práctica lo que hace realmente es que no haya la ocasión de generar conductas nuevas que lleven a la persona a acumular logros, y esta falta de éxito es la piedra angular de muchos trastornos de conducta.

Somos sabedores de que los padres necesitamos a nuestros hijos, tanto como los hijos necesitan a sus padres. Pero entre los padres absolutamente irresponsables y lo opuesto, hay mucho campo educativo. Al fin y al cabo, los padres no podremos responsabilizarnos el día de mañana de todo lo que digan, hagan o dejen de hacer nuestros hijos.

EDUCANDO PARA CLIENTES, NO PARA CIUDADANOS

No tiene un padre enemigos como los hijos traviosos.
LOPE DE VEGA

«PROHIBIDO PEGAR AL MÉDICO» (CARTEL EN LOS AMBULATORIOS)

Resulta vergonzoso, para quienes tenemos vergüenza, ver que hay que poner en un ambulatorio un cartel para que quien va a ser atendido, asistido, tratado, y en la medida de lo posible curado, no agrede a su médico.

Tengo la suerte de vivir en un magnífico barrio de Madrid, el de Retiro. En el ambulatorio que me corresponde, Reyes Magos, vemos por temporadas este indigno e indignante cartel. Algo nos está fallando en la educación, o todo nos está fallando, cuando el ciudadano lo único que hace es exigir, bramar, sin saber esperar, sin entender que hay otros pacientes, sin asumir que esa baja que reclaman muy probablemente no les corresponde.

No, no crea que estoy hablando de drogodependientes, de adictos, sino de impulsivos, de los de «¡Porque lo digo yo!», de los que se cuelan en las filas para obtener una entrada de cine, de los que se priorizan a sí mismos, de los que perciben el mundo desde su egoísta y miope visión.

Cuando el respeto se diluye, tenemos un problema; cuando la autoridad se discute, el problema crece.

Es de muy mal pronóstico tener que poner cámaras en todas las esquinas de todos los lugares, y proteger, y protegerse, con guardias de seguridad.

Parece que la moral es inexistente, que la ética retrocede, que los valores son cercados, y que nadie tiene el valor de hablar, de demostrar y defender las

virtudes.

«¡TÚ ESTÁS AHÍ PORQUE TE PAGAN MIS PADRES!»

Apreciamos mucha culpabilidad en algunos padres, y considero que no siempre es objetiva. Parten de que les dedican poco tiempo. Hemos de añadirle que hoy en España se tienen pocos hijos o se tienen cuando ya se es muy mayor, y todo ello engrosa esa culpabilidad. Añádase esa fábula de que el niño siempre ha de estar bien, de evitarle dolores y sufrimientos.

A lo lejos se vislumbra la incertidumbre, un mundo cambiante donde encontrar un puesto de trabajo es una tarea de titanes, y en el que no es fácil garantizar la continuidad en ese puesto laboral. Lo mismo sucede con la pareja. ¡Qué difícil convivir en un mundo de tantos desplazamientos, de tantos viajes, de tantos encuentros! Digo, ¡qué difícil convivir con la misma persona tantos y tantos años!

Pues sí, todas estas visiones, impresiones, sombras, hacen que algunos padres vivan con culpabilidad su existencia, su entrega, sus pautas educativas.

Y entonces al niño se le dice, se le transmite, que los padres estamos por y para él, que nos diga qué necesita, qué demanda, y buscaremos darle inmediata respuesta. Y se llenan de contenidos las horas de ocio de los niños para que no se aburran, para que aprendan para el futuro, para que se capaciten, para que sean más completos, ¡para que sean más felices!

La austeridad es una palabra en desuso, la autolimitación es casi impensable. El dar, el comprometerse desde niño se convierten en una utopía, en una irrealidad.

Y es entonces cuando el niño, cual cliente con derecho a adquirir, a devolver el producto en mal estado, olvida también lo que es el agradecimiento a los que nos antecedieron, a los que nos continuarán, a los que nos acompañan, y aun a los que nos enseñan, como son los maestros, los profesores, los que nos educan.

Y en esa tormenta de arena que no nos deja ver, los niños se confunden, y piensan, cuando no dicen, que su maestro, su profesor, su educador están ahí porque sus padres les pagan. ¿Puede darse mayor disparate?

Y alguien me dirá: «¿Y qué hacemos?». Y yo le contesto: primero apreciar lo que nos sucede, diagnosticarlo, tratarlo, o lo que es lo mismo, decirle al hijo: «Agradece la labor de tus profes», que nos oigan hablar bien de ellos, que lo capten cuando nos reunimos con ellos.

Sí, diagnosticar, tratar, pero mucho mejor prevenir. Pongamos el foco en tantas familias que funcionan bien, que agradecen, que reconocen, que valoran el dinero en su justa medida, que son los que transmiten que lo importante no es tener (algo, siempre efímero), sino ser.

SATURÁNDOLOS

Existe el miedo al vacío, y queremos decir con esto que hay quien necesita llenarlo todo de cosas, y hay algunos que saturan a sus hijos de actividades, de objetivos, de exigencias. Lo bueno sería, por el contrario, darles herramientas para que alcancen sus motivaciones. Eso sí, recordando, como decía Platón, que a los hijos hay que situarlos según sus capacidades, y no según las capacidades de sus padres.

Existe el riesgo de que si fallamos en las pautas educativas, el hoy niño, mañana joven, pase de la demanda a la exigencia. Estimo erróneo hacer un mundo irreal para los niños. Y aún más, lo que yo creo que hay que trasladar a los niños es, ¿qué pueden aportar ellos a la sociedad, a otros niños que lo necesitan, aunque no siempre lo demandan?

Si preguntamos a los niños, nos dirán que no son suficientemente escuchados ni queridos. O llevan razón, o les hemos enseñado solo a exigir y reclamar.

La vida tiene mucho de heredad, de lo que recibimos y de lo que aportamos, y en ese sentido hemos de plantearnos también no solo por la felicidad o el bienestar de nuestros hijos, sino por lo que ellos harán en favor de la ciudadanía, de la sociedad.

No está bien aplaudir compulsivamente a los hijos por todo lo que hacen, pero aún es peor minimizarle los logros, compararlo con los demás (con el hermano que todo lo hace bien), primar los reproches, los castigos y las

culpas, pues se generará pesimismo y frustración, e incluso es posible que desarrolle un espíritu derrotista, ya que la autoestima se agrieta o resquebraja.

Cuidado con el juego de doble vínculo: te protejo, te quiero, pero te exijo, o más, te machaco. Todo ello genera desasosiego y dolor.

Atención a la hostilidad. Cuando los pequeños perciben que los demás actúan con hostilidad, responden de la misma manera, lo cual produce en ellos un patrón de agresividad (como demuestra un estudio realizado por la Universidad Duke, en Estados Unidos, con mil doscientos noventa y nueve niños). Estos niños aprenden a desconfiar de los demás y se ponen a la defensiva, interpretando estímulos neutros como agresiones.

Si educas en la agresión, la respuesta es la agresión. Llamen la atención esos padres que le dicen a un hijo: «No pegues a tu hermano pequeño», al tiempo que ellos le sacuden a él.

No sirve de nada reprochar el tiempo y esfuerzo que se ha dedicado a ellos. Ante un problema, hay que aceptarlo como una señal y tratar de encontrar el foco para poder apoyarlos, orientarlos y buscar respuesta a las inquietudes, darles calma. Es más, el tiempo y el esfuerzo que se dedica a los hijos se tiene que dar a fondo perdido. Desde luego, el que crea que esto es una inversión se equivoca. Los padres, en general, nos volcamos en los hijos, y estos, al principio, no suelen devolvernos tanto afecto y cariño, lo cual no quiere decir que no nos quieran mucho, aunque no lo manifiesten. Día habrá en que ellos dejarán de ser hijos para convertirse en padres, y entonces entenderán lo que muchas veces es ley de vida.

De vez en cuando, las tensiones y las dificultades llegan no tanto por las conductas de nuestros hijos, sino por la dificultad para interpretar sus sentimientos. Añádase que también interfieren los nuestros, lo que nos acontece con nuestra pareja, o en el trabajo, e incluso el resultado de nuestro equipo deportivo.

Sí, somos humanos, y un conductor que nos insulta gravemente nos hace llegar a casa con poco equilibrio emocional, y a veces lo pagan nuestros hijos. Sepámoslo y, en la medida de lo posible, evitémoslo.

En todo caso, nunca se debe decir al niño que no lo queremos, o amenazarlo con que no lo vamos a querer. Por otro lado, también, y siendo verdad que se tarda toda una vida en comprender que un hijo no quiere tanto a

sus padres como estos lo quieren, no es menos cierto que los hijos queremos mucho a los padres, aunque no siempre lo expresemos.

Y dando un salto, una realidad inapelable es que los adultos infantilizados son rechazados por los niños. Aún más, alguna vez los niños se quedan perplejos por los comportamientos de los denominados adultos.

En la clínica, trabajamos en muchas otras ocasiones por la armonía y el equilibrio de los padres, para conseguir la mejora de la relación con los hijos.

Y no olvidemos nunca que educar se realiza primordialmente con el ejemplo de las conductas, de las palabras, de los silencios, en la forma de afrontar los problemas y las alegrías, las incertidumbres y las dudas.

Por tanto, un adulto que inclina la cabeza ante el jefe y desprecia al que le sirve, es un mal ejemplo.

UN MUNDO EGOCÉNTRICO, CENTRÍPETO

Estamos hablando de un fenómeno muy extendido hoy en día: el de los padres vigilantes de la playa. También los hay apisonadora, porque allanan el camino que han de recorrer sus hijos, fijan la meta que ha de alcanzar su hijo y le muestran el recorrido que debe seguir. Y no nos olvidemos de las *soccer moms*, que llevan a sus hijos en grandes todoterrenos de aquí para allá, ni de los padres mayordomos que ejercen de chóferes de sus hijos.

El exceso de protección de los niños mina la solidaridad social, pues vivir únicamente para los hijos incide en un menor interés por los demás. Estos niños son el centro del universo para sus padres.

Las nuevas generaciones de hijos «sobrecridados» son jóvenes adultos ansiosos y narcisistas, con serias dificultades para resolver problemas, enfrentar fracasos, luchar por lo que quieren, aprender de la experiencia y adaptarse.

Hemos educado a una generación en el acaparamiento de bienes. Veamos cómo se adaptan y actúan cuando estos son inalcanzables para la mayoría.

Hay que educar menos en el deseo, y más en el esfuerzo. No olvidemos interiorizar que los otros son importantes, esenciales, necesarios. Que sus experiencias son muy ricas, que pueden aportarnos ideas que ni hemos

atisbado. No erradiquemos la importancia de la compasión. Sufrir con y por el otro.

Eduquemos a los hijos para que tengan una buena vivencia de las intenciones ajenas. Para que no luchen contra el mundo, sino que se comprometan en lo que puedan a mejorarlo.

Eduquemos también en la autodisciplina, pues es un activo inestimable, y es que las circunstancias no hacen frágil a la persona, eso sí, la muestran tal y como es.

Si los hijos nunca experimentan vivencias dolorosas o frustrantes —como al tener que compartir un juguete o esperar su turno— o si nunca sienten tristeza ni desilusión, no tendrán la oportunidad de desarrollar las habilidades psicológicas esenciales para su bienestar.

UN PARQUE TEMÁTICO

Solo hay algo peor que un progenitor que solo habla de sus hijos: el autor que solo habla de sus libros.

EL AUTOR

UN MUNDO DE ALGODÓN

Precisamos niños con una personalidad y actitud resiliente, psicológicamente sanos, dotados de recursos, que disfruten del juego, que ríen, que se sientan seguros, pero que no crezcan en un mundo algodónoso e irreal, un mundo nebuloso que oculta el choque contra una dura realidad.

Estamos en una sociedad *light*, de cervezas sin alcohol, de tabaco sin nicotina, de alimentos sin nutrientes, y llegará el día en que inventaremos el fuego sin calor. Bueno, la verdad es que somos así, y la capacidad de autoengaño resulta realmente tierna. Cuando yo veo las bolsas de patatas fritas que ponen «con sal marina», o «hechas por la abuela», me cuestiono por la capacidad para dejarnos y querer dejarnos engañar. Y qué decir del que se mete un almuerzo pantagruélico, y eso sí, dice en voz alta al camarero para que lo oigamos todos: «El café con sacarina» (cuando no se ha privado de lanzar la mano compulsivamente al inicio para deglutir unos sabrosos torreznos).

Queremos un mundo de seguridad, y por eso se contratan seguros de hogar, de vida, de accidentes, para el vehículo. Buscamos asegurar nuestra jubilación. Pretendemos dejar todo muy bien cerrado. Ya lo dijo alguien hace muchos años: «Todo está atado y bien atado». Pero la realidad es que el mundo tiene mucho de imprevisible, y si lo pensamos bien, no pocas veces nos

sorprende. Eso nos permite vivir con atención, con capacidad de sorpresa, pero no debiera de ser un vivir en alerta, un existir preocupado.

Bien está mirar a ambos lados cuando vamos a cruzar la calle, pero es que hay quien va por la vida enfundado en un airbag integral, como si fuera casi un buzo, y no podemos garantizar la seguridad, la tranquilidad, la comodidad, ni de nosotros ni de nuestros hijos.

A veces nos sobresalta un terremoto u otras actividades de la naturaleza que siempre nos sorprenden y nos desbordan. Cuando cae un avión, cuando se produce un accidente de tráfico y afecta a alguien al que queremos, no solo nos quedamos compungidos, sino sorprendidos. Es como si no pudiéramos creer que eso nos acontezca a nosotros.

Por eso, hay dos formas de vivir: una, dándonos cremas para prevenir las quemaduras solares, la picadura del mosquito... es decir, embadurnarnos en algo protector. Y eso no está mal, pero sepamos que hay limitaciones. La otra opción es afrontar el camino de la vida con unas buenas botas, con capacidad para adaptarse a la orografía, para aprender a descansar, para anticipar los riesgos ciertos y, desde luego, para levantarnos tras cada tropiezo o caída.

Ese nido algodónoso en el que crecen nuestros bebés es ya un acceso a un mundo real, pues donde verdaderamente el niño ha estado más protegido es en el seno materno, allí cuando parece un astronauta ingravido y conectado a la nave nodriza.

Generar personas de piel muy suave es dejarlos desprotegidos. Los niños tienen que ir a los colegios, y claro, enfermarán y padecerán lo que es propio y natural a esas edades. De no ser así, esas enfermedades serán contraídas de adultos, y entonces serán mucho más graves.

EL OCIO ILIMITADO

Nuestros antecesores prehistóricos muy posiblemente no tuvieran unos horarios estrictos, comían, cazaban, jugaban, se reproducían, pintaban, y lo hacían, con toda seguridad, según los horarios solares y las demandas del propio cuerpo.

Hoy, sin embargo, tenemos acotadas las horas de trabajo, de ocio, vacacionales, etc.

Recuerdo que nuestros padres tenían solo como descanso el domingo. Después se amplió al sábado por la tarde, al sábado por la mañana, al viernes por la tarde. Es decir, estamos agotados de trabajar, con mucho estrés, con mucha presión, con mucho ritmo, y sin embargo, cada vez el tiempo de ocio es mayor.

El problema, si es que es un problema, es que queremos también llenar el ocio de contenido para poder aprender, conocer, visitar, encontrarnos. Total, que volvemos al trabajo más cansados que cuando iniciamos el tiempo de descanso.

Además, no somos pocos los que un descanso real, casi sin hacer nada, y dilatado en el tiempo, no solo nos aburre sino que nos preocupa. Por otro lado, hay que señalar que el tiempo de ocio es esencial y necesario, nos define, pues podemos elegir, valorar, anteponer. Y muchos problemas suceden en los tiempos de ocio, ya sea a causa de accidentes o por verse involucrados en conductas a veces disociales o de consumos poco aconsejables.

Téngase presente que, en general, una cosa es cómo nos comportamos en el ámbito laboral, y otra bien distinta en el tiempo de ocio, con los nuestros, cuando nos relajamos, cuando estimamos que podemos hacer aquello que nos apetezca sin tener que dar explicación a nadie.

Y esto que digo, a grandes rasgos también obra para los menores y los jóvenes. Por eso, los progenitores se preocupan, y en algunos casos con razón, por el ocio de sus hijos, y se preguntan con quién estarán, qué conductas pueden estar realizando, si se pueden implicar en algún riesgo, si alguien les llamará la atención como padres de un hijo que les ha sorprendido en algo, y negativamente.

Y es innegable que hay actividades de ocio que producen cierta inquietud. Algún riesgo puede ser connatural a algunas ocupaciones, como es la práctica del deporte, pero hay otros riesgos sobrevenidos como los que entrañan las actividades rodeadas de alcohol y otras drogas, de lugares buscados para ocultarse o de noches apuradas al máximo para dejarse llevar por el exceso y la desproporción.

Pues bien, los padres, los adultos, lo que podemos y debemos hacer es educar en actividades sanas, como pueden ser la lectura, el disfrute de la buena música, el senderismo, los talleres de escritura, el teatro, la danza, etc., etc. Pero, además, nos cabe educar en el autodomínio, en la asertividad para saber decir que no, en la capacidad para elegir amigos que sean sanos, nobles, leales.

No es fácil prever y prevenir las conductas de nuestros hijos, pero sí hay mucho por hacer anticipadamente; es más, la mayoría de los padres lo hacen y consiguen plenamente sus objetivos: que sus hijos disfruten del ocio, que les enriquezca como personas, y que lo hagan sabiendo manejarse en esos tiempos de libertad tan necesarios y placenteros.

Déjenme señalar otra advertencia: hoy se ha creado un verdadero negocio para el disfrute del ocio, a veces en familia, como ir los festivos a centros comerciales y grandes superficies, donde también hay restaurantes, cines, boleras, etc., o parques de atracciones, parques acuáticos, etc. Está muy bien y facilita la utilización del tiempo, pero es recomendable no caer en un ocio absolutamente programado y donde todo venga desde el exterior.

Por otro lado, hemos de reseñar la preocupación por otros modelos peligrosos como son las salas de apuestas, donde se empuja a entrar en un mundo realmente nocivo. Están proliferando mucho por las ciudades, y también por internet.

LA DIVERSIÓN COMO META

Se dice, se oye, se comenta, que la razón esencial de la vida es ser feliz. ¿Es verdad? ¿Eso llena una vida?

No seré yo el que me ponga a lanzar una proclama solo en favor del trabajo y del esfuerzo, y aún menos a concluir que este es un valle de lágrimas, de sufrimiento y de contricción.

Ahora bien, me preocupan esas personas, y sobre todo esos jóvenes que buscan desafortadamente y en todo momento divertirse, porque creo que estamos ante un espejismo, una huida hacia adelante, un no querer reconocerse. Divertirse sí, claro que sí, disfrutar uno mismo, en pareja, en

grupo o en una gran colectividad, o junto a otros ochenta mil seres humanos, pero con un objeto, con una razón, con un criterio.

Al escuchar a personas que solo pretenden pasarlo bien, te llega un eco vacío, irreflexivo, pues todo es salir a divertirse, a enajenarse.

Bien haremos en educar a los niños inculcándoles que la diversión — como el estudio, el trabajo, la alimentación— tiene un límite. Poseemos, por ser personas, un mecanismo de saciedad. Y cuando alguien sale a *despiporrarse*, a beber sin control, anticipa el no dormir durante días, ¿de verdad que busca divertirse? ¿Cuál es la causa de ese descontrol? Nos divertimos, descansamos, porque hay otros momentos de seriedad, de esfuerzo, y como todo en la vida, se equilibra, se reequilibra. Cosa bien distinta es disfrutar de la vida porque cuando vas en el autobús al trabajo escuchas música, hojeas el periódico o te entretienes imaginando lo que piensa y siente la persona que llevas delante y a la que no conoces.

Un gesto sano y muy juvenil es divertirse, pasarlo bien, disfrutar al máximo. Es genial, es síntoma de salud en todos los sentidos. Pero lo preocupante es estar a la busca y captura de esa diversión, porque puede llegar a un extremo en que lo que no sea divertido se erradique, y eso no está bien. No es así como funciona el devenir del ser humano y de la sociedad en la que se integra.

En psicología, se ha podido demostrar científicamente que hay estados profundos de bienestar en una persona, a veces cuando está aprendiendo o cuando manifiesta su talento, por ejemplo tocando un instrumento musical, y en el desarrollo de su propio trabajo, si es que este le apasiona, le envuelve.

Por lo tanto, no hemos de extremar la diferenciación entre lo que es agradable, divertido, placentero, de lo que es un trabajo, una labor, un desempeño.

LA EVASIÓN DE OBLIGACIONES

Da la sensación de que, por ser joven, no se tienen obligaciones. Craso error. La infancia, la adolescencia, la juventud no solo tiene que crecer, sino que ha de ser corresponsable; eso es madurar.

También es cierto que los jóvenes parecen ir enarbolando siempre la bandera de la juventud y, amparándose en ella, se arrogan el derecho a decir o hacer lo que quieren y lo que les da la gana. Pero hemos de responsabilizar a los jóvenes de sus acciones y omisiones. Por lo tanto, mal haremos transmitiendo ideas como: «Tú tranquilo, hijo, que de este problema ya nos encargamos nosotros» (los mayores).

Nos sobran arrumacos a los adolescentes. Y es que encumbrar a los niños en pedestales, privándoles del contacto con la dura realidad, supone mal-educar y que un día, al salir de la urna de cristal, puedan recibir un impacto al que no sabrán adaptarse ni responder.

Insisto en que en muchas ocasiones, parece que los adultos no saben muy bien cómo hablar a los niños o a los jóvenes. No son pocos los que ponen caritas y una voz ñoña que deja al adolescente absolutamente perplejo. Subyace la idea de que los niños, adolescentes y jóvenes están en evolución y, por lo tanto, su nivel de comprensión es escaso. Craso error, lo entienden casi todo, y no siempre lo comparten.

Resulta cuanto menos sorprendente ver a algún adulto decirle a un adolescente: «Hala, venga, hombre no te pongas así», casi como si fuera un bebé al que hay que acunar y arrullar.

Erradiquemos el mundo irreal, ilusorio, falso.

Hace tiempo que di en España la alarma de padres que se dejan chantajear, que quieren comprar el cariño de sus hijos, que miman en exceso, que sobreprotegen, que convierten el mundo de sus descendientes en algodónoso, conformando unas personalidades caprichosas, disruptivas, tiránicas, que generarán graves problemas en el propio hogar y/o en la escuela. Crecerán sin destrezas de autorregulación, con falta de autocontrol, lo que revertirá de adultos en conductas desbocadas dentro de la pareja, en rupturas. La autorregulación es requisito necesario para desenvolverse responsablemente, exige no solo admoniciones morales, sino habilidades. Que los adultos enseñen a sus hijos a no ser desbordados por sus sentimientos es la forma de prevenir y ahorrar en psicoterapias, desintoxicaciones, centros de reforma o prisiones. Digámoslo, asumámoslo, la convivencia diaria en el hogar ha de ser enriquecedora —lo cual es lo esencial— y cariñosa, pero es inevitable algún conflicto, algún disgusto.

Hemos de trasladarles al niño y al adolescente que el mundo no es un parque temático, hay que llevarle a ver los mercadillos, pero también los distintos barrios, tan dispares, y a veces con esa terrible injusticia diferenciadora. Y no ocultarles que existe la enfermedad, la tristeza, la melancolía, la depresión, que la vida no es justa, solo así podrá volver a mirar la vida cara a cara.

A los parques temáticos vamos a divertirnos, a disfrutar, a jugar, a pasarlo bien, con cierta irresponsabilidad, pues la seguridad la ponen otros, los que han medido los riesgos y las situaciones. Pero, en la vida, nos conducimos nosotros mismos, somos nosotros los que hemos de estar alerta, es más, por ejemplo, cuando conducimos, llevamos coches delante, coches detrás, coches que cruzan a la misma altura por la derecha y por la izquierda, y hemos de guiar con agilidad, con prudencia, anticipando también los movimientos que pudieran tener los otros conductores.

Y, a pesar de todo, hoy nos transmiten mucho la idea de un ocio continuado o de un mundo puramente lúdico, algo, que la verdad, para nada se compagina con la realidad.

III

CONSECUENCIAS

PRIMERO YO, Y LUEGO YO. NIÑOS EGOÍSTAS, NARCISISTAS, PSICOPÁTICOS

Los hijos, cuando son pequeños, entontecen a sus padres; cuando son mayores, los enloquecen.

PROVERBIO INGLÉS

LA RELACIÓN DESDE EL «YOYÓ»

Hay niños que imponen su propia ley en el hogar. Son caprichosos, sin límites, dan órdenes a los padres, organizan la vida familiar y chantajea a todo aquel que intenta frenarlos. Quieren ser constantemente el centro de atención, son niños desobedientes y desafiantes que no aceptan la frustración. Es lo que se ha denominado «síndrome del emperador». Se trata de pequeños con insensibilidad emocional, escasa responsabilidad ante un castigo y dificultades para desarrollar sentimientos de culpa, así como escaso apego hacia sus padres u otros miembros de la familia.

Cierto es que la psicopatía es otra cosa, pero no es menos verdad que la dureza emocional también se aprende. Por el contrario, también se puede enseñar a ser sensible, afectuoso, a sentirse preocupado, a ser cálido.

Tengamos mucho cuidado para que los niños de hoy no sean los «blandengues» del mañana, pero tampoco exigentes y demandantes de forma casi patológica. Vemos algunos niños que no asumen normas, que son extremadamente desafiantes. Y padres que no toleran las emociones negativas de sus hijos y que para rebajar su angustia se mantienen en eternos interrogatorios.

Sin duda, el esfuerzo que tienen que hacer niños y adolescentes para obedecer es un valor que les ayudará toda la vida.

Me preocupa ese cóctel de esos papás que quieren decidir hasta con quién se sienta su hijo en clase, y sin embargo, les propician, y desde que son muy pequeños, una tecnología que, llevada al extremo en tiempo y sin filtros, impele a los hoy niños a ser disociales cuando no les trastorna mentalmente.

Cierto es que la sociedad y la Administración han de apostar por la conciliación familiar y laboral. Y también que en casa y, desde muy corta edad, hay que establecer horarios y rutinas que se cumplan. Es necesario compartir responsabilidades con los niños. Que estos aprecien el valor de las cosas y que aprendan a tener paciencia. Dotemos a nuestra familia de conversación, de escucha, para que todos contemos cómo nos va. Utilicemos la televisión y la red como un instrumento de tiempo limitado. Enseñemos la importancia del «tú», y a ponerse en el lugar del otro. Digamos y enseñemos a decir: te quiero, perdón, gracias, por favor, lo siento.

Esta es una sociedad que mira siempre y señala lo negativo, aunque tendríamos que fijarnos en los que lo hacen bien.

Se habla mucho de trastornos e incluso de enfermedades; todo se quiere catalogar, pese a que algunos aspectos son científicamente discutibles. Por ejemplo, y sé que seré criticado por estas afirmaciones: las adicciones, ¿son de verdad una enfermedad? ¿Lo son aquellas relacionadas con unas sustancias que esclavizan al cerebro? ¿Y las otras adicciones que no están referidas a sustancias? Hablamos de trastornos, y yo me pregunto, ¿dónde está la voluntad del ser humano? ¿Dónde su capacidad para tomar decisiones y ser libre?

El «yoyó» es un ser que se arrastra en sí mismo, que se autofagocita, que no tiene más capacidad de amor que a sí mismo. Una pena, un desastre, un asocial.

UN APLAUSO CONTINUO

No sé si se habrán fijado, pero hoy a los niños se les aplaude por todo.

Parece lógico que cuando diga «mamá» o «papá» todo el mundo bote de alegría, incluso cuando diga «abu». Y que valoremos que se ponga de pie y dé

los primeros pasos.

Pero hemos llegado a un punto en que el niño hace un dibujo en el colegio y hay que exponerlo. El niño sale a una obrita de teatro y dice algo que no se entiende y los padres se rompen las manos aplaudiendo.

¡Y qué decir de esos finales de curso! Pero no del máster universitario, no de la carrera, sino del bachillerato, de la ESO, ¡de educación infantil! Añádase que todo bautizo, primera comunión, cumpleaños requieren una organización digna de la mejor causa.

El otro día me decía un buen amigo que su hija se casaba, y que además del cortador de jamón, quería al experto en bogavante, y desde luego un dron para hacerles fotos en el jardín. Esa tarde llovió. Me acordé de ellos.

El aplauso y el refuerzo positivo están muy bien, es necesario. Pero en la vida, ni tu pareja está todo el día aplaudiendo con las orejas porque estés ahí, porque bajes a comprar el pan; ni en el trabajo te dicen continuamente: «¿Qué haría esta empresa sin ti?».

Estoy intentando, con tono sarcástico, explicar que educamos a los niños para un mundo inexistente, y al final les pasa como a algunos cazadores, a algunos jugadores de golf o algunos pescadores, que cuentan historias que no se creen ni ellos (espero que no se las crean ellos).

El aplauso, el reconocimiento, la medalla, la insignia deben ser valoradas, apreciadas, distintivas, y por tanto anecdóticas, puntuales. De otra forma, pierden su valor, se degradan, se devalúan. Hay adultos que apoyan desde su empresa un premio, que naturalmente se les concede a ellos, y encima salen a recogerlo emocionados, y cual receptor de un cabezón (un Goya), hablan de todos y cada uno de sus amigos y familiares.

La austeridad, la limitación son esenciales. Hay que sentirse humildemente orgulloso con uno mismo, por hacer lo mejor posible lo que te corresponde, por el deber cumplido, por haber tenido un gesto que nadie te exige. Pero repito, el aplauso primordialmente debe venir del interior. Y en cuanto al exterior, recuerden que cuando los focos te iluminan, alguien está en la sombra esperando a que tropieces. Y que cuando caes, siempre hay quien hace leña de ese árbol caído. Por cierto, que tampoco tengan en cuenta todas las críticas, ni den mucho valor al que solo sabe menospreciar, criticar y envidiar.

Un aplauso continuo resulta ensordecedor. Y el peligro está en que alguien crea, llegue a creer, que merece ese aplauso continuo; hasta ahí puede llegar el narcisismo y la pérdida de sentido.

NO SENTIRSE CONCERNIDO

Hay que contrarrestar las conductas negativas que asolan la sociedad, y hacerlo desde el primer minuto en el hogar. Los niños deben llegar al colegio con una correcta formación cívica y social.

Téngase presente que en las redes sociales, y dentro de ellas en los juegos en los que los niños tanto mal aprenden, el líder es el que transgrede.

Pero mi experiencia empieza a acercarme a una realidad que me preocupa, y cada día más. Y es que la mayoría de los padres que no educan bien es porque no saben hacerlo. Esta es la causa del deterioro en la buena educación.

La sociedad se compone de distintos peldaños, pero es como si hubiéramos perdido alguno de ellos, y entonces no tenemos el pie en firme.

Mencionemos a esos progenitores que sienten que el mundo está en su contra, que entran en bancarrota para que sus hijos asistan a los mejores colegios, cuenten con profesores particulares, se incluyan en actividades y deportes extraescolares. Créanme, hay padres que dejan la vida en el empeño de educar. Hay padres que, cuando los hijos se independizan, se separan.

Este, como cualquier otro, es un buen lugar en este libro para recordar que los niños sobreprotegidos tienen más probabilidad de sufrir depresión o de padecer problemas de estrés, de ansiedad o de generar problemas por su agresividad.

Hagamos un repaso. En la educación de los niños debe existir claridad, los pequeños han de saber cuáles son las reglas y los valores del hogar. Los padres han de actuar previamente y no como reacción. Los progenitores no deben entrar en extensos debates argumentales con los hijos, y desde luego, las sanciones han de cumplirse (sin proporcionar segundas oportunidades que a nada conducen, salvo a desprestigiar la medida impuesta). Cosa bien distinta

es darle al hijo la opción de realizar algo interesante y extra que pueda disminuir o eliminar la sanción previa.

No olvidemos que los niños necesitan correr, jugar, estar con otros niños, mantener el contacto con la naturaleza, para alcanzar un correcto desarrollo cognitivo y psicomotriz.

Los padres deben acabar con ese sentimiento paralizante de culpa, decir «No» cuando es necesario, pero sobre todo aprender a decir que sí, en positivo, y ello porque los hijos contribuyen, colaboran, se responsabilizan.

Ya de adultos vemos a personas muy sociables, muy comprometidas con la comunidad de vecinos, con el barrio, con asociaciones, con colegios profesionales, y ello nace de una educación muy social, muy altruista, muy de brazos abiertos, muy alejada de los miedos, de las desconfianzas, de los egoísmos.

Para tener adultos maduros que contribuyan al bien social, habremos de educar para que desde niños se sientan ciudadanas y ciudadanos concernidos.

LA FICTICIA EMPATÍA

Empatizar supone no solo entender al otro, sino ponerse en el lugar del otro, saber qué siente, cómo interpreta, qué elabora. Por eso, dejo dicho por escrito y en conferencias, que desde corta edad hay que educar en el siguiente juego: *el que no sabe lo que siente el otro, pierde.*

Para educar precisamos una verdad que transmitir. Hay que educar en la ética, en la ciudadanía. Sabemos que adiestrar es sencillo, pero lo esencial es educar.

Algo fundamental para la existencia es conocer qué es lo que uno piensa de sí mismo, y, desde luego, saber ser agradecido. Enseñemos, por tanto, que es más beneficioso dar que recibir. Mostremos a los hijos que hay que tener entusiasmo y encontrar algo en la vida por lo que esta merezca la pena. Es decir, una causa noble.

Traslademos la necesidad del vigor, la energía, el entusiasmo en lo que se emprende. Enseñemos a cobijar la esperanza. Señalemos que no se trata de

ir de placer en placer, sino de una ilusión a otra. Y, desde luego, olvidémonos de dar todo lo material y reducir lo espiritual.

Orientemos a nuestros pequeños a que sepan contemplar la belleza. Y también a convivir con la soledad, que es la gran forjadora del espíritu.

A veces los hijos quedarán deslumbrados por la fama, pero hay que prevenirlos de que es efímera y peligrosa.

No se trata de vivir, sino de saber vivir, de poner de acuerdo pensamientos, palabras y hechos.

El ser humano tiende hacia el autoengaño, un mal que nos acompaña, junto al de eludir o desplazar responsabilidades. Y que nadie lo ponga en duda: los padres y los profesores somos esenciales para saber aprender y aprender a ser.

Ah, la empatía, la tan traída y llevada empatía. Y yo me pregunto: ¿cómo puedes ponerte en el lugar del otro, si no sabes quién eres, si no te conoces? Y aún más: ¿cómo puedes ayudar al otro, si te horrorizas de ti mismo o, al contrario, estás enamorado de ti mismo?

La empatía exige acción, práctica, desempeño. Decirle a alguien que es bueno ser empático es como comentarle que llueve; para protegerse del agua se requiere un paraguas, y para ser empático, y desde muy corta edad, ayudar, cooperar, preguntar al otro, saber escuchar (no solamente para esperar a hablar), captar.

El ser humano es social, y muchas veces cordial, y depende en gran medida de las pautas educativas que recibe que se gire hacia sí mismo o se abra hacia los demás.

LA INCAPACIDAD PARA ACEPTAR LA FRUSTRACIÓN

A menudo los hijos se nos parecen, así nos dan la primera satisfacción.

JOAN MANUEL SERRAT

MERCADOTECNIA: PREMIO, DEMANDA, EXIGENCIA

Y las cosas no son tan simples y lineales, sino mucho más complejas, subjetivas, de encuentros y desencuentros; de afirmaciones y aceptaciones.

La vida tiene muchísimos interrogantes, mucho de ilusión, de disgusto, de esfuerzo conjunto, de encuentros, de despedidas. No todo es cuantitativo, no todo se puede medir, no todo es blanco y negro.

Al fin y al cabo, el ser humano se mueve por una moral y una ética que va más allá de premios y castigos, de miedos y de aplausos.

Estamos hablando de la conciencia individual, de cada sujeto. De sus ganas por crecer, por mejorar, por aportar, por sentirse útil. Y esta realidad debe estimularse desde corta edad, pues es algo esencial en el ser humano, algo innegable, algo irrenunciable.

Nacer al mundo exige ya luchar contra la gravedad, respirar, y no es que sea un obstáculo, pero empieza a ser una exigencia, y de ahí hasta el final, vamos a más.

La vida es perseverancia que exige una voluntad indomable, el no darnos por vencidos, el aspirar a lo imposible.

No se trata de tallar una madera de héroe, pero sí de encontrar la piedra filosofal: se llama voluntad. Y desde la confianza en sí mismo, desde la

conquista de la personalidad podremos plantar semillas, cultivarlas y esperar una estupenda cosecha. Permítanme esta metáfora.

No, el ser humano no es una empresa; es verdad que debemos reforzar los comportamientos positivos y no solo corregir los inadecuados, pero no propiciemos que el esfuerzo se apoye en la certidumbre de la recompensa.

Estimulemos en los hijos la curiosidad, hagámosles que sean fieles a la esperanza. Demos y aceptemos responsabilidades, pues es desventurada la persona que no es apercibida o amonestada cuando lo merece, ¡aún más si es niño!

INCAPACIDAD PARA RELATIVIZAR LOS PROBLEMAS

Los problemas llegan a veces como un alud, en tromba, y nos superan, nos tumban, nos desbordan. Pero haremos bien en enseñar —en aprender— que los problemas, como las alegrías, son momentos, y que, por supuesto, tienen un orden de prelación (unos son más importantes que otros).

Cuando hojemos un periódico o una revista de sociedad que fue editada hace un tiempo —no mucho—, podemos comprobar que lo que fue noticia de portada se convierte en algo muchas veces intrascendente. Esa es la verdad, y eso es lo que sucede con lo vivido. Y si es así, anticipemos lo que sabemos que ocurrirá, y, por ende, relativicemos las situaciones, los momentos, las vivencias. Pero, como todo en esta vida, tiene que aprenderse desde uno mismo, pero para ello tiene que haber quien lo enseñe, quien lo transmita.

Enseñemos a escuchar los consejos de los ancianos, pues son esenciales, y es que ya han vivido mucho.

Hay mucha gente que sabe que la vida son momentos, y los disfruta, y los comparte, sin ahogarse en un vaso de agua. Pero hay quien no sabe relativizar, cualquier desencuentro, cualquier disgusto se convierte en un terremoto, y el problema es que cuando lleguen los verdaderos problemas, los problemones, se habrá quedado sin capacidad de llanto, de queja.

Es un buen regalo para los hijos enseñarles a relativizar los problemas, a hacerles ver que somos parte de algo mucho más universal. Que hay temas esenciales como la verdad, la justicia, la belleza, el bien. Hagámosles saber

que habrán de enfrentar crisis y rehacer su propia biografía. Estimulemos su creatividad, realmente vital para afrontar las circunstancias adversas. Desarrollemos en ellos fortalezas personales, tales como habilidades de pensamiento y posicionamiento optimista.

Enseñémosles a ser nobles, a que se presenten de forma genuina, a que digan la verdad y asuman las consecuencias de sus conductas. Que sean valientes, que no se dejen amedrentar por la adversidad, que sean persistentes, que le pongan ganas a la vida y que aprendan a aconsejar a los otros, a comprometerse.

Es verdad que los progenitores han de desarrollar una cierta sabiduría educativa, pues cada niño y cada padre son diferentes.

Los niños empiezan a educarse desde que nacen, y necesitan saber que, por lo general, el mundo es estable y acogedor, aunque con sobresaltos.

LA DESBORDANTE ANSIEDAD ANTE CUALQUIER EXIGENCIA

Esta es una sociedad nerviosa, la ansiedad aflora por todos los poros. Hay que poner en las paradas de autobuses un sistema que nos indique en qué minuto exacto llegará el que esperamos. Y es que estar unos minutos sin saber cuántos y esperando es absolutamente inaceptable para muchos ciudadanos, que aprovecharán el tiempo para mandar mensajitos o incluso para contarle a otro ser humano que su autobús se retrasa ni más ni menos que siete minutos. ¡Inaudito!

Los hay que el lunes ya están deseando que llegue el viernes, y así se les va la vida. Van tachando fechas del calendario, tan contentos, sin ser conscientes de que esto es como el juego de las canicas, que cuando te descuidas vas al «gua».

Ahora hay quien se retira a algún convento a meditar, o gusta de realizar actividades orientales, y qué decir de los spa, de los masajes para relajarse, para quitarse de encima ese estrés acumulado.

Creo que es oportuno trasladarle a los hijos que tienen una vida, y mientras no se demuestre lo contrario, solo una, y que han de saber

gestionarla, pero no exprimirla, disfrutarla, compartirla, pero con tranquilidad, sin precipitación, sin angustia, sin ansiedad.

Ves a cualquier persona que cruza la calle como si estuviera en el encierro de Pamplona, y es para alcanzar un autobús, y si este va a arrancar golpea la puerta como Pedro Picapiedra.

¿Pero qué nos pasa? Que hay quien se levanta a las seis de la mañana y va apurado hasta que regresa al hogar ya entrada la noche. Se me dirá que la vida es dura, que conseguir un sueldo es difícil, que no todo el mundo tiene plaza de garaje donde trabaja. Y es verdad, es innegable, hay quien trabaja de sol a sol y no le llega. Pero me refería, al hablar de ansiedad, también en los tiempos de relajación, de ocio. Sufrimos una hiperestimulación de sonidos, de anuncios, de luces de neón.

Y casi todo el mundo entiende que caminar por un campo verde o echarse una buena siesta en la siempre agradable higuera es no solo bucólico y pastoril, sino muy relajante.

Nuestros hijos van a tener muchos lugares a donde ir, muchas cosas que ver, muchos mensajes a los que contestar, pero harán bien en manejar el tiempo.

Y hablando de tiempo, qué mal lo interpretamos, ¿verdad? Quedamos dentro de veinticinco minutos y tardamos treinta y dos. Y otra concepción muy humana es la de creer que estuvimos en un lugar hace... ¿aproximadamente ocho años? Y la verdad es que son catorce. Con estos ejemplos quiero señalar que parece como si el tiempo nos persiguiera, y nuestra vida se circunscribe a un espacio y a un momento, pero ¿es eso verdad?

Juguemos con nuestro hijo a que él ya es muy viejecito, pero muy viejecito. ¿Qué valorará de lo vivido? ¿Qué tiempo considerará perdido?

Me llaman la atención esos japoneses que lo fotografian todo, absolutamente todo, y yo me pregunto: más allá de maltratar a un vecino mostrándole todos los vídeos y fotografías, ¿cuándo va a poder ver tantas y tantas imágenes? ¿O es una necesidad del saberse vivo, de certificar que estuvo allí, de querer ingenuamente immortalizarse?

Ser eficaz supone hacer las cosas bien, ordenadamente, priorizando, y no simplemente sintiéndose agobiado, desbordado.

Resultan admirables las personas serenas, que transmiten calma, y que al mismo tiempo son resolutivas; ellas manejan el tiempo. La serenidad es un lujo, una verdadera elegancia.

En este libro he empleado bastantes veces la palabra autodominio, y tiene que ser aplicable también al tiempo e igualmente a la ansiedad.

HABILIDADES DE AUTOCONTROL ANTES DE LOS SIETE AÑOS O

PADECIMIENTO DE LA CONDUCTA INCONTINENTE

El bebé, por el simple hecho de serlo, es demandante, tanto de alimentación como cuando no se duerme o siente malestar. Y es lógico. Como lo es la atención inmediata de los padres. Pero llegará un día en que habrá que ir soltando amarras, y desde la supervisión dejar que la distancia facilite la autonomía. Del mismo modo que un día se alcanzará el logro de la deambulacion, aunque sea más fácil arrastrarse o gatear. Y llegará la ocasión en que habrá de ir como los adultos al cuarto de baño, desprendiéndose del siempre cómodo pañal.

Al ser una especie animal, el ser humano se muestra muchas veces instintivo en sus conductas, en lo que desea, en lo que quiere, en lo que exige, y es ahí donde habrá que enseñar a los niños a diferir las gratificaciones, a manejarse en las frustraciones, que es justo lo que creemos que hoy no se realiza y es por tanto causa de un gran malestar social, pues si de niño no se obtiene un «No», es difícil que se consiga en la adolescencia. Y si los padres no muestran ni enseñan cómo autodominarse, por ejemplo en la limitación de las rabietas, es poco probable que el alumno acepte normas y sanciones.

Estamos hablando de habilidades de autocontrol, para mí esenciales, y para mis compañeros psicólogos también. Y decimos antes de los siete años, porque es una edad muy importante, muy significativa, donde se inicia el desarrollo moral diferenciado, que decía Köhlerberg, y por ende, donde el «Tú» se diferencia del «Yo». Pero antes de esas edades ya se tiene que haber inculcado el siempre difícil autodominio, autocontrol, o lo que es lo mismo, aprender poco a poco a embridar los impulsos, los deseos, las apetencias. A pensar en el otro, en los otros.

AQUÍ Y AHORA. DIFERIR GRATIFICACIONES, UNA UTOPIÍA

*No hay ni malas hierbas, ni hombres malos.
No hay más que malos cultivadores.*
VICTOR HUGO

TIEMPO Y ESPACIO SE DILUYEN. LA EQUÍVOCA PERCEPCIÓN DE QUE TODO ES POSIBLE

Vivimos en un constante presente. En un mundo acelerado, algo enloquecido. La esperanza de vida aumenta año a año. Y, sin embargo, hay quien se muere con la sensación de que no le ha dado tiempo a hacer todo lo que se hubiera propuesto.

Nos manejamos mal con el tiempo, no llegamos a entender que al igual que hay un tiempo cronológico, hay otro psicológico, emocional, que exige serenidad, que requiere de la paciencia, que gusta de la conversación pausada.

Hoy tenemos contestación a casi todo con un clic. Y nos indican en qué minuto iniciaremos un viaje en tren, en avión, y cuál es el minuto previsto de llegada a la estación o al aeropuerto. Y todo ello nos confunde, pues da la sensación de que el mundo, la vida, la naturaleza están gobernados por nosotros, y no es así.

Ni sabemos cuál es nuestra fecha de caducidad, ni cómo influirá el azar, ni qué confluencia tendremos con otros seres humanos. La verdad, no sabemos nada, o casi nada. La vida, en muchas ocasiones, las más, nos sorprende.

Pero nuestros niños, nuestros jóvenes, crecen en el presentismo, el aquí y ahora, y se comunican más allá de las fronteras, de los husos horarios.

Todo ello, que no se dude, es muy positivo. Creo que nos confunde en cuanto a la realidad de lo que es nuestra vida. Desde el gateo al taca-taca.

El presentismo, la inmediatez, invitan a la exigencia, a la incapacidad de demora, a que todo nos venga hecho.

Pensemos en aquellos tiempos en que se partía a pie o en mula a cruzar por andurriales. O se zarpaba en un barco rumbo a una tierra lejana, sabedores de que las tormentas acechaban. En esos casos, el ser humano se mantenía muy cerca de la naturaleza, y era consciente de su humildad, de su incapacidad.

No, no estoy añorando aquellos tiempos; muy al contrario. Lo que digo es que ponemos el microondas X minutos, sabemos que el lavaplatos o la lavadora tardarán X tiempo según el programa, que el joven que nos trae la *pizza* lo hará en un plazo limitado, que...

Añádase ese gusto por realizar muchas actividades a la vez. Aprovecho para contestar a los mails en la tablet el rato en que almuerzo, veo en televisión mal o bien dos películas a la vez, etc., etc.

Esa soledad requerida, ese dejarse ir, ese fluir del pensamiento parecen lejanos. Uno se encaja en el asiento del avión y lo primero que hace es conectar la pantalla. No hay descanso.

Todo ello nos genera unos niños hiper-excitados, que no activos, ansiosos, a los que les es difícil, como hemos dicho anteriormente, aceptar la frustración y diferir la gratificación.

Pero los avances son imparables, y así debe ser. Por lo tanto, hemos de propiciar espacios de serenidad donde gustemos de la humedad y la frescura del musgo, de tumbarnos en la hierba y dejarnos mecer por los rayos del sol, de vivir. Sin estrés, sin agitación, sin precipitación, sin ese ahogo que nos invade.

Los niños requieren del juego, de la calle, de la naturaleza, sin ser conscientes de tiempos. Y, además, hemos de regalarles la duda, la incertidumbre, el dilema. Y que no todo es —que no todo ha de ser— como queremos que sea, que depende de otros, y de muchas cosas que no están en nuestras manos.

Las líneas anteriores parecen escritas por alguien atacado por una nostalgia bucólica y pastoril, pero no es así. Estoy, como siempre, intentando

diagnosticar una realidad, pronosticar sus consecuencias, y compartir algunos antídotos o vacunas.

Tiempo y espacio, dos realidades muy posiblemente subjetivas.

Es difícil anticipar mientras vivimos qué pensaremos el último día de nuestra vida. Sería terrible comprobar que hemos maltratado nuestra existencia guiados por la prisa.

La moraleja es que educar a nuestros hijos y a nuestros alumnos conlleva hacerlos en gran medida dueños de su existencia, de su vivir, y, por ende, de la utilización serena del tiempo y del espacio.

CUANDO EL TÉRMINO «ESFUERZO» NO SE UTILIZA

Aparentemente, la palabra esfuerzo ha caído en desuso. Pero el esfuerzo es necesario, a veces hasta para levantarse de la cama, para arreglarse bien, para iniciar una actividad, para tantas y tantas cosas.

La vida exige esfuerzo, y, a qué negarlo, ha de ser continuado. Por eso, esos ratos placenteros tumbado bajo un pino dejándose mecer por el viento y acunar por el sol son inolvidables por escasos. Y es que la vida implica pagar la luz, el agua, los impuestos, hacer obras... y el trabajo, un trabajo que siempre exige esfuerzo, que demanda atención, que agota física y/o mentalmente. Por eso, no educar en el esfuerzo es dejar a la intemperie a los niños actuales y adultos de un inmediato mañana.

Claro que recoger la mesa, hacer la cama, limpiarse los zapatos y esas múltiples y pequeñas cosas requieren un esfuerzo. Claro que es más fácil recoger los juguetes de un niño, que hacérselos recoger. Pero, como todo en la vida, uno se adapta al esfuerzo, se habitúa, e incluso lo busca cuando está pensando en un objetivo, por ejemplo, terminar este libro, entregarlo al editor, y que usted lo tenga ya en sus manos.

Los músicos y los deportistas son un ejemplo de esfuerzo, de control mental, de saber que pasan baches en los que lo que les apetecería es abandonar, pero son conocedores de que solo con esfuerzo se alcanzan la creatividad, las cotas que uno se ha marcado.

Y cuando el hábito se ha constituido, el esfuerzo se diluye, o dicho de otra manera, es menos esfuerzo. Por cierto, que hay algo de alegría en quien se esfuerza por el hecho de hacerlo, de vencer su propia pereza, su laxitud. Bien haremos, por tanto, en lograr que nuestros hijos, que nuestros alumnos, se esfuercen en la vida cotidiana, en el aprendizaje, etc.

LA IMPENSABLE PERSEVERANCIA

Vemos a padres a los que les cuesta mucho perseverar en sus conductas, mantenerlas, darles continuidad, ya sea para educar o para sancionar. Y si algo exige el aprendizaje y la enseñanza es la perseverancia, la continuidad. Es como la lluvia fina, que cae despacio, pero consigue su efecto por la antedicha continuidad.

Haremos bien en educar la ética del esfuerzo, en transmitir a los hijos el deseo de aprender mientras vivan, para que, en la medida de lo posible, sean dueños de su propio destino.

La perseverancia lo puede todo. Por eso, sobre esta conducta, sobre esta actitud, sobre este posicionamiento de vida, cabe proyectarse en objetivos que ocasionalmente nos marquemos.

Fíjense que a los cuatro años ya podemos apreciar dificultad para aplazar gratificaciones, esta dificultad de control, en muchísimos casos, dará paso en el futuro a conductas violentas, destructivas, de riesgo, de prácticas sexuales peligrosas, de abuso de drogas, de escasa ética en los negocios.

En mis conferencias siempre planteo un estudio que me parece trascendental y definitivo. Lo llevó a cabo un psicólogo en Estados Unidos hace tiempo. Su nombre, Michel Foucault. Puso a tres niños de corta edad en una mesa, le dio a cada uno un bombón y les dijo: «Tengo que salir, volveré en dos minutos. Si no os coméis el bombón, os daré otro». El primer niño se quedó quietecito, el segundo se tapó con las manos los ojos, y el tercero aún no se había dado la vuelta el psicólogo cuando se comió el bombón. Catorce años después, se pudo comprobar en aquellos niños que fueron objeto del test quiénes tenían conflictos de consumos, de conductas. Y se pueden imaginar quiénes resultaron ser los problemáticos. Sí, los que se comieron el bombón,

los que no tienen capacidad para que el refuerzo se demore, los del «aquí y ahora».

Esta es una sociedad donde se aprecia en mucha gente escasa valoración de lo que es, de lo que tiene, de lo que posee. Hay en algunas personas inapetencia e incluso hartazgo.

Dice mi buen amigo José Antonio Marina que «aprender a ver y a valorar lo que se tiene —lo bueno y lo malo— es una regla imprescindible para tomar decisiones adecuadas».

Transmitamos una educación con alma, para contribuir en el futuro de las generaciones, para que se enriquezca con la diversidad de culturas, para fomentar el noble arte de la conversación, que se dilate en el tiempo de la vida para llegar a envejecer con dignidad.

UNA VIDA SIN CLAROS OBJETIVOS O RAZONES

Quienes no saben usar su tiempo de ocio generan con sus conductas antisociales graves problemas, o desde la indolencia se concentran en sus obsesiones, manías y neurosis, acrecentando con su holganza sus miedos.

Hay hijos que casi crecen sin padres, pues sus progenitores pasan escaso tiempo con ellos. Téngase presente que hay quien desea que el hijo esté en clase o en extraescolares, y cuando coincide en una actividad de ocio, que existan monitores.

Cuando los niños están plantados siempre delante de la pantallita o de la televisión, horas y horas ante unos personajes zafios, intolerantes, vociferantes, violentos, que comercian con el sexo cutre, las infidelidades o las drogadicciones, tenemos un problema.

He impartido clases en la universidad tanto de psicología, de enfermería, como de medicina, y alguna vez he preguntado a los alumnos qué harían si se les transmite una no muy lejana fecha de caducidad. Son muchos los que emplearían el poco tiempo que les quedase en viajar de ciudad en ciudad. No está mal, pero el tiempo no consiste en huir de lugar en lugar.

La vida, creo, exige un objetivo, una razón que te permita levantarte todos los días para ir cumpliendo eso que nosotros sabemos es la razón de nuestra

existencia, y que se llena también, cómo no, de la cotidianidad, de las pequeñas cosas.

Vivir sin objetivo, sin razones, es caminar como un funambulista por el alambre, pero sin pértiga y además con los ojos vendados. Porque uno tiene que saber a dónde quiere llegar, anticipando que habrá un final, pero ese recorrido es interesante y permite a cada paso sentirse humildemente orgulloso por lo ya avanzado. La pértiga que nos facilita el equilibrio son los otros, y el objetivo, la razón de ser, tiene que estar allí, a lo lejos, al fondo, que podamos mirarlo, que nos ilusionemos por aproximarnos, sabiendo que avanzar simplemente ya es un prodigio.

Tenemos muchos problemas de salud mental, y no es mentira entender que algunos desajustes graves, algunas búsquedas de apoyo en las drogas, algunas caídas en el pozo de la depresión se explican por no tener un objetivo, por vivir por el hecho de vivir.

Sin objetivos, sin razones, se queman etapas, se mira hacia atrás con nostalgia, uno mismo se apesadumbra.

Traslademos este criterio a nuestros hijos, ahora que empiezan un camino, para que no se pierdan, para que no giren en cada cruce, para que sean ellos mismos, para ganar en coherencia, en compromiso, en eso que llamamos nuestro propio honor, nuestra propia dignidad.

Nacemos humanos, y nos vamos haciendo día a día personas humanas. Y ello desde nuestras limitaciones, desde nuestros esfuerzos, desde nuestras caídas, desde las experiencias, desde el saber esperar.

Insertemos en las vidas de los niños los instrumentos que les permitan las habilidades para generar inhibidores, para sentirse en gran medida autónomos, para valorarse como dueños de su destino.

LOS PEQUEÑOS DICTADORES

Todos los educadores son absolutamente dogmáticos y autoritarios. No puede existir la educación libre, porque si dejáis a un niño libre, no le educaréis.

GILBERT K. CHESTERTON

JUSTO SE PONE DE PIE Y YA SE MUESTRA DESAFIANTE

Puede ser, o nos lo parece. Los niños no deciden y mandan; podrán, eso sí, ser partícipes del proceso educativo, pues los progenitores dan posibilidades de elegir, pero, en aquellos asuntos que entienden, pueden y deben hacerlo.

Quede claro y cristalino que para alcanzar adultos independientes precisamos niños dependientes.

Empecemos por el principio: la optimista educación, una educación que provea a los futuros ciudadanos de capacidad reflexiva para que actúen libremente desde la ética social, basada en una ética del carácter que ampara la lealtad, la integridad, el valor, el esfuerzo, la honradez y la dignidad.

Corrían los años noventa cuando di la alarma sobre una forma de mal-educar a los críos, que era mimarlos hasta la náusea, nunca prohibirles nada, no reñirles, «para que no se traumen», dejarlos obrar a su capricho, crear a su alrededor una protectora burbuja, dar respuesta a todos sus deseos y exigencias, hacerles creer que sus antojos eran órdenes y su voluntad omnipotente. La publicación —en la revista del Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid— alertaba del tsunami de violencia filio-parental que se aproximaba por esa pedagogía estúpida y bobalicona de dejar hacer. Una docena de años después publiqué *El pequeño dictador. Cuando los padres son las víctimas*. Fueron muchísimos los libros vendidos. La sociedad ya

estaba en *shock*. En 2015 publiqué *El pequeño dictador crece*. El problema está instalado, pues muchos adultos, algunos ya padres, se enfrentan a los profesores, a los entrenadores de sus hijos, padres que propugnan que los niños han de ser «plenamente libres» desde su nacimiento. Alguien puede creer que cuando hablamos de generación blandita, nos referimos a los niños de hoy, y ciertamente aludimos a quienes no saben ya educar porque no fueron educados. Algunos de estos padres actuales además se manejan desde el matonismo cuando no son obedecidos (no por sus hijos) por los otros, por ejemplo los médicos.

LA UTILIZACIÓN DEL OTRO Y EL CONSECUENTE PERJUICIO PARA UNO MISMO

En la balanza del Tú y el Yo, en ese equilibrio inestable, es en el que nos manejamos. Yo te doy porque tú me das, y así en las relaciones personales, y así en el comercio. Este es el juego de contrabalance.

El problema estriba en convertirse en un felpudo por donde todos pasan, pisan y se limpian, pero también en lo opuesto, en ser un auténtico erizo que pincha, que araña, que rasca, que impide la proximidad y el abrazo. Esa mente perversa, fría, calculadora, que busca, cual vampiro chupóptero, todo lo que tiene, y solo para su idolatrado provecho.

El éxito individual se apoya en los otros, no sobre los otros. Los valores se adquieren junto a los otros, se comparten.

Eduquemos en la ética que, como dice Victoria Camps: «No es una colección de normas, es una sensibilidad».

Hay que capacitar tempranamente para estar solo, pues resulta necesario para la paz mental. Y a los niños, contarles relatos y cuentos que conectan razón y emoción, aportan contexto, revalorizan y transmiten calidez a lo que verbalizan, acariciando. El Yo, el Tú, el Nosotros.

Cuentos, relatos, silencios, soledades, que anticiparán la sentencia de Pablo Neruda: «Algún día, en cualquier parte, en cualquier lugar, indefectiblemente te encontrarás a ti mismo, y esa, solo esa, puede ser la más feliz o la más amarga de tus horas».

Enseñemos a ser dueños de las propias decisiones y de sus

consecuencias. Y recordemos a Virgilio: «Pueden, porque creen poder».

¡QUÉ FÁCIL ES HACERSE DICTADOR!

Muy fácil, y desde el primer día. Si se te cae una cosa al suelo y te la recogen, ¡joder!, ¿para qué agacharte la próxima?

No, no nos gustaría ser esclavistas, pero ese momentito que estamos en la hamaca y estiramos la mano e indicamos «¡Acércame la limonada!» tiene un algo, un regusto a una cosa que es muy humana, la utilización del otro, el aprovechamiento del otro. No, no está bien, pero es muy humano.

Bien distinto es cuando el otro te utiliza, cuando te ordena, y no digamos cuando te humilla; eso nos resulta inaceptable.

Son muchos los años que llevo estudiando sobre el tema de la violencia filio-parental, ya en el año 1994 escribí sobre cómo se alimenta al monstruo, cómo se intenta saciar a quien no tiene ese mecanismo, a ese niño que exige, que ridiculiza, que veja, y que puede llegar a agredir.

Los cortafuegos son absolutamente necesarios, pero referidos a una persona, a un Estado.

Cuando Hitler subió al poder hubo quien dudó, hubo quien contemporizó, y cuando comenzó a invadir los territorios vecinos, en fin, no pareció requerir una respuesta clara, nítida y contundente. Ya sabemos en qué desembocó todo, y aún más, en qué pudo acabar, todos bajo su yugo. ¿Se acuerdan de la película de Charles Chaplin, *El gran dictador*?

Los pequeños dictadores, si se les permite, se harán grandes.

EL EXTINTO SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD

Se ha intentado enterrar este sentimiento, tal vez porque se le ha dado un matiz religioso, autopunitivo, ligeramente castrador. Y yo creo sinceramente que uno de los atributos del ser humano es sentirse culpable por lo que ha hecho mal, de modo que a veces es más fácil obtener el perdón del otro, o de los otros, que de uno mismo.

La culpabilidad es como los plomos del sistema eléctrico, que puede saltar para evitar algo mucho más grave, un cortocircuito posterior.

La culpabilidad nos hace reflexionar sobre nuestra conducta e interpelarnos a corregir. En suma, lo que antes, también desde una perspectiva más religiosa, se llamaba propósito de la enmienda, es decir, cambiar, no reiterar en el error, en la conducta lesiva.

Pienso ahora, por ejemplo, en los terroristas de ETA que han amenazado, chantajeado, secuestrado y asesinado, y que, una vez vencidos, tienen que enfrentarse a una realidad que abarca admitir no solo el error de sus objetivos, sino también, y ya para siempre, una terrible culpabilidad a causa de sus actos.

Hay hechos que atentan contra la humanidad, como los genocidios, y es muy importante el sentimiento de culpabilidad, no solo de aquellos que los cometieron, sino asimismo de quienes los consintieron, de los cobardes que miraron hacia otro lado.

Hay que educar en la culpabilidad; cuando el acto además es malévolo (por ejemplo, echar las culpas a otro de lo que uno ha realizado), es, desde mi perspectiva, una necesidad, una garantía para el bienestar social.

Existen términos, como la caridad, que parecen haber caído en desuso, y que son absolutamente necesarios.

Com-padecerse supone sentir el dolor ajeno, sufrir con el daño del otro, hacerse partícipe. Y ello es humano, la parte más elevada del ser humano. Y, por otro lado, es un gran inhibidor, un protector, para que no acontezcan hechos terribles y lamentables, y es que es muy difícil dañar, atacar o perjudicar al otro, cuando uno se compadece de su dolor, de su situación.

Compadecerse es poner a un lado cualquier atisbo de egoísmo o de dureza emocional.

COMO EL CRISTAL. DUROS PERO FRÁGILES

Las personas fuertes crean sus acontecimientos; las débiles sufren lo que les impone el destino.

ALFRED VÍCTOR DE VIGNY

LA SOBREPOTECCIÓN Y SU POSIBLE RELACIÓN CON SER MÁS ENFERMIZO O SER VÍCTIMA DE ACOSO ESCOLAR

Me preocupa y nos deben preocupar esos niños hiper-vulnerables y sin suficiente carácter. Tengamos en cuenta que la opinión que de sí mismos tienen los hijos depende mucho del juicio que sobre ellos manifiestan los padres.

Quiero aclarar que sobreproteger no necesariamente va a llevar a más enfermedades, pero sí es cierto que ir a corta edad a la escuela infantil y entrar en contacto con otros niños hará que pronto pasen por esas enfermedades que tarde o temprano han de experimentarse.

Y con respecto a ser víctima de acoso escolar, naturalmente que el culpable es el agresor, y los compañeros que miran hacia otro lado, y los profesores y adultos que conociendo el caso no intervienen. Pero dicho lo anterior, no es menos cierto que el contacto con niños fortalece y enseña mecanismos para defenderse, para aliarse, para sobrevivir.

Recordemos que eso de que la infancia es siempre feliz es un mito. Lo que sí es cierto es que casi todo lo humano está en la infancia. Y que como dijo Rainer María Rilke: «La verdadera patria del hombre es la infancia».

Haremos bien, y desde corta edad, en enseñar a los niños que la vida es por igual una promesa y un deber (entiéndase también como tarea).

Eduquemos en el esfuerzo y la imaginación. Y, a cierta edad, enviemos a los hijos a estudiar fuera, y es que el trato humano es el que genera bien-estar.

Por concluir este apartado, digamos que a veces se educa en ser egoísta, lo cual, además de insolidario, es poco inteligente, pues se acaba en soledad.

LOCUS DE CONTROL EXTERNO

En la vida caben dos posibilidades: creer que en gran medida depende de uno o bien estar convencido de que somos una veleta y que nos empuja el viento, llamémosle avatares, situaciones, que escapan a nuestro planteamiento o voluntad.

Los psicólogos denominamos lugar de control interno a considerar que el esfuerzo, el proyectarse, el ser constante, nos deviene en alcanzar los objetivos que nos marcamos. Y es ahí donde debiéramos educar.

Es muy difícil cambiar el mundo, y aun siendo también difícil modificarse a uno mismo es más posible.

A lo largo de mi desarrollo profesional, he utilizado mucho el denominado análisis de realidad. Por ejemplo, decirle a un joven: «Tienes un cerebro, dos pulmones, dos riñones, un hígado, ¡tú mismo!». Sin eufemismos, sin trucos, sin falsas expectativas.

No generemos en los niños sentimientos de dependencia, de inseguridad, de miedo. Dejemos que tengan iniciativa, que tomen decisiones y se responsabilicen, que se esfuercen, que soliciten las cosas con agrado y den inmediatamente después las gracias.

Me preocupa que pocos niños vayan en triciclo, y pasen de ir en la sillita de bebé a la silla del coche.

La vida se compone, creo, de nuestro esfuerzo, de nuestra realidad, de nuestras limitaciones, y claro, de nuestras circunstancias. Pero toda persona, por el hecho de serlo, puede mejorar, modificar, influir. Hay quien empieza un partido y en cuanto va perdiendo se desanima; por el contrario, los hay que les sirve de acicate para correr más, para esforzarse más. Y es así cómo se contribuye al destino, desde el esfuerzo, desde la confianza en uno mismo, desde el saber levantarse.

No hagamos de nuestros niños unos seres fácilmente quebrantables, que no escuchen el crujido o el chirrido interior.

Creo que se me entiende todo, que soy claro. Ir con un hijo a la naturaleza, sin casi nada, y montar una tienda, subir a un árbol, trepar, indagar, conocer, nos hará sentirnos muy bien, nos capacitará para buscar o inventar soluciones y hacerlas con nuestras propias manos.

Y en cuanto al estudio y el conocimiento, también hay que enseñar a ir a las fuentes, a preguntarse, a indagar, a saltar de un libro a otro, de un autor a otro. O lo que es lo mismo, a profundizar.

«La vida me hizo así» es una triste excusa, una irresponsabilidad. No tener voluntad, no proponer algo para el futuro, no embarcarse con pasión en la existencia es simplemente sobrevivir. A veces tenemos objetos ya antiguos, un reloj, por ejemplo, y haremos bien en que nuestros niños aprendan a abrirlo y a cerrarlo, memorizando, intentando entender su mecánica, y captarán también que la sociedad tiene mucho de esa realidad en la que tantos giran, en la que tantos se mueven, en la que tantos se encarrilan con un mismo fin.

Darles todo, facilitarles todo, es privarles de lo esencial, de su curiosidad, de su capacidad de mejora, de su autovaloración.

LA SOBREDIMENSIÓN DE LOS SUCESOS NEGATIVOS

Cualquier suceso se vivencia como catástrofe; quisieran encerrarse en una burbuja de cristal y crear una zona de confort.

El exceso de sobreprotección, en algunos jóvenes, conlleva percibir como abuso potencial cualquier instrucción de un profesor, de un ciudadano, etc.

Pensemos, por ejemplo, en los diplomáticos que son enviados a países donde el riesgo es innegable. Tienden a vivir en espacios muy cerrados, muy seguros, donde los hijos viven con iguales, hiperprotegidos, y sin conocer otras realidades. Y es que el mundo que pisamos puede ser de moqueta del poder, pero también del barro de las necesidades.

Cuando un niño vive hipervigilado, siempre con una chica que le cuida, un conductor que lo traslada, e incluso un escolta que lo vigila, acaba teniendo

miedo, en general, de todo, de todos; cualquiera es un potencial riesgo.

Este que menciono es un ejemplo extremo, pero real, de lo perjudicial que resulta la sobreprotección.

Quien esto escribe ha estado en Kenia, en Colombia, en México, en Nicaragua... y nunca ha sufrido un asalto. Y siempre he salido por la noche a conocer la ciudad, los barrios complejos, también de São Paulo o de zonas de Marruecos, pero eso sí, he ido vestido normal, sin apriorismos, sin miedos, y acompañado de un nativo.

Cuando uno sale a la calle atemorizado, mirando para todos los lados, es mejor que se quede en el hotel, porque está haciendo señales al atracador de que tiene miedo, de que no es de ellos, del entorno, de que es un extranjero desubicado. Pero esta sería otra historia, otro libro.

EL CHOQUE CON LA REALIDAD. RIESGOS PARA LOS DEMÁS Y PARA ELLOS MISMOS

La vida nos propone desafíos para probar nuestro coraje y voluntad.
EL AUTOR

EL RETARDO MADURATIVO DEL LÓBULO FRONTAL

Criar a niños sin que asuman responsabilidades, consentidos hasta el mínimo capricho, hará que sean adultos con un estado de dependencia permanente e incapaces de tomar decisiones importantes.

Es más, les será difícil ponerse en el lugar del otro.

Junto a ello tendrá dificultades para la resolución de problemas. A lo que se añade la limitación para aprender de la experiencia y para adaptarse. No solo pueden presentar trastornos de ansiedad e inadaptación, sino mostrarse extremadamente sensibles a los puntos de vista que desafían su visión del mundo.

Tienden a sentirse rápidamente agraviados, pues son hipersensibles y se ofenden con facilidad ante cualquier opinión o situación que les trastoca su pensamiento o conducta.

Hay que educar en los ideales, en la no violencia, en la apreciación de lo distinto, en la reflexión, en la utilización del mediador verbal como forma de resolver problemas.

El ser humano se sorprende cuando se plantea por qué es parte del cosmos, y cómo alcanzó a desarrollar su mente, adquirió lenguaje oral y fue capaz de desarrollar teoremas y leyes universales. Sí, el ser humano se

sorprende, y muchas veces no comprende. Pero sí sabe que nuestros antecesores corrían, copulaban, cazaban y desarrollaron un cerebro con partes muy instintivas, como es la amígdala.

En la ulterior evolución hemos desarrollado los lóbulos frontales, que nos dan la posibilidad de interpretar al otro, de captar qué siente el otro, de cooperar con el otro, pero esta evolución es muy reciente, y por tanto no nos es fácil dirigir nuestra conducta desde la racionalidad y el equilibrio.

Y no debemos olvidar que somos animales muy posesivos, muy instintivos, muy espaciales. Y en esa lucha entre el instinto y la razón nos manejamos.

Además, creamos instrumentos y tecnologías que a la mayoría de las personas les supera su forma de «actuar».

Por lo antedicho, es muy importante educar a los niños y desde la más corta edad, en el afecto, en la cooperación, en el juego colectivo, en las buenas formas, en el autodomínio.

Enseñemos a nuestros niños asimismo a hablar, pues como dijo Friedrich Engels: «Lo que no se sabe expresar es que no se sabe». Animemos a la lectura y a escribir. Desarrollemos una base racional en los niños, para que las reglas tengan su encaje.

Potenciemos, cómo no, su capacidad. Decía Blaise Pascal que «el ajedrez es el gimnasio de la mente».

Formemos a los niños en el respeto a los demás, pues también es esencial para el respeto a uno mismo. Erradiquemos ese pensamiento de creer que el mundo empieza con nuestro propio nacimiento, y esforcémonos y traslademos la potencia del esfuerzo.

Tengo la impresión de que los planes de educación son cada vez más lúdicos. Que estamos atiborrados de información y solo práctica. Que los jóvenes prefieren ser estimulados a ser instruidos, y que algunos buscan amigos como si fueran su sombra, que cambia cuando yo cambio.

No se equivoque, la infancia es la imagen del futuro.

SUSCEPTIBILIDAD EXCESIVA

Un exceso de susceptibilidad lleva aparejado trastornos del ánimo y vulnerabilidad, así como una autoestima que oscila entre el narcisismo y el fracaso por no alcanzar las metas para las que no se esfuerzan.

Además, les cuesta, y mucho, adaptarse al cambio. Esto en lo que se refiere a los hijos.

Con respecto a los padres, apreciamos la asunción del rol de víctima, y ciertamente, a veces, los padres lo son.

Pero, en otras ocasiones, asumen el papel de víctimas aun antes de poder serlo. Me refiero a «No duermo»; «Me paso el día en el pediatra»; «Tengo que ir a una reunión de padres del colegio de mi hijo»..., que no es más que lo propio de ser padres. Como lo será la madre/padre taxista cuando empiezan a salir por la noche, preocuparnos por si consumen algo, conocer a los amigos y un largo etc.

Ser padre es costoso, pero eso no quiere decir ser una víctima. Hay quien anticipa el fracaso. Hay quien pone en marcha la profecía autocumplida, y desde la más corta edad, esos padres se declaran incapaces y desbordados, víctimas de sus hijos, de la sociedad, de los medios de comunicación, de las normas educativas, del mundo.

Educar supone alegrarse, gustar del reto, ilusionarse, apasionarse y luchar por hacerlo bien o, al menos, por hacerlo lo mejor posible. Toda situación tiene sus pros y sus contras, lo tiene vivir de forma independiente, lo tiene en pareja, lo tiene criar hijos, pero es la actitud previa y el posicionamiento que adoptemos los que nos permitirán encarar las situaciones con opciones de éxito.

Pensemos en un hijo que capta que sus padres vivencian su educación desde el posicionamiento de víctimas. Interpretará que es un castigo, que solo ocasiona problemas, disgustos y preocupaciones.

La verdad es que los padres también nos educamos en y con los hijos; es así. Aprendemos mucho de ellos, gustamos de ver cómo crecen y de cómo compartir una existencia francamente rica.

No creo que a esos «padres víctimas» les gustase el día de mañana ver que sus hijos educan a sus nietos desde ese posicionamiento victimista, quejicoso y llorón.

SIN RECURSOS PSÍQUICOS PARA ENFRENTAR LA VIDA

Vemos igualmente a algunos jóvenes pasivos, y es que una juventud consentida genera una voluntad residual. Hay quien no consigue salir del útero materno, otros se quedan unidos por el cordón umbilical.

Es hora de que nos sentemos, padres, maestros, abuelos, políticos, medios de comunicación, para reflexionar sobre qué significa ser educado y cómo tiene que ser (en genérico) un chico cuando deje la escuela. Hemos de educar en la tangible realidad desde y por las características que nos son propias y tenemos que ser conscientes de que —aunque mejoremos— no podemos hacerlo desde la utopía porque nunca alcanzaremos un mundo idílico ni la justicia ni la verdad con mayúsculas.

Lo que no puede ni debe ser es que nos encontremos con jóvenes que se muestran coléricos y agresivos ante el otro por ser distinto, por percibirlo como «no yo».

Hay progenitores que desean vivir como adolescentes y apurar la vida al máximo. Y yo me pregunto, ¿cómo van a poner límites y normas? Sépase en todo caso, que los padres tienen una responsabilidad civil por las conductas de sus hijos (véase la Ley Orgánica de Responsabilidad Penal del Menor 5/2000 y la futura ley que ampara el tema de menores y alcohol).

Cuidamos mucho el desarrollo físico de nuestros hijos, con atención médica, con correcta alimentación y nutrición, refuerzos vitamínicos. Pero parece que no les dotamos de las fortalezas psíquicas que se precisan para afrontar la vida.

En las familias sanas se habla con libertad, hay disgustos y se aceptan, pero se impone la sonrisa. Se comparten iniciativas y afectos, se transmiten motivaciones. Y estructuran a los niños para que el día de mañana superen las tormentas emocionales.

Da la sensación de que, en ocasiones, formamos niños que son como esponjas de conocimiento, pero precisamos niños que sepan afrontar una sociedad cada vez más compleja y acelerada.

Eduquemos a nuestros hijos a no tener miedo a hacer el ridículo. En otros países, los niños enseguida levantan la mano, expresan su parecer. En España, no.

Dejemos que tengan espacio donde correr, tiempo sin reloj, que jueguen, que se aburran.

IV

FORTALECIENDO A LOS HIJOS, A LOS ALUMNOS

PARA CONVIVIR CONSIGO MISMO Y CON LOS DEMÁS

La vida no es solamente un derecho. Es, sobre todo, un deber.
ALEJANDRO CASONA

APOYO MUTUO

Inculquemos que existen redes de apoyo en la familia, en el hogar, en las instituciones. No estamos solos. No somos solos.

Ahora que tanto se habla de estar en red, hemos de cuidar la relación con los vecinos, con los amigos, con los familiares, y dedicarles tiempo, y anteponerlo a otras actividades. A veces nos cuesta ponernos en marcha, quedar, pero sabemos que las relaciones exigen del contacto, de la conversación, del crecer cada uno desde su lado, pero conjuntamente. La amistad, la familiaridad se agostan sin contacto, sin conversación, sin abrazos, sin debates. Esto que los adultos bien sabemos hemos de trasladarlo a los más pequeños.

Seguramente todos recordamos a algún buen amigo, que, sin discusión alguna, perdimos por no coger el teléfono o no propiciar algún encuentro. Y, por supuesto, todos hemos sentido en algún momento la alegría del reencuentro con alguien a quien hacía tiempo que no veíamos, pero al que teníamos un especial cariño que reverdece con facilidad.

Dar y recibir, quizás sea la ley de la vida. Competir y cooperar el instrumento más humano. Y si bien nos gusta y mucho la soledad buscada, no es menos cierto que precisamos de los otros, de la compañía. Cuánta gente que vive sola, a veces muy mayor, se siente acompañada por la radio o por la

televisión, que está siempre puesta. Y es que necesitamos ver caras, oír voces. Somos también muy de contacto con las personas y con los animales domésticos.

Es más, algunas casas con los años se llenan de objetos, que ocupan todos los espacios. Se trata de recuerdos, de historias, de afectos.

La soledad impuesta es un gran castigo para el ser humano. La cárcel no solo resta la libertad, sino el contacto con los seres queridos y también con la gente que uno se encuentra en cualquier lugar, en cualquier calle, en cualquier esquina.

Siempre me han preocupado, y mucho, los niños, los adolescentes que están siempre solos, que se recluyen en su cuarto y están delante de una pantalla pero no salen a jugar, a correr, a encontrarse con otros de su edad. Ese bucle relacional continuo con uno mismo no es bueno, no es sano. Y es que en el debate con el otro, en el diálogo con el otro, en la construcción junto al otro, probamos nuestros pensamientos y creencias, que nos son aceptados o rechazados, de modo que la convivencia con uno mismo llega a tejer un pensamiento único, a veces paranoide y desregulado.

Los niños, con quien mejor están, no se duden, es con otros niños, y asimismo los adolescentes. Se aprende desde una concepción vertical, pero se socializa desde una marcadamente horizontal.

Tener buenos amigos, llevarse bien con bastantes de los familiares es un lujo, una conquista, un esfuerzo, y hasta egoístamente, un apoyo cuando tanto se necesita. A veces, con solo saber que están ahí ya es suficiente.

EL AUTOARRANQUE

Hemos de aprender a conocer qué es lo que nos mueve, nos estimula, nos motiva, nos compromete.

Debemos desarrollar anticuerpos contra el aburrimiento, es decir, incentivando la imaginación, la creatividad. Los adultos hemos de aplaudir la iniciativa de nuestros descendientes. Y alejarnos de estereotipos, generalizaciones y prejuicios. No es fácil, pero es necesario que lo hagamos. Del mismo modo que consideramos que la publicidad no nos influye mucho, y

nos equivocamos, también creemos que no somos hijos de los prejuicios, los tópicos, los estereotipos, y volvemos a confundirnos.

Somos más porosos de lo que estimamos, y sobre todo de lo que quisiéramos ser. Las modas nos influyen, y mucho. También incide en nosotros el qué dirán, el qué pensarán.

A veces me encuentro con padres que me indican que ellos educarían de otra forma, con otros criterios, pero que no saben cómo hacerlo porque irían en contra de lo que es común, lo que es genérico, en fin, que tendrían que ir a contracorriente, y eso cuesta mucho. La presión de grupo influye sobremanera. Pienso que hoy se nace en una familia, con todo lo que conlleva, y eso hay que transmitírselo a nuestros hijos, que tenemos una forma de actuar, de ser, de estar, de posicionarnos, y si consideramos que el respeto es esencial, innegociable para con uno mismo y con los demás, pues haremos que este principio básico sea la piedra que sostenga la bóveda de nuestra institución familiar, digan lo que digan, piensen lo que piensen otros.

Educar supone asumir responsabilidades, y por lo tanto demanda coherencia y congruencia con nuestra forma de pensar y de sentir.

Cada vez me sorprende más escuchar a más y más gente decir que cabalgan contra la manada. ¿Es eso verdad? ¿Es una percepción?

Sé que no está de moda hablar de religiosidad, de sentimiento de pecado, de moral profunda, pero hace tiempo que comprendí que adolecer de estos pilares esenciales pone en riesgo de colapso. Podríamos, aunque dudo que lo consiguiéramos, sustituirlos por otros andamiajes, como la ética, la deontología, el autogobierno y la autodisciplina. Pero esta es una sociedad que gusta de transmitir el criterio de que cada uno haga lo que crea conveniente y quiera hacer, y esto no siempre se compagina bien con la relación correcta y social.

Hay atisbos de que las cosas no van bien. La violencia filio-parental es uno de esos síntomas, pero la violencia de género es mucho más que un síntoma, una tragedia que se traslada de generación en generación. Y qué decir de esos abusos sexuales, de esas violaciones en grupo de unos individuos que no caben calificarse ni como animales.

No hemos de hacer dejación de nuestras responsabilidades, ni de implementar nuestros sólidos criterios, pues el dejarse llevar por la corriente

mediática nos aboca al fracaso, y es que el espectáculo está en quien comercia con su palabra, con el sexo, con la droga. Estamos poniendo muchas veces como referentes a seres que, en el mejor de los casos, son despreciables. Respetemos la propia personalidad de los hijos, ayudándolos en lo posible a mejorarla. Amar a los hijos, educarlos, es crear el espacio para que sean lo que son y den lo mejor de sí. No se trata de allanarles el camino, sino de prepararlos para recorrerlo.

RAZÓN, EMOCIÓN Y SENTIMIENTO

Hemos de educar a los hijos y a los alumnos para la vida real, la alegría, la tristeza, la añoranza, el júbilo, la soledad, el miedo, y también para la mentira, la envidia, el perdón, la cólera.

Sí, hemos de educar para la vida, con respeto a las propias ideas y a las de los demás. Debemos tener en cuenta que en las redes sociales se propaga con facilidad la estupidez, y que la influencia de los malos modos y la generalizada agresividad de las redes sociales en las que cada uno se siente muy dueño de soltar sin prolegómenos sus exabruptos se está expandiendo al trato personal y otras formas de comunicarse.

Razón, emoción y sentimiento. Transmitamos a nuestros hijos que la vida es suya, pero solo esa, no la de los demás. Y que habrán de apoyar y apoyarse en los otros, desde su propio esfuerzo, anticipando los momentos de cansancio y de desilusión.

Todo programa educativo debe integrar el aprendizaje emocional y del propio pensamiento, incluyendo el conocimiento de uno mismo, la asunción de que el otro vale tanto como yo y el desarrollo de talentos, virtudes como la honradez, la paciencia, la rectitud o la caridad.

Asimismo, hay que fomentar habilidades sociales de autocontrol, como detenerse y calmarse. Para eso hay que enseñarles técnicas concretas para que puedan utilizarlas para tranquilizarse cuando se encuentran atrapados por una emoción, entre otras el hablarse a sí mismos, potenciando el autocontrol verbal, utilizando un rico lenguaje que entienda matices, lenguaje para hablar consigo mismo y que sirva de calmante del exabrupto emocional y de

pensamiento alternativo y retardador de una conducta estereotipada y cortocircuitada. Hablamos de un lenguaje de representación inhibitor. Y siempre desde un repetido mensaje: «Trata a los demás como deseas que te traten».

Hemos de imbuir en los niños una opinión favorable de sí mismos, transmitirles confianza, sentido de la competencia, y al mismo tiempo inculcarles disciplina personal, normas de conducta, sentido de responsabilidad.

La base es mostrar una conducta de afecto, de confianza, la delegación de la responsabilidad, hacia los hijos o niños, entremezclada con una claridad de las normas, de los límites, del respeto y de la autoridad. Es un modo de generar niños equilibrados, seguros y autorregulados.

Facilitémosles que desarrollen recursos, que sean dueños de su psicohistoria, que confíen en sí mismos, que aprecien el lado positivo de toda situación, que sean sanos y equilibrados, que desplieguen humor y amor.

Deberá sentirse único, pero no egocéntrico. Establecer metas realistas. Saber gestionar las emociones. Sostener el bien-estar psico-físico-social. Defender la independencia frente a personajes tóxicos.

Hemos de dar a nuestros hijos la posibilidad de participar de forma significativa. De compartir responsabilidades en el hogar.

Claro que no buscamos hijos perfectos —¡serían inaguantables!—, pero sí majos, con unas características que los hagan gratos socialmente y adecuados personalmente. En este sentido la prudencia es buena consejera, como la modestia y la capacidad para autorregularse.

Hagamos que nuestros niños sean previsores, discretos, que sepan diferir gratificaciones dominando los impulsos y apetencias del presente en pro del objetivo a más largo plazo.

Que sea cívico, leal, que asuma el «deber ser». Que aprenda a expresar de forma moderada sus necesidades. Que perciba que no es tan importante, que solo somos uno, que lo importante son los otros, el grupo, lo que queda. Sí, que nos han precedido muchos y nos continuarán, que lo que uno ha conseguido o sufrido no cuenta tanto.

Sí, niños diligentes, laboriosos (hasta donde puede y debe serlo un niño, ¡no exageremos!), que afronte tareas difíciles y las termine.

Enseñar a convivir es un objetivo esencial e irrenunciable. Mostremos cómo afrontar conflictos, pues es necesario para una correcta socialización, para salir del «Yo».

PARA AFRONTAR LA VIDA SIN PEDIRLE MÁS DE LO QUE PUEDE DAR

*Lo importante no es lo que han hecho de nosotros, sino lo que hacemos con lo que han
hecho de nosotros.*

JEAN PAUL SARTRE

LIMITADOR DE DESEOS

La limitación de los deseos es un instrumento que debemos activar. Es como el airbag, está ahí, no se le ve, pero es necesario, quizás nos salve la vida.

Los niños tienen que saber que los seres humanos somos muy instintivos, muy pasionales, y a veces da la sensación de que no tenemos un mecanismo de saciedad, para comer, para beber, para el juego con dinero, incluso para tomar bombones de chocolate.

Nos gustan muchos coches, tener relaciones con muchas parejas e inclusive tener distintas personalidades... Piénselo, somos, en gran medida, insaciables, también para viajar y para conocer.

No estoy haciendo una crítica del ser humano, sino un análisis de realidad. Y ante todo ello, propugno poner en marcha un limitador de deseos. Usted y yo conocemos a mucha gente que no disfruta con nada hoy, porque espera, porque desea, porque anhela algo del mañana, y así se nos escapa la posibilidad del bien-estar.

Y cuando hablo de limitador de deseos, estoy haciendo también un guiño a la ecología. El consumo de madera, de agua, de todo, es desproporcionado, bestial.

Limitador de deseos es gustar también de la austeridad, gustar del propio limitador, saber que uno preside su vida y disfruta de ser, mucho más que de tener, de demostrar, y demostrarse.

O mejor dicho, poseer un limitador de deseos, saber decir que no, saberse decir que no, evitará, más que riesgos, problemas ciertos, y aportará un cariñoso guiño de simpatía y asentimiento con uno mismo.

LA VIDA NOS VENCERÁ

Seguro.

Y dado que eso es así, y que no sabemos cuándo será, aprovechemos la vida, compartámosla, demos lo mejor de nosotros, y no incomodemos, no perturbemos estúpidamente, no hagamos una montaña de un grano de arena.

Sí, la vida nos vencerá, o por un accidente, o por un infarto, o por una larga y a veces dolorosa y artrósica vejez. Y eso lo sabemos, lo captamos en el día a día.

Recuerdo un buen amigo que fue al médico para decirle: «Me tengo que levantar por la noche para ir al aseo». Y el médico le contestó: «Tiene usted más de cincuenta años. Y punto».

Ya llevo años dando clases en el Cardenal Cisneros. Un día bajaba esas escaleras antiguas y llenas de peldaños, y lo hacía rápido, pero empezaron a pasarme jóvenes sin intermitente, y yo, que enseguida «me pico», aceleré. Hubo un momento que bajaba como Paquito Fernández Ochoa en Sapporo. Parecía poseído por la velocidad, siguieron adelantándose jóvenes mientras hablaban relajadamente. Ese día comprendí que la vida empezaba a vencerme, que las olas llegan y se van, que hay un momento para subir y otro para bajar. Que hemos de anticipar, asumir, aceptar.

Claro que no nos vamos a poner con los hijos como pájaro de mal agüero, porque ellos están iniciando. Porque no tiene razón de ser el eclipsarles el sol que les acompaña, pero eso no quita para que sepan la verdad de la vida, y es que tiene un final, y que por lo tanto hay que vivirla, con todo lo que conlleva, con todo lo que aporta, con todo lo que arrastra.

Mucha gente tiene, incluso desde su nacimiento, problemas físicos, mentales, y sin embargo aporta, y aporta mucho, a veces más que nadie.

Hay a quien la vida le ha vencido casi antes de venir al mundo. Conocemos a quien nace con VIH, a quien es hijo de una madre que sufrió una violación. Ya lo he dicho más veces, la vida no es justa, pero sí nos corresponde vivirla lo mejor posible, y al decir lo mejor posible incluyo no solo la asunción y la absorción de lo que podemos disfrutar, sino lo que podemos aportar.

Siempre me he preguntado si la vida debiera de alargarse más en el tiempo, y creo pienso que no. Yo no creo que una mariposa tenga una percepción más corta de la vida que una tortuga. Tampoco considero que aquellos que nos antecedieron, si tuvieron una esperanza de vida de cincuenta años, sintieran que la vida era más corta de lo que ahora se siente.

Por un lado, es bueno no estar todos los días pensando en que estamos vivos, o en cómo respiramos, o cómo conseguimos ese equilibrio inestable de caminar. Simplemente vivimos, y eso nos permite elevarnos intelectualmente, sentimentalmente.

Es necesario transmitir a los hijos que la vida merece la pena, que siempre merecerá, aun en los peores momentos en los que todo se oscurece, en los que la desesperanza anuda nuestra garganta.

Y siempre captando lo sutil, lo humilde, el detalle, lo efímero.

DAR MÁS QUE RECIBIR

Este sería un buen lema para la vida. Y no está muy generalizado. Tendemos a ser egoístas, exigentes, y muy centrados en nosotros mismos, a pesar de que la verdad es que poder dar, ser generoso y altruista es un lujo que debe convertirse en un hábito.

Hay quien regala sonrisas y comparte todo aquello que sabe, que aprende, que conoce. Por el contrario, los hay enfurruñados y que enseguida se meten en su concha, tienen miedo a ser conocidos, a que se descubra que no hay nada.

En la vida uno puede elegir (creo) ser extrovertido o introvertido, acercarse a las gentes o rehuirles, dar a manos llenas o ahorrar de forma avara para el cementerio.

Cuando uno está con niños muy enfermos, ve la generosidad y el esfuerzo de los adultos en tiempo, en caricias, en soplos de esperanza. Uno entiende qué se puede hacer, qué se debe hacer. El voluntariado es una palanca que mueve el mundo, y todos los voluntarios le dirán que reciben mucho más de lo que dan.

A veces, recibir un regalo no supone tanta alegría como darlo. Bien es cierto, que yo me niego a regalar un 50 por ciento de una lavadora para una boda, obligado por una lista de regalos que acaban con cualquier ilusión o simpatía. Pensar que le he regalado el centrifugado o el aclarado, la verdad, no me ilusiona.

Cuando empezamos diciendo «¿Dónde es la boda?» —que traducido es «¿Cuánto se van a gastar en el ágape?»— para saber cuál va a ser nuestra cantidad asignada para el regalo, comenzamos a prostituir lo que significa regalar, recibir un regalo, sorprender, ilusionar. Se asemeja más a una compraventa.

Los padres, y muchas veces, dan, damos a los hijos, pero nunca olvidamos aquel regalo que ellos nos hicieron o nos trajeron del colegio. Y no costaba mucho, pero estaba hecho con todo el cariño, con todo el amor; algunos aún los guardamos.

Siempre insisto en que la vida es una actitud, y, por ejemplo, si algo se tiene, ¿por qué dejarlo en heredad a la muerte de uno? ¿Por qué no hacerlo antes para que lo disfruten? ¿O es miedo a quedarse en la indigencia, abandonados por unos hijos a los que no se les ha transmitido lo que de verdad es dar a fondo perdido?

Cuando en una marcha, por ejemplo del Camino de Santiago, alguien te pide agua y tú le pasas la cantimplora, lo haces realmente satisfecho, y es que en ese telar que es el ser humano, un hilo que lo recorre es el de la generosidad.

Haremos bien en propiciar que nuestros niños y desde la más corta edad, practiquen el dar, el ser generosos, el prestar, el regalar. ¡Claro que cuesta!

Tan es así que a veces uno deja de tener algo que aprecia, pero gana con esa sensación incomparable que se siente cuando uno se desprende.

En la vida hay ocasiones en que nos trasladamos de ciudad, cambiamos de piso, y hacemos «limpia». Y nos cuesta tirar objetos, papeles, y camisas tres tallas más pequeñas de las que uno ya luce, pero también cuando prescindimos de todo esto que nos acompaña de forma tan superflua, nos encontramos más libres, más ligeros. Es esa sensación tan buena de una ducha tras una caminata.

Concluyo confirmando, ratificando, que dar es una gran posibilidad, es una ocasión inmejorable, de sentirse bien con uno mismo en silencio. Créanme cuando les digo que es un derecho de sus hijos aprender a ser generosos.

ESTO NO ES DISNEY

No, no lo es, ni un parque temático, ni una risa continua, ni un dormir crónico.

No, no, en los dibujos animados si recuerdan al Coyote que persigue al bip-bip Correcaminos, se choca contra puertas, le caen montañas, se estrella contra paredes, pero inmediatamente insiste. La vida no es así, porque como te caiga una roca en la cabeza, te quedas petrificado, y ya no hay que darte ni tierra.

Y así es la vida, efímera, atractiva, muy dura, muy arisca, muy contradictoria.

Claro que una cosa son los dibujos animados o los cuentos ahora dulcificados y otra la cruda realidad, que también tiene su atractivo por su dureza, por lo que conlleva de reto existencial.

Sí, una sociedad blandita querría todo algodónoso y sin aristas, pero usted y yo sabemos que las rosas tienen espinas y no por ello dejan de ser bellas. Cuando vemos a ancianos ya ajados, pero con agradecimiento e ilusión por la vida, entendemos que no todo es ser joven, ni estar en plena forma (lo cual tampoco está mal).

Y si miramos hacia atrás, comprobaremos que ha habido momentos agradables, abruptos, sorprendentes, encantadores, inusuales, y esa es la

gracia, que planificamos la vida, pero esta, las más de las veces, nos sorprende.

No, la vida no es Disney, pero está muy bien que tengamos Disney para la vida. Faltaría más. Hemos de saber jugar, y sonreír, y sonreírnos, y jugar, y volver a jugar. Porque de verdad, ¿hay que tomarse la vida muy en serio? ¿Es serio tomarse la vida en serio? ¿Es inteligente? ¿Es útil? ¿Qué aporta?

Publicaré un día un libro titulado *Nostalgia del más allá*, porque quizás eso sea lo que nos pasa, que no sabemos lo que nos sucede, que vivimos sin vivir, que queremos alcanzar y no sabemos el qué. Y, al fin y al cabo, nos comparamos, opinamos, valoramos, juzgamos, sin saber muy bien desde dónde, desde qué, ni cuál es nuestra libertad, nuestra independencia, nuestro objetivo, nuestra razón de ser. Y creo que trasladar estas preguntas, estas dudas, a nuestros niños, a nuestros jóvenes, les vendrá bien.

No siempre hay que tener respuestas, pero al menos sí hemos de intentar tener preguntas, y si estas son algo más que epidérmicas, mucho mejor.

Por cierto, Disney, gracias por hacernos entender que quizás la vida no es esta, es la de las películas, la de los cómics, la que nos deja trascender más allá de la áspera realidad.

EL AZAR TAMBIÉN JUEGA

Sí, el azar es importante. Y a veces más de lo que pensamos. ¿Por qué nacimos en esta familia? ¿Por qué en esta época? ¿Por qué en esta ciudad?

Son muchos los porqués, y muchas las preguntas sin respuesta. Conocimos una persona que nos cambió la vida, y podíamos no haberla conocido, o se produjo un accidente delante de nosotros.

En fin, que el azar cuenta, puede ser una concatenación de hechos que den una explicación, pero en todo caso, se escapan a nuestro criterio, a nuestra acción, a nuestra prevención.

O dicho de otra forma, en nuestra mano está el trabajar el presente, para predisponer el futuro, pero cierto es que son muchas las situaciones que van más allá de nuestra capacidad e incluso de nuestra responsabilidad.

Y por todo ello, hemos de preparar a los hijos, a los alumnos, y en la medida de lo posible enseñarles a sortear el discurrir existencial, a adaptarse a lo que nos será imprevisible. Y eso nos acontece en el hogar, en la familia, en el trabajo, en todo.

Me encantan los debates sesudos sobre fútbol. Hay personas que pasan horas y horas analizando, cual tesis doctoral, la eficacia de un equipo, el control de balón, la posesión del mismo. Y lo cierto es que un balonazo da en la cruceta de una portería y entra o no entra, y te ha cambiado el resultado, y por tanto, todos los juicios ulteriores.

Me viene a la cabeza ganar o no ganar una oposición, llegar un segundo antes o menos para lograr una medalla olímpica. A veces es en el último esfuerzo, en el último detalle, en el que se gana o se pierde un objetivo. Otras veces, parece que es el azar, todos tenemos en la retina a ese campeón olímpico que va a ganar y en el último momento trastabilla y cae.

Cosa bien distinta es el miedo a ganar, anticipar el fracaso, no verse ganador, y por tanto quedar siempre en un segundo lugar, muy bueno, y totalmente irrelevante. Pero usted y yo somos conscientes de que hacemos planes, muchos planes, y de pronto una dolencia corta de raíz los mismos, y es que tampoco sabemos lo que sucede no digo ya en el universo, sino dentro de nuestro propio cuerpo, por lo tanto nuestra libertad está algo más que condicionada, pero hemos de creer que tenemos una gran esperanza, que manejamos los hilos, que marcamos desde el carácter nuestro devenir.

Y con todos estos conocimientos, diatribas y especulaciones nos manejamos en el día a día, y es con lo que hemos de educar a nuestros hijos. No para que piensen en un meteorito que pueda caer sobre sus cabezas, pero sí para que se sientan concernidos con la justicia o injusticia social, con los problemas graves de cambio climático, etc., etc.

Sin embargo, debo manifestar que estoy muy en contra de quien cree que la vida es puro azar, que quien alcanza el reconocimiento social o el éxito profesional se lo debe solo al azar. Muchos de ellos son vagos, rematadamente vagos, y achacan sus fracasos continuados al destino, sin ver que son ellos mismos los que ponen todos los medios para fracasar de manera inexcusable.

Hay mucho por hacer para poner al azar a nuestro favor, pero sabiendo que no todo está en nuestra mano, trasladándole a nuestros hijos que algunas

personas por sus circunstancias nacen en un mundo muy injusto, y que sus probabilidades de éxito están casi cercenadas desde el primer momento, y que no se les puede atribuir responsabilidad ninguna, y habrá que decirles a nuestros hijos que alguna persona que mendiga por las calles es víctima del azar, y que él, nuestro hijo, o nosotros mismos, no estamos libres de encontrarnos en esa dura, pero siempre digna, situación.

PARA SER AGRADECIDO. PARA SENTIRSE IMPLICADO

*Un hombre tiene que tener siempre el nivel de la dignidad por encima del nivel del
miedo.*

EDUARDO CHILLIDA

DISMINUCIÓN DEL CONTACTO, DE LA PIEL CON PIEL, DEL CARA A CARA

El ser humano precisa del contacto, del apego, del vínculo. Sí, del piel con piel, contacto, con-tacto.

Podemos comunicarnos por carta, por fax, por mail, por paloma mensajera, por señales de humo, por teléfono, con un espejo... El caso es comunicarnos.

Pero además de comunicarnos, por morse, por braille o por otros medios, necesitamos el contacto, el cariño, la calidez, la piel con piel, la ternura, el mirarnos a los ojos, el pedir perdón cara a cara. Eso es lo humano, eso es lo que nos hace humanos. Nos resulta imprescindible.

Las personas quedamos a veces ensimismadas ante el murmullo del agua. No es lo mismo el agua que cae sobre la tierra, que el agua que cae sobre el agua, como sucede en la Alhambra. Y también nos quedamos sin palabras ante el crepitar del fuego, ante esas llamas rojas, amarillas, azules, tan distintas, tan iguales, que dan calor, que generan combustión, que se consumen en sí mismas.

Hay algo más que instintivo, de nuestros antepasados, que sigue en nosotros.

Decía el doctor Marañón que el mejor instrumento médico es la silla, para sentarse junto al paciente, para cogerle la mano, para acompañarlo.

Y, por tanto, hemos de trasladar a nuestros niños la ternura, el afecto, el cariño, la proximidad, la seguridad del abrazo.

Hablamos de la empatía, de las neuronas espejo, de esa capacidad para llorar con el otro, para reír con el otro, para intuir, para saber lo que siente el que está al otro lado. Esto también nos hace humanos.

Y estoy hablando de sentirse concernido, de comprender, de transmitir que la persona más distinta a mí es en cambio lo más parecido a mí, y es que somos una especie animal, y mucho más que animal.

René A. Spitz escribió un libro prodigioso, *El primer año de vida*, en el que nos habló del «síndrome de hospitalismo», de esos niños que morían, aunque la temperatura ambiente era buena y se les daba alimento, pero no tenían a quien tocar y no eran tocados por nadie. Compartiré con ustedes un estudio que a mí siempre me emociona. Se realizó en un laboratorio de psicología con un macaco Rhesus, esos monos pequeñitos que tienen en la cabeza cuatro pelos hacia arriba, el culo más bien rojo y son rápidos y ágiles. Se puso un bebé ante dos opciones: subirse ante un muñeco que simulaba ser una madre, pero de alambre y que contenía un biberón, o bien subirse a otro con cara de madre y cuerpo de felpa. Al principio iba a sorber, a mamar del que era de alambre; inmediatamente después decidía, y ya nunca cambiaba, abrazarse, aferrarse al que le transmitía ternura, calidez, aunque no alimento físico. Y si eso le pasa a un macaco, qué nos pasará a los humanos, a nuestros bebés, a nuestros niños.

Tocar a un niño, vincularse con él, al igual que contarle un cuento, nos genera una gran relación, que dificulta en el futuro hacerle daño o ser dañado por el mismo.

Nacemos y nos abrazan, morimos y nos despedimos desde la próxima y entrañable calidez de quien sabe o cree saber que dice adiós para siempre.

Es necesario disfrutar de la vida, pero para hacerlo, hay que disfrutar asimismo de las personas, de la naturaleza, de los objetos, de la tecnología, de la salud, del poder crecer, y agradecerlo profundamente.

Y es que si lo pensamos bien, cualquier cosa que perdamos es mucho perder. La verdad es que captamos mucho, percibimos mucho, pero no todo lo hacemos consciente, y nos es imposible ver crecer la hierba, pero ese cambio está ahí, y cual niños, nos encanta meter las manos en el agua y morder aquella

galleta que nos recuerda a la infancia. Hay tantos y tantos detalles, hay tantas y tantas cosas para disfrutar en la vida y de la vida, para dejarse llevar por las ensoñaciones, para trabajar con ganas, con fuerza, para hacer una mesa nosotros mismos, para cultivar el huerto, para hablar con ese que no conocemos pero que tiene cara de majo.

La vida, esa seriación continuada de actos, de conductas, de gestos, de interrogantes, de atardeceres, y de su seguro (creemos) amanecer.

Hay gente que es muy «disfrutona», y un gazpacho en verano o un consomé en invierno la hacen absolutamente feliz, igual que hay otras para las que nada está a su gusto, si le ponen tres hielos tirará uno o pedirá otro. Y lo mismo hará con el café, que nunca estará a su gusto. La verdad es que tratar con alguna gente casi significa ganarse el cielo, si es que existe. No sé si es que no están bien consigo mismos o quieren hacerse notar, pero es tan agradable estar con gente dispuesta, que siempre se levanta a hacer, que todo lo perdona (bueno, casi todo), que no le da trascendencia a que haya un mosquito revoloteando. Esa gente es encantadora.

Yo me pregunto, ¿nacieron ya tan diferentes? ¿O no se les educó para ser gratos, afables, buenos compañeros de viaje?

Desde muy corta edad, veo niños simpáticos, agradables, que les dices «¿Me das un beso?», y te lo dan, y a los que les gusta jugar, correr, saltar y compartir juegos. En cambio, hay otros mal encarados, adustos, quejicosos, casi perdonavidas, y ya digo, son niños, cuya frase predilecta es: «¡Lo quiero aquí y ahora!», niños insufribles, y claro, si pensamos cómo serán de mayores, es para echarse a correr.

Pero he de señalar que hay niños que se comportan de forma muy distinta cuando están con sus padres a cuando están con otras personas. Es como si pusieran la mala cara siempre a los mismos, y es que todo el mundo tiene que revolotear a su alrededor, tiene que transmitirle un «Sí, bwana», y eso los hace, en cierta medida, intratables.

Es verdad que en este libro he hablado de temperamento, de carácter, de personalidad, de biología, de genes, de ADN, pero sobre todo me he centrado y me centro en la educación, en hacer que un niño reciba el apoyo, el reconocimiento, cuando se muestra grato, próximo, y sin embargo se convierta en translúcido cuando se muestra hosco.

Mal asunto es no educar a los niños en la afabilidad, porque cuando uno es afable todas las puertas se te abren, y la gente colabora, y participa, y gusta de ayudar. Padres primordialmente, abuelos, tíos y profesores, tengan en cuenta que rendir pleitesía a quien muestra su peor cara, aunque sea un niño, es estúpido y a medio y a largo plazo es una hipoteca para el hoy niño insoportable, mañana insoportable adulto.

La compasión, el conmovirse con el otro, engrandece a la persona, la convierte en lo que realmente ha de ser, humana. Por ello, haremos bien en educar a los niños para que desde esa empatía actúen, para que maduren en el contacto con el otro, para que crezcan interiormente saliendo de sí mismos y mirando más allá.

Vivir en sociedad exige que nuestros niños vean, capten y sientan afecto. Se debe transmitir una y otra vez la importancia del Tú, del distinto, del dispar.

Se encontrarán con gente con la piel muy sensible, tan es así que es difícil decirle algo sin que se sienta atacada, ridiculizada. Por el contrario, hay otros «elefantoides» o con piel dura cual rinoceronte, cual hipopótamo, a los que todo les resbala, nada les afecta, nada les atraviesa. Es duro, es insensible, no sabe de afectos. No se vincula.

En el fondo no vive, porque no siente.

DAR A FONDO PERDIDO

Cuando se da esperando recibir, realmente no se está dando.

Poder contribuir, poder agradecer es un lujo, pero poder ayudar lo es mucho más. Esta conducta, tan humana, debe ser educada, y es que la generosidad y el altruismo no nacen por generación espontánea.

Ayudar de niño, contribuir al bien común, le permitirá sentirse parte de esa labor social, pero además sentirse bien, muy bien. Y eso que es un hecho puntual, que a veces supone ceder, regalar, compartir, se convertirá en un hábito que se confirmará cuando sea adulto.

Transmitir a los niños que sean buenos ciudadanos, que sean generosos, que se comprometan, es una magnífica herencia.

Debemos también transmitir la aceptación del otro, por ser él y sea como sea, desde luego muy posiblemente distinto de nosotros. Transmitamos también que hemos de ser autoexigentes, pero con un límite, sabiendo relajarnos. Bien está buscar la excelencia, pero siendo conscientes de que no se alcanzará. Aprender a relajarnos con nosotros mismos es un magnífico consejo, que agradecerán, sin duda, los demás.

Parémonos a pensar qué es realmente lo importante en la vida, qué es lo que estimamos esencial, lo que más valoramos de lo que hemos vivido, y transmitámoslo. Porque a veces se nos olvida que son momentos, emociones, proyectos, acuerdos, esfuerzos los que estimamos como los más geniales, los más irrepetibles.

Destaco mucho que en la educación de nuestros hijos, de nuestros alumnos, hemos de mostrarles aquello que es de verdad esencial, insustituible, único. Y relativizar otros aspectos curriculares, sociales, de reconocimiento y fama, que, al fin y al cabo, no llenan a la persona.

APRECIANDO LOS DETALLES

Hay que tomar conciencia de los detalles, y de lo humilde, y de lo bien hecho, congratulándonos con la generosidad y el altruismo de los otros, con los regalos que nos da la vida, con la lluvia fecunda, con el sol que nos acuna.

La vida son detalles, pequeños detalles, gestos, regalos, miradas, despedidas. Sí, la vida es un detalle.

Qué pena me dan las personas que no valoran los detalles, como un amanecer, una nota pegada en el frigorífico, un beso casi en fuga, el primer coche, un álbum dedicado con frases y fotos, aquel libro que te regaló tu padre... Sí, la vida es un detalle. Dejar pasar a alguien mayor, escucharlo con respeto, quedarse hipnotizado ante un cuadro, sentir profundamente una obra de teatro, emocionarte con una música que se escucha casualmente...

Y eso no se puede explicar, los niños lo tienen que ver y apreciar en los adultos.

Es en los detalles donde se diferencia la gente encantadora de la que no lo es, es en los detalles de un trabajo donde se sabe que está pulcro o no, es en

los detalles que un almuerzo demuestra que es mucho más que dar de comer.

Pondré un ejemplo de esos que me gustan a mí, simple, que no estúpido. Hay a quien afeitarse todos los días le supone un incordio, y hay a quienes nos encanta, porque lo haces con una crema elegida, con una hoja de afeitar de estilo antiguo, porque te huele muy bien el *after shave*, esa loción que te golpea la cara, y porque te acompañas de un programa de radio que te informa. O sea, que cualquier cosa, créanme, lavar unos vasos, cortar el pan, cambiar el aceite al coche, puede ser gozoso o penoso, depende de cómo uno lo aborde, sí, está en función de la actitud. Y, por eso, haremos bien en educar en lo posible en la actitud.

Nos dijo Sigmund Freud que «existen dos maneras de ser feliz en esta vida, una es hacerse el idiota y la otra es serlo». La verdad es que este hombre tan preclaro tenía lo suyo. Pero no es menos cierto que mirar hacia otro lado, no darse por concernido, aceptar una crítica, olvidar una desavenencia, nos facilitará la vida, a nosotros y a los que nos rodean. Eso también es saber estar. Eso es entender la vida, aceptar, que las cosas no son, no han de ser, no deben de ser exactamente como uno quiere.

Y, en lo posible, eduquen a ser extrovertido, a hablar, y con respeto, a no tener miedo, al contacto visual, al contacto físico, a mostrar lo mejor de uno mismo, a ser agradable, a agradar.

CULTIVANDO NUESTROS RECURSOS

Uno de esos recursos es el esfuerzo, empezando por el nuestro y continuando con el colectivo. Da gusto cuando vemos a personas que salen el fin de semana a limpiar un río, a plantar árboles, a esforzarse disfrutando por el bien común.

Es necesario recordar que el error no es circunstancial, es humano, es lo que nos hace tan tiernos, tan entrañables, tan perdidos.

Sí, cuidemos la rica sensibilidad, el amor a la belleza, los criterios éticos y morales sólidos. Fomentemos los recursos afectivos, y es que la gente afable y activa es atractiva; la distante y pasiva, no. Y dígame lo que se diga, se puede, y mucho, hacer que un niño se convierta en sociable, en interactivo, en creativo, en simpático.

Posibilitemos el arraigo de creencias, ya sean espirituales, o de sentido de trascendencia, o de fe religiosa, dando un salto más allá de nuestra naturaleza, de nuestro ser animal, de nuestro instinto.

Que nuestros hijos no se ahoguen en el narcisismo, y para ello son necesarios límites, pues impiden mirarse el ombligo, acabar en onanismo y preparan para amar, y amar siempre es al otro, pues amarse a uno mismo es para echarse a llorar.

Hay que vivir para los demás, hay que gustar de la amistad que nos nutre, como afirmaba Pitágoras de Samos, de una «igualdad armoniosa» y complacerse en la generosidad, en dar, sin esperar reciprocidad.

Eduquemos para que una palabra tan pequeña como «Yo» no se sature de enorme egoísmo.

Preparemos a los niños para proyectar qué persona quieren ser, mostrémosles cómo encontrarse consigo mismos, y es que, como señaló Erich Fromm: «Solo el yo individual plenamente desarrollado puede desprenderse del ego».

Enseñémosles que somos nuestra propia sombra, señalemos que todo lo que nos molesta en los demás nos revela en gran medida cómo somos. Y que la denominada identidad es social.

Hagamos que reflexionen sobre cuestiones importantes: ¿quién soy? ¿Quién podría llegar a ser? Planteemos cuánto tenemos de orgullosos por lo que tenemos y, sin embargo, ¡cuán poca humildad por todo aquello que nos falta!

Demos ejemplo apuntando que reconocemos las equivocaciones y, desde esa repetitiva experiencia, algo aprendemos.

Recordemos a Terencio: «Yo soy mi prójimo».

PARA ENFRENTAR EL SUFRIMIENTO

La mano que mece la cuna rige el mundo.
PETER DE VRIES

RESILIENCIA INFANTIL

La resiliencia está vinculada a la crianza con apego. Estoy tratando a muchos adolescentes y jóvenes que sintieron desapego tras estar internados, y, sin ser objetivamente cierto, reaccionan ulteriormente con hostilidad contra los padres. Dolorosísimo. Y es que a veces el apego, el vínculo se sienten quebrados (aunque no sea así) de forma subjetiva, y esto es dramático, difícil de suturar.

Hace unos años, escribí un libro editado por Planeta que lleva por título *Fortalece a tu hijo*, en el que hablaba de preparar a los hijos ante las situaciones previsibles de la vida: la enfermedad, la muerte, el paro laboral, la separación de los adultos. Y también publiqué en la editorial EOS el *Test Trauma. El Test de Resistencia al Trauma*.

Fortalecer a nuestros hijos, a nuestros alumnos, quiere decir hacerlos más flexibles, más adaptables, menos quebradizos. Han de aprender a caer y a levantarse, a sufrir y a mirar al mundo a lo lejos, con esperanza, que se basa en la propia motivación que uno es capaz de generar.

Toda persona debe sentirse autónoma, competente y conectada a otras personas si es que quiere sentirse válida y autorrealizada. Sin estos pilares, el bienestar no es factible.

Podemos anticipar que la vida nos pondrá zancadillas, que habrá sinsabores, que conoceremos el sufrimiento y las heridas. Y como ello no

siempre es evitable, haremos bien en fortalecer la capacidad para levantarnos y volver a ponernos en camino.

La resiliencia es un término sustraído a la ingeniería. Igual que se puede medir la resistencia, se puede medir la resiliencia. Todos, además, hemos oído hablar de esos edificios que se construyen en Japón o en Chile y que tienen una cierta flexibilidad, que no son plenamente rígidos, para no quebrar, para no colapsar, ante un seísmo.

Bueno es ser adaptable, pero es necesario saber reconstruirse, dada nuestra evidente vulnerabilidad.

Y alguien se preguntará en voz alta: «¿Pero puede educarse la resiliencia?». Ciertamente, sí. Hay niños y jóvenes que en cualquier deporte, por ejemplo, cuando van perdiendo ya abandonan, tiran la toalla, mientras que otros aprenden a luchar, a motivarse aún más, a intentarlo con un esfuerzo redoblado. Haremos bien, por tanto, en educar en ese sentido, en luchar, en anticipar errores y fracasos, azares muy negativos e incluso desgracias.

Una buena inyección de esperanza en el futuro, aun cuando el presente sea muy oscuro, es una buena compañera de viaje.

A veces, conducimos en la niebla y nos apuramos, pero intuimos que antes o después veremos la luz y el camino mucho más nítido. Hay que explicarles a los niños que cuando uno cae en un pozo, no debe cavar.

Es cierto que hay ocasiones en que la ayuda habrá de venir del exterior, por eso también es tan necesario y conveniente tener grupos de apoyo, ya sean familiares, amigos y/o vecinos.

La resiliencia colinda con el carácter, con la seguridad en uno mismo. También he de decir que la hemos apreciado en quienes han sufrido auténticas hecatombes emocionales que han forjado ese carácter. Y es que, al final, se puede crear no dureza, pero sí resistencia para seguir viviendo. Sobre eso nos pueden enseñar mucho los abuelos, que ya han vivido y han despedido a seres queridos, de cómo pedirle a la vida algún guiño, y no mucho más, además de ir ganando una página de olvido.

Inmunicemos a nuestros hijos no contra el dolor, el sufrimiento ni la sensibilidad, pero sí contra la incapacidad para volver a mirar al mundo de frente.

Enseñemos a los niños para hacer frente a acontecimientos graves, dolorosos, que de otra forma se hacen devastadores pudiendo llegar a colapsar.

Lo dicho, enseñemos habilidades de afrontamiento, musculemos la resiliencia.

EDUCANDO PARA DESPEDIARNOS

Hemos de educar para llorar la ausencia, para dejar ir, para amortiguar las rupturas. Que nuestros hijos aprendan que todo es perecedero, que tiene fecha de caducidad, que los objetos, las relaciones y hasta las personas pueden romperse, quebrar.

Formemos a los jóvenes para afrontar soledad, angustias, pérdidas, incertidumbres, incomprensiones, pues son parte de la existencia.

Tengamos en cuenta que los hijos son la mejor biografía de los padres, y hay que anticipar que cuando el fruto está maduro, abandona la rama. Es decir, que se nos va la vida despidiéndonos.

Estaciones de autobuses, de trenes, aeropuertos, maletas, un ir y venir, un iniciar y un acabar, un esperanzarse y un deprimirse. Eso es en gran medida la vida.

Cuando llegas a un aeropuerto y hay cientos y cientos de personas esperando, y a ti no te espera nadie, te entran ganas de correr y abrazarte a un desconocido con afecto, con cariño para ver qué te dice, pero tú muy cálido, muy cariñoso (sí, lo he pensado, pero no lo he hecho). Pero usted también lo ha pensado, como ha cotilleado a los que se abrazan y lloran, y lo sienten. Y los que se abrazan y lloran, pero captas que al menos uno no es que no lo sienta, es que se alegra.

Pero luego hay otras despedidas mucho más serias, y en algunas no te da tiempo a decir adiós a alguien muy querido. Te queda tanto por decir, tanto por mostrar. Y es en ese instante cuando sabes que lo tenías que haber dicho, que lo tenías que haber hecho.

Pero existen muchas despedidas, largas, tristes, dolorosas, hasta tal punto que uno se plantea, ¿por qué se alarga tanto? ¿Por qué no acabar? Y aun

equivocadamente cree que ya está despedido, que sabe lo que sentirá, y vuelve a equivocarse, pues la ausencia es innumerable, pues el vacío no se puede llenar.

No es fácil educar a los niños —que acaban de llegar, que son pura ilusión, que tienen toda la vida por delante— en la idea de que la vida dura exactamente lo que dura, y que hay ocasiones en que a aquellos a los que más queremos y necesitamos y de los que más dependemos se nos van. Y nos parece injusto, pero no sabemos, no tenemos a quién reclamar.

Pero haremos bien en educar a los niños.

Mi experiencia como patrono de la Fundación Pequeño Deseo me ha enseñado que algunos niños muy enfermos saben que la vida se les acaba, y les preocupa sobremanera el disgusto que van a dar a sus padres, y por eso lo callan.

Despedirse es algo humano, es algo duro, es algo real, es algo que no podemos evitar.

Hay otras despedidas, mucho más lúdicas, como cuando se acaba un campamento y todo el mundo se juramenta que volverá a verse, que serán amigos para siempre, aunque el tiempo no les dará la razón.

Pero eso sí, más allá de las despedidas, hay personas que a pesar de no estar físicamente, siempre nos acompañarán.

Utilicemos películas, cuentos, palabras, e incluso lágrimas, para explicar a nuestros niños qué es, qué supone la despedida, y por tanto, para valorar a quien tenemos al lado, aquel o aquellos con los que compartimos la vida.

LA COMPLEJIDAD, EL CAOS

Ocasionalmente aparecen ambas cosas, y habremos de preparar a los pequeños para enfrentarse, aprender a vadearlos o dejarse llevar. Se dice que hay barcos pequeños que parecen corchos, subiendo y bajando las olas y que las tempestades no son capaces de hundir. Son pequeños, flexibles, adaptables.

La complejidad, sí. En la vida lo único seguro es la muerte, y el pago de los impuestos. También es verdad que si nacer nos sorprendió, quizás la

muerte...

Carl Jung nos transmitió: «La psique es el mundo». Formemos, por tanto, para desarrollar la propia personalidad. Eduquemos para ser bueno, pero ser bueno para algo, morales, apoyados en la justicia y en la conciencia.

La impresión que tenemos en la actualidad es que la vida se acelera, que los temas se solapan, que la complejidad se incrementa. Pero cuando uno se va a un pueblo perdido y desconecta el teléfono, se encuentra con uno mismo, se encuentra con los otros, y aprecia que la hiperinformación no es conocimiento. Que la propia vida se engarza con la de otros que tienen nombre y apellidos, con los que se transcurre este devenir existencial.

El problema estriba en encontrarse revuelto uno mismo con uno mismo. En sentir esa náusea, ese malestar, ese mareo, que no permite ver, que no facilita la distancia óptima. El caos, el verdadero caos, es cuando uno empieza a derrumbarse.

Porque si uno está bien, es majo, tiene buenos amigos, sabe lo que hace y por qué lo hace, se perturba solo por lo esencial, y no le exige a la vida grandes cosas, pues bueno, es relativamente feliz, se gusta lo justo, agrada lo necesario, y sabe que tiene un coste emocional para los otros.

No me atrevería a decir cómo hay que educar para manejarse en la incertidumbre, en la complejidad, en el caos, pues no es fácil. Pero sí insistiría en esta idea fuerza: mantengamos fijo el timón, tengamos confianza en nuestras propias energías, y en lo posible que nuestro itinerario evite zonas de riesgo. Por ejemplo, hay quien se une sentimentalmente con personas que sabe que le traerán problemas, y aun así, se encamina hacia su perdición.

Bien haremos en explicar a los chicos que hay una decisión personal. Que si te unes, por ejemplo, con «un violento», tus problemas serán graves; que si tu socio de trabajo es un amoral, también habrá sobresaltos. En fin, que uno ha de elegir con quien estar o de quien alejarse.

Esta es una sociedad que se avergüenza casi del esfuerzo, de la meritocracia, y de la gente buena que no tiene otras aspiraciones, ni necesidad de demostrar nada a nadie, sino ser bueno y hacer las cosas bien. ¡Y es tan importante! ¡Y tan necesario!

Estas acotaciones bien podrán servir para educar a nuestros hijos en cómo conducirse por un mundo que tiene preciosos horizontes, pero también

unas zonas que, a pesar de que no se aprecien claramente, se intuyen y en ellas se vislumbra el riesgo.

POSICIÓN PARANOICA: NO, GRACIAS

El mundo en el que vivirá nuestro hijo es un mundo desconocido. Ayudémosle a desarrollar recursos fundamentales, musculemos su equilibrio psicológico, hagámosle ver cuál es la postura estoica, sin aplaudir el sufrimiento, sin recrearnos en él, compartamos que el sufrimiento aceptado tiene un sentido, forja un carácter, aporta crecimiento interior, capacita para afrontar otra posible situación difícil.

Extirpemos el «victimismo quejicoso preventivo», el de «El mundo está contra mí», el de «Soy un fracasado y nunca saldré del pozo».

Potenciamos las capacidades del hijo, generemos fortalezas, activemos el sistema inmunopsicológico para, desde la distancia óptima, intervenir, movilizarse.

No me refiero a las personas que están afectas de un síndrome tan severo como es la paranoia, sino a esa gente que es desconfiada, que cree que todo el mundo habla mal de él (en bastantes ocasiones acierta). Y es que es una calamidad, una persona que no gusta, es un cenizo, un agorero, un mal compañero, y claro, la gente murmura y habla mal.

Vamos a ver, pensémoslo. Hay quien no invita jamás a un café (se hace el loco). Hay quien antes de que empiece el reparto de las vacaciones ya ha ido al jefe a cerrar las suyas «porque lo necesita» (y hace lo mismo todos los años).

Quiero con esto decir que hay gente que no está enferma; es consciente de que cae mal, pero hace todos los méritos para caer aún peor.

Esto es lo que tenemos que señalar a los niños. Debemos formarlos en habilidades sociales, en capacidad de observación, para que puedan distinguir a otras personas que caen bien, muy bien, que aúnan, que ilusionan, que motivan, que activan, que regalan sonrisas. Estoy pensando en esa persona que cede, que se queda la última para apagar las luces, en ese que usted conoce y que le agrada.

Hay personas que te dicen «¿Me llevas en tu coche?», y te dan una alegría. Pero hay otras a las que les pones excusas porque no caen bien, no solo a ti, sino a todo el mundo.

¿Qué hace que haya niños que caigan tan bien y otros no? ¿Por qué los hay tan quejicosos, tan exigentes, tan ñoños, tan asociales? Y no me digan: «Es que es así». ¡Que cambie! ¡Que mejore! Le irá muchísimo mejor en la vida, a él y a los que lo rodean.

Todos hemos pedido un trabajo a quien ya tiene demasiado, pero sabemos que es una garantía de que lo hará, y perfectamente. Por el contrario, otros no hacen nada, y encima cuando les pides algo, lo realizan mal y para más inri se sienten poco valorados y discriminados.

Estoy poniendo la lupa en los adultos, que es lo que serán dentro de unos años nuestros hijos. Mostrémosles que estar a un lado o a otro de la orilla cambia el discurrir.

PARA ALCANZAR LA AUTONOMÍA

Dar ejemplo no es la principal manera de influir sobre los demás; es la única manera.
ALBERT EINSTEIN

LA DISTANCIA ÓPTIMA

Los adultos somos como los profesores de autoescuela, que van a tu lado, te indican, te corrigen, pero te dejan hacer. Se precisa una distancia óptima.

Como dice José Antonio Marina: «Educar a alguien es uno de los mejores medios de educarse a sí mismo. No se puede ayudar a crecer sin aumentar la propia estatura». No sobreprotejamos, pues sustituiremos el papel del córtex prefrontal de nuestros hijos, que es donde se desarrolla la capacidad para elaborar conceptos, ideas abstractas, tomar decisiones, inhibir la conducta, etc.

Eduquemos para desenvolverse de manera autónoma y segura, enseñemos a elegir, no a exigir. Y recuerden lo que afirmó el gran Jean Piaget: «Cuando le enseñas a un niño algo, le quitas para siempre su oportunidad de descubrirlo por sí mismo». Permitamos, por tanto, que se equivoquen.

Partimos de que los niños tienen su propia forma de ver, de pensar, de sentir y de hacer, y no hemos de imponer las nuestras por ser de adultos.

Facilitémosles un espacio, y cómo organizar el tiempo. Seamos auditores, controlemos que lo está bien hecho, pero no entremos en los contenidos de sus tareas; esa es su responsabilidad. Controlemos, pero desde esa distancia óptima, veamos con nuestro hijo su agenda de tareas, ofrezcámosle nuestra ayuda pero si, y solo si, la necesita.

A veces, hay que tener valor para no decir nada en directo, sino saber demorar para que el niño aprenda por él mismo.

Planteemos retos y objetivos, e insisto, incentivemos la autonomía. Busquemos el apoyo de la ciudadanía, de las autoridades políticas para hacer de las ciudades un lugar agradable, cómodo, una ciudad para los niños, que, como nos señaló Francesco Tonucci, será cómoda por tanto para los mayores y muy mayores.

Obviamente, los niños han de incorporarse a las tareas domésticas, y han de ser expuestos a nuevas experiencias, lugares, viajes, etc.

Al fin y al cabo, los niños necesitan tiempo y espacio para descubrir el mundo por ellos mismos. No se les puede sustraer la infancia, han de experimentar, jugar, imaginar, aburrirse, tener relaciones, descubrir quiénes son y lo que quieren ser, sin sentirse absolutamente controlados.

RECURSOS INTELECTUALES Y VOLITIVOS

Niños y jóvenes son ya ciudadanos de pleno derecho. Hay que facilitarles que se eduquen hoy para, en un futuro próximo, mejorar el mundo desde cada persona comprometida con la sociedad.

Precisamos en el currículum académico la introducción de la ética, para enfrentar dilemas éticos, formar en la prudencia, la justicia, la templanza, para muscular la voluntad inhibiendo impulsos, manteniendo el esfuerzo, ejercitando la deliberación.

Se nace con una capacidad, unos talentos, un entorno, pero, en alguna medida, todo ello puede mejorar. Y esa es la labor de la educación, no tanto transmitir conocimientos, sino preparar a la persona para adquirirlos, para degustarlos, para hacerlos llegar a otros.

Recordemos que lo que transmite un niño en un dibujo no lo consigue cualquier adulto. Al tiempo, eduquemos a los niños como ciudadanos digitales, para que sepan administrar su identidad, privacidad, pensamiento crítico, empatía o huella digital independientemente de la red social en la que decidan estar.

Seamos conscientes de que las nuevas generaciones se ubican diferentemente, se proyectan de otra forma en el mundo, se comunican de un modo distinto, en el que lo audiovisual es preponderante y entienden la vida con variaciones respecto a generaciones anteriores. Asimismo, se distinguen en la manera de aprender, de abordar una tarea, de definir éxito o fracaso.

La verdad es que, como dijo Albert Einstein: «Cada día sabemos más y entendemos menos».

Y es que la denominada sabiduría no se define por una ingente acumulación de conocimientos, sino por algo más que sentido común, por anticipar, por actuar con correcto criterio, por llevar una buena vida.

Junto a ello, la creatividad puede traducirse en una muy buena herramienta para gestionar vidas, porque la creatividad, por encima de todo, es capacidad de resolución de problemas y de innovación. La mayoría de los niños son esencialmente creativos si no nos empeñamos en lo contrario.

El deporte también es un recurso, y bien importante, pues lleva implícita la práctica del juego limpio y facilita la salud mental al conseguir canalizar y normativizar la agresividad.

La vida nos da la posibilidad de dar y recibir cariño. Piénselo, lo inevitable es morir, pero lo asombroso es vivir. No nos pasemos la vida buscándole la explicación, sino una razón para vivirla plenamente, ilusionándola y llenándola de contenido.

Necesitamos unos recursos esenciales: los principios, los que te rigen, los que te impulsan.

PENSAMIENTO CRÍTICO Y CAPACIDAD DE CUESTIONAMIENTO

Los padres tienen que describir, explicar y apoyar al niño para que anticipe y se responsabilice. Como dijo Albert Einstein: «Somos arquitectos de nuestro propio destino».

Sí, los niños han de aprender a anticipar la consecuencia de sus comportamientos.

Denuncio que la infraestructura educativa no está creada para formar pensadores, sino para contribuir al sistema económico.

Permítame aquí que, con todo el respeto, señale diferencias entre dos países limítrofes: Francia y España. En Francia, en los liceos, al profesor se le llama «*monsieur le professeur*»; en España, «profe» (y eso si el alumno está de buenas).

Siendo el presidente de España Mariano Rajoy y de visita en tierras gallegas, un joven le arreó una señora bofetada que le marcó el rostro. Nuestro presidente dijo que no pasaba nada, que no se le diera trascendencia...

Siendo el presidente de Francia Emmanuel Macron y de visita por Mont Valérien, un adolescente le llamó por su diminutivo: «¡Hola, Manu! ¿Qué tal, Manu?». El presidente de Francia levantó el dedo índice y le espetó: «Puedes seguir haciendo el imbécil, pero a mí me llamas señor o señor presidente de la república».

Las cosas claras, y es preciso saber qué y a quién se representa. Si quien ostenta autoridad delegada no la defiende, ni representa, ¡estamos perdidos!

Observo a muchas personas que son criticonas, pero no tienen capacidad crítica, y mucho menos autocrítica.

En un mundo diverso, el pensamiento debiera ser poliédrico, amplio, que guste de aportaciones distintas, de otros ángulos en los que se ve la realidad.

Enseñemos a los niños a argumentar, a debatir, incluso a defender una posición e inmediatamente después la antagónica, la opuesta. Dentro de los cursos que dirijo en verano en San Sebastián, un año planteé la siguiente cuestión: «¿Y si volviera a nacer?». Y evidentemente la pregunta subsiguiente fue: «¿Qué cambiaría?». Y es inaudito, hay quien no cambiaría nada, absolutamente nada, hay a quien le gustan, y mucho, sus propios errores. Quizás vivan así muy felices, pero no sé yo cuál es el nivel de su capacidad autocrítica.

A los seres humanos nos encanta reírnos, incluso de nosotros mismos, pero aceptamos mal, muy mal, que sean otros los que se rían de nosotros. Y esto es un problema, un grave problema.

Eduquemos para saber aceptar, sin morir de orgullo y de soberbia, los aplausos, y saber también metabolizar las duras críticas, sin hundirse en la miseria.

Epílogo

Las formas de familia varían. Hay quien habla de «matrinoviazgo», de «amigovios», «poliamor», en fin, se trata de intentar ensamblar algo que siempre será esencial: la familia. Y en estas modificaciones continuas, en esta que denominamos evolución, los padres han de ser progenitores, no amigos. La amistad se adorna de unas condiciones que son incompatibles con la relación de la madre, del padre, con el hijo.

Y ya en estas postreras páginas, hemos de señalar que, independientemente de quién gobierne en España, tenemos un problema: la bajísima natalidad. Pero es que además, en nuestro país, se destina un 1,4 por ciento del PIB para las familias, mientras que en Irlanda es el 3,4 por ciento o en Dinamarca el 4,1 por ciento. Precisamos con urgencia apoyo a la familia, y esa expresión tan amplia se llena de contenido con la compatibilidad familiar-laboral, el acceso de los jóvenes al mundo laboral, a un hogar. Hay mucho por hacer en este ámbito, yo diría que casi todo.

Europa es una sociedad envejecida, y dentro de Europa, Italia y España se quedan sin niños, cada vez hay menos familias, hogares más solitarios, y las familias que tenemos, en gran número, están rotas e insatisfechas. Esta es la fotografía aérea de nuestra realidad social, que luego palpita en cada caso, en cada sufrimiento, en cada esperanza quebrada.

Apoyar la natalidad es un reto innegable; los permisos de paternidad obligatorios e intransferibles han de ser algo incuestionable; la red de escuelas infantiles debe estar a precios más que asequibles; y reincido en la flexibilización de horarios: es algo que no podemos demorar, es una urgencia nacional.

A lo largo de las páginas anteriores hemos apreciado algo que podríamos definir como un dilema educativo, en gran medida, explicado por una sociedad compuesta por formatos familiares, complejos, heterogéneos, sin consenso básico en valores y criterios educativos. Es relevante una encuesta realizada por la Fundación de Ayuda Contra la Drogadicción (FAD), donde se desvela que el 40 por ciento de los progenitores reconoce no saber manejar los conflictos de convivencia familiar. El 8 por ciento de los padres manifiesta que recibe insultos de algún hijo. El 25 por ciento impone su opinión a los padres.

Es evidente que los cambios sociales y tecnológicos y la mayor disponibilidad de dinero en los chavales son factores que han pillado a contrapié a la que podríamos llamar generación de la democracia. Asimismo, el consumo de alcohol y otras drogas deteriora la relación, cuando no da paso a conductas tipificadas como delitos o faltas.

Cuando firmo libros, imparto conferencias, contesto desde la radio o recibo emails, aprecio que los padres y los docentes tienen la terrible sensación de que no educan para la sociedad, sino contra la sociedad. Captan, aprecian, que a los jóvenes, a los adolescentes y aun a los niños se les transmiten derechos y no obligaciones, un mundo de nihilismo, de ocio y transgresión. Y ahí, docentes y padres culpan a los medios de comunicación, a la publicidad, al mercado, al capitalismo.

Lo que deberían ser conflictos a resolver en la escuela, en el hogar, acaban muchas veces, las más de ellas, en la consulta del psicólogo clínico, del psiquiatra, en las comisarías y hasta en los juzgados.

En cuanto uno se pone a preguntarse por las razones que generan disonancia, aprecia que la palabra esfuerzo no existe, que la tan mencionada necesidad de diferir gratificaciones y de aceptar frustraciones no se lleva a efecto.

Cuando hablamos de menores egoístas, de niños yoyó, tenemos que cuestionarnos por qué son así, por qué tienen la necesidad de conseguir lo que exigen sin demora, por qué sus pretensiones son una orden, por qué la empatía no es la forma de conducirse. Y una de las explicaciones ciertas es la falta de límites conductuales.

Hace unos años, publiqué en La Esfera de los Libros, *El pequeño dictador*, del que se han vendido más de trescientos mil ejemplares en España, Portugal y Argentina. Allí ya señalé una realidad preocupante y es la proliferación de jóvenes y adultos, a veces sin escrúpulos, convertidos en pequeños/grandes dictadores.

Nos encontramos con una sociedad donde parece que se premia al que tiene éxito al precio que sea, donde la corrupción cual chapapote nos impregna, donde las relaciones son superficiales y poco comprometidas, y todo esto, por supuesto, interfiere en la educación.

Pero, como señalé en su día, si un padre no dice «No» a un niño de dos años, este, cuando tenga catorce, en el mejor de los casos le dirá «No» a su padre.

Sigo sin comprender, más allá de la laxitud, por qué hay padres (o adultos) incapaces de contradecir, de decir «No», de llevar la contraria. Quizás sea la comodidad, o quizás el miedo a afrontar un conflicto, aunque el niño sea pequeño. Puede que no parezca creíble, pero es verdad.

Hay un tema que me preocupa sobremanera, y es la confusión entre lo que está bien y lo que está mal. Dar la vida por una persona puede estar bien, matar a una persona siempre estará mal. Esta peligrosísima trivialización, relativización de lo moral, de lo ético, donde se impone al individuo sobre el bien común y social, nos preocupa, sí, y nos perturba, también.

Dije en *El pequeño dictador*, y me reafirmo ahora: un niño sin límites será, más pronto que tarde, un déspota.

Que apreciemos un porcentaje importante de padres que se sienten desbordados por las exigencias de los chicos en relación con el dinero es preocupante. Que ese porcentaje también elevado de chicos imponga su opinión sobre sus progenitores resulta, más que preocupante, profundamente pernicioso.

Esta no es una crítica a los padres en general, pero sí a muchos de ellos. Estamos rodeados de niños consentidos, algunos insoportables. Los padres inciden mucho en el tema escolar, les preocupa su posición laboral futura, y me parece bien, pero hay otros aspectos sociales, cívicos, espirituales, ecológicos, de posicionamiento en la vida que no deben ser relegados; muy al

contrario, son los prioritarios, los esenciales y los que permitirán crecer a la persona y mejorar a la sociedad.

No hay que ser un lince para ver que lo que antes se alcanzaba y conseguía con dieciocho años, hoy se vive a los doce, a los trece. Y me refiero a gratificaciones sensoriales, a relaciones de todo tipo muy tempranas. No hay tiempo para madurar, para interiorizar, para elaborar.

En este epílogo, en esta charla con usted, estoy intentando hacerle saber causas, etiologías y abordajes de una realidad en la que en España, y como promedio, un chico no abandona el hogar de los padres antes de los veintinueve años, y es que dependen económicamente de estos, pese que la mayoría tienen aptencia de autonomía de los adultos.

Desde hace años, y me consta, hay padres que contratan a detectives para seguir a sus hijos y constatar lo que consumen, qué actividades realizan, pues están preocupados, y el 98 por ciento de las sospechas son fundadas. Pero que nadie mire hacia otro lado: hay chavales que se financian su consumo trapicheando con droga y chicas de dieciséis o diecisiete años que se prostituyen para adquirir ropa de marca.

Causa sorpresa saber que, cuando se entrevista a padres e hijos, lo que más valoran ambos es el respeto a las pautas educativas, el que los progenitores muestren criterios claros, que hagan responsables a los hijos y que sean flexibles. Pero lo que observamos realmente en los padres es una continua ambigüedad entre establecer límites y darles un alto grado de libertad a los hijos.

Son muchos los adolescentes y jóvenes que estiman que la primordial fuente de socialización viene del grupo de amigos, y mucho menos de padres y de maestros.

Sí, son muchos años en la docencia, en los medios de comunicación, en la carretera, en el avión, en el tren, y tanto ir y venir, me ha permitido comprobar el anhelo de los padres por democratizar su relación con los hijos, por adaptar posiciones protectoras y permisivas, pero luego te dicen, te comentan, que añoran las relaciones de autoridad con las que fueron ellos educados. Esa autoridad que facilita, que da cauce a que las normas se cumplan.

Un problema gravísimo que tenemos es el del sentimiento de culpabilidad de muchos progenitores, y créanme, no siempre es objetivo. Si entramos más

en detalle, es fácil que las madres, en general, acusen a los padres de abandono o alejamiento de sus funciones, mientras que los padres recriminan a las madres su excesiva permisividad.

Pero si tuviera que subrayar algo que te deja «ojiplático» es que el 40 por ciento de los padres te dicen no solo que se sienten desbordados por la función educativa, sino que no educan bien, porque NO SABEN hacerlo.

A veces uno tiene la sensación de que esa frase tan manida que dice que para hacer una tortilla hay que romper los huevos no es fácilmente asumida en lo que respecta a las pautas de educación. Y empiezo a dudar si algunos padres no saben o no quieren saber (me inclino por lo segundo).

Siempre les digo que, como los buenos platos, la educación requiere mimo, tiempo, dedicación, observancia.

Nunca me cansaré de transmitir que, quitando el maltrato grave, la peor forma de educar es la del «dejar hacer», o neurotiza o psicopatiza al niño, al joven, y lo hace un incívico y un ser, a la larga, rechazable.

Tenemos familias *light*, que entienden la educación como algo absolutamente horizontal, y por lo tanto también delegan mucho en los amigos de los hijos.

Sonriamos. Hay padres helicóptero de diferentes categorías: los de tráfico buscan direccionar, apoyar, pero no permiten a los niños experimentar lo suficiente. Los de rescate están siempre alerta al menor gesto, apareciendo a la menor llamada; el hijo nunca podrá abordar ninguna crisis, porque son los adultos los que enfrentan los problemas. Por último, tenemos los padres helicóptero de combate, que intervienen antes de que el problema exista, y ni que decir tiene que todas las decisiones las toman ellos, no sus hijos.

Es discutido y discutible el dar pecho a demanda, no entraré en ese terreno. Pero sí me gusta la definición de algún colega iberoamericano del «padre bombón», o sea, que se derrite. Absolutamente condescendiente, deja que el niño duerma cuando considere, y si no le gusta la comida le hace otra o le da un helado, en fin, que le compra lo que pida. Sí, creo captar padres que tienen miedo a sus hijos, incluso de pocos años, miedo a que se enojen, a que tengan una rabieta, y más en público.

Miren a su alrededor y verán a bastantes padres mantequilla.

Existe otro grupo de padres que son simple y gravemente negligentes. Porque no supervisan lo que hacen sus hijos, y no los disciplinan porque no les importa. Y no los guían, porque son un mal ejemplo, y anteponen sus propios intereses.

Cuando vemos a jóvenes que no asumen responsabilidades, que no muestran respeto por los demás, hemos de pensar que llevamos algunas décadas de equívoca tolerancia en que algunos padres no muestran autoridad, y entonces estos niños sin límites, sin rumbo, con alto grado de narcisismo infantil, con una crianza excesivamente indulgente, se confunden, se desorientan y generan problemas.

Esta realidad ha pasado de las familias a la escuela, y de ahí a la ciudadanía, provocando que hoy resulte difícil mantener las formas —aunque sea en un parlamento— o respetar a la autoridad —sea docente, policial, judicial, etc.

Los valores de la disciplina, del orden, del cumplimiento se aprecian en las fuerzas de seguridad (en gran medida), y desde luego, en el ejército.

Alguien puede llevarse las manos a la cabeza e interrogarse en voz alta: «¿Pero qué dice el señor Urra?». Lo que quiero explicar es que a mí me marcó una película cuando era un niño, *El puente sobre el río Kwai*. Durante la Segunda Guerra Mundial, los soldados británicos apresados por los japoneses, al mando del coronel Nicholson (Alec Guinness), reciben órdenes de construir un puente para favorecer el paso de las tropas japonesas con armamento pesado. Aunque resulte incongruente, aceptan y el coronel mantiene a sus hombres cohesionados, ocupados y con un objetivo común; se sienten parte de un grupo, unidos y acuden silbando a trabajar. Al final, cuando las tropas japonesas llevan sus tanques y carros de combate hacia el puente, los propios soldados británicos hacen estallar su obra. Hay una moraleja. Seguro que usted que lo lee la entiende.

Educar, decíamos, es una labor dura, a veces desagradable, y hay padres —e incluso algún docente— que hace dimisión de esa labor. Claro que decir que no, demandar que las tareas sean cumplidas es arduo, pero también necesario. Quizás algunos adultos, absolutamente inmaduros, quieren pasarlo bien sin andar tras los chicos diciéndoles cómo tienen que comportarse, y

mucho menos despegarlos de las pantallas. Y es que, mientras están conectados a las mismas, esos padres pueden desconectarse de ellos.

Hemos luchado toda la vida, y lo seguiremos haciendo, por una educación más libre, sensible, concernida, pero apreciamos una caricatura, una burda caricatura de esa idea, una deformación irreconocible. La fase narcisista puede durar hasta los dieciséis meses, pero hoy en consulta te encuentras a chavales de mucha más edad, casi pre-púberes, que parecen no haber salido de esa etapa. Los niños, los jóvenes, son demandantes, son sometedores natos, y necesitan un marco que los contenga, precisan aprender a esperar, a manejar la frustración.

Y, en este punto, me viene a la mente otra película que cito en *El pequeño dictador*. Es una película que nos ponen muchas Navidades, no le daré a usted muchas más pistas. Un niño rico e insoportable viaja en un transatlántico y tras fumar un puro cae al mar. Lo recoge un barquito pequeño de pescadores, el capitán portugués, Manuel (interpretado por Spencer Tracy), es un hombre de pocas palabras, en el fondo tierno, que le llama Pececito. En la primera ocasión que le solicita al chaval algo, este le contesta mal, muy mal, y este capitán le da un guantazo, pero antes le dice: «Voy a tener que hacerlo», y posteriormente le dice: «Reflexiona»; sin acritud, sin gritos, sin aspavientos. Inmediatamente le incluye en el grupo de marineros, lo hace suyo. Llegamos un día en que el chaval no quiere ni volver a ese mundo de algodones, de ensoñación, de falta de calidez y de relación. Está todo dicho.

Algunos hemos ganado una plaza por oposición, en mi caso en el Ministerio de Justicia. Es verdad que hay quien le pone pegajos, pero no es menos cierto que es un sistema bastante objetivo, que requiere estudiar, memorizar, competir, y sobre todo demostrar persistencia. Hoy, parece que se ha devaluado la idea de mérito, que se ha degradado la necesidad de hacer algo para obtener una recompensa.

Por otro lado, gente indecente que acude a televisión o que se muestra en las redes transmite una pérdida de algo esencial en el ser humano que se llama pudor. Y al suceder esto, es indudable que la familia tiene que servir, en gran medida, de neutralizador de esos aspectos tóxicos que llegan a los niños.

Sigo dándole vueltas a las razones de las fallas educativas, y me parece atisbar que hay muchos padres que quieren evitar los conflictos con sus hijos,

porque ellos tienen muchos problemas consigo mismos, con sus parejas, laborales, y prefieren con sus hijos un armisticio, ganar tiempo y esperar a que escampe, aunque ese posicionamiento está abocado al fracaso.

Los padres, los profesores, somos distintos a los hijos, a los alumnos, y entiéndaseme bien, debemos establecer cierta distancia. Yo puedo dar clases con mis alumnos, estar en su fiesta de graduación, pero no debo ir a tomar copas con ellos para celebrarla.

Hay algunas madres que se visten como adolescentes, y que compiten con sus hijas. Es que hay adultos que se sienten eternamente jóvenes, y creen que son como los amigos de sus hijos, pero no. Los hijos necesitan ver en los padres algo anticuado, obsoleto, que no comprende, que no sabe de qué va la movida. En fin, los hay patéticos.

¡Ah! Y otra cosa, nos encontramos con quien pide en todo momento psicofármacos para sus hijos o quien demanda del psicoterapeuta que eduque. En ese momento hemos perdido el rumbo.

Mal hacemos cuando trasladamos que las normas de cortesía están anticuadas, o que la idea de aprender es fácil, o que la memoria es innecesaria, o que hemos venido al mundo a ser solo felices y que esto es un juego permanente.

Estamos inmersos en una sociedad de lo trivial, de lo efímero, en la que la publicidad transmite no solo a los jóvenes, sino a los adultos que tenemos derechos (hay anuncios que dicen «porque tú te lo mereces»). La balanza se inclina en lo que uno recibe, en sus derechos, pero no en lo que uno ha de dar, sus deberes.

Un psicoanalista preclaro, no fácil de leer, Lacan, nos explicaba que desde muy corta edad un niño sabe perfectamente diferenciar lo que es que se le imponga un límite a que se le trate con desprecio.

Este es un mundo bonito, y en todo caso es el que nos ha tocado vivir. No es estable, no hay garantía de permanencia en la pareja, ni en el puesto laboral, y entonces la autoestima, la seguridad del adulto a veces se quiebran. Pero los niños necesitan, más allá de los límites a los que nos referimos, de amor y de seguridad.

Los adultos hemos de ser sembradores de proyectos personales, y transmitirles lo que nos dejó en heredad Kant: «La voluntad de bien». Pues más

allá de los cambios sociales, siempre nos preguntaremos, ¿para qué? ¿Por qué? ¿Hacia dónde? ¿Y luego qué?

Eduquemos a los niños a ser conscientes de sí mismos, prudentes, con temple, y siempre buscando acercarse a la esencia de su ser.

Los niños precisan del juego simbólico, y de la lectura que exige pensar. Pero también hay que enseñarles a contemplar la belleza, para que se olviden de ellos mismos, y confundirse con la naturaleza para que la perciban y se sientan parte de ella.

Nos hablaba don Miguel de Unamuno de «amor y pedagogía». Los padres, los profesores, somos esenciales para saber aprender y aprender a ser.

Enseñar a convivir es un objetivo esencial e irrenunciable, afrontar conflictos es necesario para una correcta socialización.

Ahora que este libro acaba, manifiesto que es una exageración hablar de una generación perdida o de que los jóvenes son «ni-nis». Es verdad que lo que hemos reflejado con anterioridad es real, pero dentro de un ámbito mucho más amplio, mucho más rico, mucho más diverso. Hay que tener cuidado con las generalizaciones, y también con los pseudodiagnósticos, que en ocasiones se convierten en una profecía autocumplida que lapida cualquier esperanza.

Es cierto que hay quien habla de la generación de los sueños rotos, y es que cerca del 35 por ciento de los jóvenes entre veinticinco y veintinueve años se encuentra en situación de dependencia. La crisis padecida ha disparado el desempleo juvenil, lo que ha hecho que muchos jóvenes que habían abandonado ya el sistema educativo se encuentren sin posibilidad de trabajar.

Según la teoría de la autodeterminación, para que una persona sea feliz y se sienta realizada, debe satisfacer tres necesidades: sentirse autónoma, competente y conectada con otras personas. Y, sin embargo, dada la dificultad laboral de los jóvenes, existe una gran presión social por el cuidado de los niños, y muchos padres se desviven por ellos, no dejando a los adolescentes que puedan experimentar y encontrar sus propios límites. Cuando hablamos con estos adolescentes, nos verbalizan que les cuesta crear espacios de intimidad, pues los padres están muy encima. Debiéramos preguntarnos si esta intromisión del adulto en el niño está justificada, si los padres lo hacen por sus hijos o por ellos mismos.

Hay padres que gratifican de manera instantánea; que no dejan ver a sus niños el telediario para evitarles las malas noticias; que no les informan de la enfermedad del abuelito, para que no sufran; y desde luego, ya no vemos a los niños en la calle jugando solos, cuando antiguamente esto era lo más normal del mundo.

Que los adultos asuman sobre sus hombros todo el peso conlleva que sus criaturas no estarán preparadas para afrontar la vida, y, en alguna medida, serán discapacitados emocionales. Permítanme proponer una práctica sana (siempre y cuando sea bien entendida) que es la de la desatención. Me dirijo a usted padre o madre: ustedes también tienen una vida fuera de la familia, no son solo madre o padre.

Al final, todo hombre debe ser artífice de su propia vida, y sin embargo, estamos viendo el efecto lupa. Da la impresión de que algunos padres sobreactúan, y eso porque creen encontrarse en un escaparate donde otros padres y adultos observan cómo se comportan. Podríamos hablar también del efecto mirón, o sea, que el niño coge una rabieta y llora, y como todo el mundo se para y mira a ver qué pasa, los padres adoptan una posición condescendiente.

Es claro y manifiesto que, sin aprender a pagar las consecuencias de los actos, es imposible que nadie llegue a ser lo que debe ser en libertad. Desarrollemos la fuerza de voluntad, la curiosidad, y el poder incalculable del carácter, forjemos la resiliencia, la capacidad de recuperarse tras las bofetadas de la vida, enseñemos a autogobernarse y a disciplinarse, y desde luego a trabajar en equipo.

Me gusta el rugby y que los jóvenes lo practiquen, pues enseña valores como la integridad, la pasión, la solidaridad, la disciplina y el respeto.

Algunos padres, los menos, muestran claras carencias afectivas y existenciales, y reconvierten a sus hijos en bienes de lujo, en el fondo, a su servicio. Permítanme otro devaneo mental: por ejemplo, quien se ha sometido a varios tratamientos de fertilidad y pudiera percibir al hijo como una posesión valiosa.

Demos de nuevo entrada a la radiografía de nuestra juventud, puesto que apreciamos una generación de individuos poco comprometidos con todo lo que no sean ellos mismos. Se nos dirá que se implican como voluntarios y en

ONG. Y así es en algunos casos, pero los datos del INJUVE (Instituto de la Juventud de España) lo desmienten. Uno de cada cuatro jóvenes tiene experiencia actual o pasada en el voluntariado, mientras que tres de cada cuatro no han participado nunca en este tipo de actividades (estas cifras se sitúan claramente por debajo de la media europea). Nuestros jóvenes están acostumbrados a publicar prácticamente todo lo que les pasa, por lo que han ido construyendo una identidad mediática, y este aspecto es relevante.

Un 65 por ciento de los adolescentes dice haber tenido al menos una experiencia sexual completa antes de los dieciséis años.

El 88 por ciento de los jóvenes usa diariamente internet, básicamente para enviar y recibir correos electrónicos, así como para participar en redes sociales.

Y no podemos dejar de hablar del asociacionismo de los jóvenes, que en su gran mayoría tiene que ver con la participación en grupos deportivos, a mucha distancia aparecen las organizaciones de carácter lúdico, cultural o de ocio. En cuanto a las asociaciones dirigidas a defender alguna causa global (ecologismo, feminismo, pacifismo...), la pertenencia es muy reducida y la experiencia actual o pasada apenas rebasa en alguno de los casos el 5 por ciento del total de jóvenes. La pertenencia a partidos políticos y a sindicatos es aún mucho más reducida.

En cuanto a la religión, el 40 por ciento se define como católico (otra cosa es si especificamos el porcentaje de practicantes).

Estamos hablando de jóvenes, y llega un dato más que preocupante: las causas de muerte. El primer lugar corresponde a los tumores, el segundo a los suicidios y lesiones autoinfligidas, y el tercero a accidentes de tráfico. Pero, en el caso de los jóvenes varones, la primera causa de muerte son los suicidios.

En esta sociedad se ha producido un proceso de individualización. La familia pasa mucho menos tiempo conversando. Se ha instalado la filosofía de la igualdad, también en lo privado, y los padres tienen problemas sobre cómo mantener su autoridad, en una sociedad y cultura en la que se da más espacio a niños y jóvenes.

Es innegable la transformación drástica de las familias: la mitad de los matrimonios hoy ya se divorcian. El tanto por ciento de padres solteros se ha

triplicado desde 1960. La adopción y paternidad por parte de parejas del mismo sexo son ampliamente aceptadas. La cohabitación cada vez es más común, y aumentan día a día los nacimientos de niños de parejas no casadas.

En España, los jóvenes actuales comparten el cariño y los recursos de los padres con cada vez menos hermanos y hermanas, y es que se retrasa la edad de tener el primer hijo, pasando de una media de 24,8 años a los treinta y uno actuales.

Siguiendo con nuestros jóvenes, reflejemos que según los estudios del INJUVE, su nivel de satisfacción con la vida es muy alto: aproximadamente, tres de cada cuatro afirman tener una satisfacción muy alta con la vida, y apenas hay jóvenes que se muestren insatisfechos.

Las preferencias de la juventud se decantan mayoritariamente por un tiempo libre compartido, practicado en espacios públicos o al aire libre, y que implican un cierto gasto económico. Por encima del 90 por ciento, escuchar música y salir con amigos. Aproximadamente un 75 por ciento usar el ordenador, ver la televisión, practicar deporte, descansar, o no hacer nada. Un 55 por ciento leer libros, ir al cine, viajar, oír la radio. En cuanto a ir al teatro, a museos, a exposiciones, asistir a conferencias y coloquios, el porcentaje baja al 20 por ciento.

Para los jóvenes españoles, lo más importante en sus vidas son la salud y la familia, a ello siguen los amigos, los conocidos, el trabajo y el tiempo de ocio.

Los jóvenes están más insatisfechos con el trabajo y la situación económica personal, y es que en España la tasa de paro juvenil en 2015 fue del 39 por ciento. Añádase el incremento de jóvenes con contrato a tiempo parcial que afirman no encontrar un empleo a tiempo completo (los contratos a tiempo parcial para jóvenes en el año 2000 fueron del 32 por ciento; en el 2015 han alcanzado el 70 por ciento).

La mayor fragilidad e inseguridad del colectivo juvenil ante el empleo en nuestro país es la precariedad estructural asociada a la temporalidad ya reseñada y el empleo a tiempo parcial, a lo que hemos de añadir el menor poder adquisitivo como consecuencia de la pérdida de salario percibido por el trabajo desempeñado. Desde 2008 a 2016, hay un incremento importante de padres y madres como personas que más ayudan económicamente a estos

jóvenes sin autonomía, tan es así que somos uno de los países con los porcentajes más altos de jóvenes de hasta treinta años que aún residen con los padres. Y es que acogota la incertidumbre a la hora de decidir embarcarse en una hipoteca o sistema de financiación a largo plazo, o a la hora de confiar en la estabilidad para formar un hogar con una pareja. Obviamente, esta incertidumbre acaba afectando a las decisiones de los jóvenes, y por tanto a las trayectorias que siguen en sus transiciones a la vida adulta.

Los jóvenes europeos, en la actualidad, se enfrentan a un mercado laboral desregularizado y precario que poco tiene que ver con el mercado laboral en el que transitamos sus padres. Añádase a lo antedicho que el incremento de la cualificación no asegura ni un trabajo estable, ni acorde a lo que se ha estudiado.

Y con respecto al ocio nocturno, el 50 por ciento de nuestros jóvenes españoles asevera que sale todos o casi todos los fines de semana, y de ellos, más de la mitad nos hacen saber que regresan a casa entre las cuatro y las seis de la madrugada.

La sociedad sigue en constante cambio, la familia se modifica. Aquella realidad del hombre que trabajaba fuera, mientras que la mujer educaba a los hijos en casa, y les transmitía certezas sociales y creencias religiosas ha desaparecido. También quedó en las catacumbas la idea del matrimonio siempre heterosexual, fiel e indestructible. Hoy los agrupamientos son de muchos tipos, el criterio de la autoridad vertical está en desuso y no volverá. Este seísmo social con los consecuentes modelos de familia diversificados ha traído, entre otras situaciones, el denominado síndrome de igualitarismo que, más allá de entre hombre y mujer (lógico), se generaliza a padres e hijos (absolutamente ilógico) y a un síndrome de la culpabilidad de algunos progenitores que trabajan fuera del hogar.

Sí, el mundo evoluciona, y sigue girando, pero si no queremos marearnos, tendremos que determinar qué está bien y qué está mal, para incentivar lo uno y perseguir lo otro, como por ejemplo la profusa difusión de material pornográfico que, no se dude, se relaciona con el número y tipología de delitos sexuales. Tenemos problemas, se vive mucho más, pero los ancianos gozan de poco auxilio familiar.

Se podrá estar de acuerdo o no con mi criterio, pero es sólido y argumentado. Precisamos bases éticas, morales y espirituales sólidas.

Eduquemos para perdonar, más que para perdonarnos. Para no romper con la palabra, ni perder el respeto por uno mismo. Para ilusionarse con nuevas metas que alcanzar.

Sigamos la premisa de Jean Paul Sartre: «El hombre nace libre, responsable y sin excusas», algo que confirmó también Antoine de Saint-Exupéry.

Esta es una sociedad en la que se desea el éxito rápido, y eso no es factible. Nuestros adolescentes, que buscan encontrarse a sí mismos, que necesitan rebelarse, y que por cierto la lectura les ayuda, a medida que crezcan han de entender la relación entre esfuerzo, dedicación y resultados.

No busquemos ser padres perfectos y siempre felices, no es real, y además es agotador. Parecería un empalagoso cuento de hadas.

No es fácil, pero es fundamental evitar contradicciones entre ambos padres, y a veces con uno mismo (en distintos momentos).

Decíamos en el libro que si solo soy el amigo de mi hijo, metafóricamente lo dejo huérfano. Asimismo, señalemos que la ausencia del padre no es lo mismo que la inexistencia.

Por desgracia, y entiéndaseme bien, hay familias en las que de hecho los que educan son los abuelos.

Sé que hay poco tiempo, pero déjenme que les cuente una fábula, una moraleja. Dicen que estaba un psicólogo dictando una conferencia a unos *brokers*, esos ejecutivos rápidos, eficaces, tensos, estresados, y sacó una pecera y unas piedras, unos cantos rodados, y llenó la pecera, y les preguntó: «¿Cabe algo más?». Uno de los intrépidos jóvenes dijo con sonriente seguridad: «No». El psicólogo sacó una bolsa de arena y la echó en la pecera, y volvió a preguntar: «¿Cabe algo más?». Todos miraron con desconfianza, pero en silencio hasta que el psicólogo vertió su vaso de agua, y entonces preguntó: «¿Qué he querido enseñarles?», y otro avisado replicó: «Que por mucho que se llene la agenda, siempre cabe algo más». El psicólogo les contestó: «No han entendido nada, lo que les he transmitido es que lo primero que hay que introducir, lo prioritario, es lo importante».

Y es que de vez en cuando los psicólogos somos como los niños, jugamos con la teatralidad hasta el punto de creer que somos el personaje que representamos.

En las páginas anteriores, he dicho en distintas ocasiones que tengamos coraje para decir «No» cuando es preciso, y he señalado que los niños no son idiotas, a diferencia de algunos padres que parecen imbéciles.

Acabando este *Déjale crecer*, me pregunto: cuando los padres solicitan consejos, ¿esperan recetas o simple comprensión?

Usted y yo, y casi todos, deseamos educar correctamente, y en ese compromiso hemos de asumir riesgos, hemos de actuar sin miedos, así lo exige la vida. No invadir a nuestros hijos, ser respetuosos con su intimidad, lo cual no choca con demostrarles que estamos disponibles.

Este es un libro dirigido a los padres, pero que sobrevuela ese grupo humano. Fíjense que en España la media de emancipación es a los veintinueve años, es decir, ocho años después de que lo hagan suecos, daneses o finlandeses. Pero hemos de pensar en los precios disparatados de los alquileres y en los contratos laborales estacionales.

Resumamos: a los niños, si se les deja, son chantajistas, juegan con ventaja, es de esto de lo que hay que protegerlos. Y no seamos los «embajadores» de nuestros hijos.

Si a corta edad apreciamos individualismo extremo, poca tolerancia al malestar, necesidad de obtener una recompensa inmediata, estaremos viendo venir a un niño emocionalmente frágil, irritable y con propensión a la agresividad. A un adulto que no hará felices a los que lo rodean, y no alcanzará su propio bien-estar.

Para terminar, recordemos lo que se cuenta de Siddhartha, que vivía en un palacio rodeado de lujos y de todo tipo de comodidades. Pero quiso descubrir qué había tras los muros y encontró una pareja de ancianos, unas personas gravemente enfermas, incluso una ceremonia fúnebre, y ya no quiso volver a vivir en palacio: había descubierto el sufrimiento. Esta historia nos sirve para mostrarles la realidad de la vida a nuestros hijos, y al tiempo, llenarles de cariño y de amor, de esperanza y de ilusión.

Anexo I

PROTAGONISTAS DEL DEVENIR

Y mis padres por fin se dan cuenta de que he sido secuestrado y se ponen en acción rápidamente: alquilan mi habitación.

WOODY ALLEN

Los cambios sociales y tecnológicos están paulatina y vertiginosamente modificando las conductas humanas y la forma de interpretar la vida.

Hemos de plantearnos desde las neurociencias qué variaciones se aprecian en los niños y cuáles serán previsibles, a fin de educar de forma adecuada, adaptada y pro-activa, consensuando los criterios esenciales que nos permitan incidir en el desarrollo de quien pronto tendrá la misma responsabilidad para dar continuidad a nuestra especie.

Nuestro mundo es cambiante, la vida rápida, las relaciones personales, los vínculos familiares, la diferenciación de generaciones, las nuevas formas de agrupación familiar que ya se atisban son un reto para los adultos y para quienes todavía no lo son.

Pensemos, cuando educamos a los hijos, cómo nos gustaría que nos trataran nuestros nietos. Miremos al futuro.

Precisamos una comunidad educativa que profundice en el desarrollo de destrezas, de conocimientos, de actitudes, que nos permita asentar las bases de una ciudadanía ética, solidaria, participativa, democrática, justa y que entienda que su patria es el universo.

Propiciemos el aprovechamiento educativo de las tecnologías de la información y la comunicación, facilitemos el disfrutar, pues unos educadores felices, seguro que lo hacen bien. Incentivemos la motivación de niños y jóvenes mediante la realización de unas actividades más dinámicas.

Necesitamos niños inteligentes, imaginativos, sensibles, adaptables, con capacidad para resituarse, para anticipar, aglutinar, avanzar entre la incertidumbre. Visionarios de un mundo más amplio y mejor que entiendan la evolución de nuestra especie como un desafío que debe gratitud a sus antepasados, aquellos que donaron amor, valentía, perseverancia y pasión por descubrir y transmitirlo.

Hemos de enseñar a ser, a desarrollar, equilibrar y vivenciar inteligencia, voluntad y sentimiento.

Preparemos auténticos protagonistas del devenir social, cultural, político, artístico, económico.

Demos paso a la innovación, generando nuevos contextos y situaciones de aprendizaje. Que el uso del PowerPoint no erradique el diálogo socrático del docente, que los ordenadores no arrinconen el trabajo pausado en la biblioteca.

Formemos personas que sepan interrogarse, interpretarse, conocerse, que sean conscientes de su ser, de ser en uno, capaces de valorar, de precisar, de volcarse en el otro, capaces de autotrascenderse, de poseer un argumento vital.

Hemos de tener en cuenta unas cuestiones y definiciones fundamentales:

PAIDEIA: potenciar las capacidades que constituyen como tal al ser humano en particular la inteligencia y la voluntad.

EDUCACIÓN: contribuye a la perfección interior del educando. Es necesario verla como un proceso, no como un producto, y merece ser repensada.

EDUCAR: desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales del niño o del joven por medio de preceptos, ejercicios, ejemplos, etc. (*Diccionario de la RAE*). Y educar es dar amor.

INSTRUIR: comunicar sistemáticamente ideas, conocimientos o doctrinas (*Diccionario de la RAE*).

Anexo II

PARA LEER DETENIDAMENTE

Hasta aquí he hecho una descripción de la realidad, un apercebimiento de lo que conlleva y unas aportaciones para intentar evitar los errores o corregirlos. A partir de aquí, unas frases, unas ideas para leer detenidamente. Son de impacto, de fondo, de contenido. Léalas, interprételas, elabórelas.

Usted es el actor.

EDUCAR ES UN ARTE

- En la resolución de dilemas éticos.
- En el dominio del tiempo psicológico.
- En la defensa de un espacio personal privado.
- En prepararse para envejecer.
- En apreciar el horizonte donde se unen la vida y la muerte.
- En potenciar la higiene mental.
- En convivir con los miedos.
- En encontrar el sosiego, el equilibrio, la armonía.
- En dejar un leve legado.
- En el cambio.
- En la automotivación.
- En la independencia.
- En la autodisciplina.
- En el ser.

- En la autenticidad.
- En la sana disciplina.
- En aceptar la ayuda.
- En saber reinventarse.
- En seguir lo que dictan el corazón y la intuición.
- En cómo superar o convivir con el dolor y el fracaso.
- En ser mejor que tú mismo.
- En qué nos convertimos: en lo que pensamos.
- En la seguridad emocional.
- En el sentido de culpabilidad.
- En ubicarse, arrumbando la subjetividad.
- En incentivar el sentido de trascendencia. ¿Qué da sentido a mi vida, que transmito al respecto?
- En el viaje interior, gustando de la independencia.
- En aceptar la incomprensión.
- En estimular la salud y el bienestar psicológico.
- En muscular la voluntad.
- En ser protagonista de la propia vida escribiendo su guion, dirigiendo con sentido la propia existencia, viviendo intensamente.
- En ser original, natural, sincero y honesto consigo mismo.
- En saber sonreír.
- En poseer un *locus* de control interno (sentimiento de control sobre nuestras vidas. Confianza en uno mismo).
- En amar al ser humano, pues somos parte del mismo.
- En aprender a vivir y por tanto a saber morir.
- En no tomarse demasiado en serio.
- En primeros auxilios emocionales.
- En educación sexual (comenzando con la visualización de la gestación y el parto).
- En apreciar la propia compañía.
- En la elección de la actitud ante las circunstancias.
- En dominarnos a nosotros mismos.
- En disciplinar la mente y el estado de ánimo.
- En entender la etiología de la felicidad.

- En el derecho a la intimidad y a la paz interior.
- En cultivar el carácter más allá de sentirme cómodo («Me apetece o no me apetece»).
- En el conocimiento multidimensional del devenir humano.
- En el ser humano: biológico, cultural e imaginativo.
- En el destino universal e íntimo del ser humano.
- En constituir todo individuo en sí mismo un cosmos.
- En la comprensión humana, en su complejidad.
- En aptitud crítica y autocrítica.
- En ser seres culturales y sociales.
- En reflexionar sobre el propio pensamiento (capacidad metacognitiva) y sobre las propias representaciones mentales (capacidad de metarrepresentación).
- En las neuronas espejo.
- En autoconciencia de uno mismo y autodominio.
- En sentido del humor.
- En escuchar desde el silencio: ¿quién soy? ¿Quién quiero ser? ¿Qué quiero transmitir? ¿Cómo me educaron? ¿De qué adolezco? ¿Qué me caracteriza?

MI MUNDO: MI FAMILIA, MIS AMIGOS, MI ENTORNO

- En sentirse parte de la naturaleza, auscultar las estrellas y apreciar un amanecer.
- En adquirir hábitos sanos (de higiene, alimentación, práctica deportiva).
- En la empatía.
- En adecuarse a las mutaciones familiares y sociales.
- En el respeto intergeneracional.
- En la conciencia ecológica.
- En la confianza.
- En el juego.

- En el disfrute del ocio.
- En compartir felicidad.
- En el agradecimiento.
- En cuidar a los amigos.
- En rodearse de personas positivas.
- En ser leal.
- En saber elegir con quien vivir.
- En conocer y encontrar lo mejor en los otros.
- En engrandecer el vínculo como relación, valorando el tú/vosotros.
- En el contacto.
- En la práctica de algún deporte. Participar, competir, ganar/perder, acatar las normas. En el talante deportivo.
- En respetar a los mayores. ¿Propicio la palabra, la ternura, el saber estar de los mayores?
- En disfrutar de una vivencia positiva de las intenciones ajenas.
- En la gratitud a nuestros padres.
- En que la amistad debe conquistarse indefinidamente.
- En conocer plantas y animales.
- En que los amigos son la familia que nosotros escogemos.
- En que se vive en un universo interdependiente. Inteligibilidad de nuestro universo.
- En la interpretación familiar.
- En equilibrar la efectividad con la afectividad.
- En un profundo sentimiento de filiación.
- En el sentido de pertenencia.
- En la capacidad para establecer relaciones afectivo-sexuales.
- En ¿cómo me perciben? ¿Qué les apporto? ¿En qué les defraudo?
- En facilitar la correcta socialización respetando la individualidad. No clónicos.

CURIOSIDAD POR LO QUE ME RODEA

- En el pensamiento alternativo y la apreciación de lo distinto.
- En la capacidad para formular/se preguntas inteligentes.
- En gustar de conocer.
- En la inventiva.
- En las buenas preguntas. La curiosidad.
- En aprender a discernir lo esencial.
- En abandonar ideas preconcebidas, las verdades irrefutables.
- En reconocer las coincidencias y sus significados.
- En visión en gran angular.
- En las ideas (mucho más que en la imagen). Tener ideas y transmitirlas.
- En que a todo acontecimiento se le puede dar sentido.
- En descubrir, ver, algo diferente. Enunciar nuevas posibilidades.
- En la factoría de perplejidades.
- En la búsqueda de la espontaneidad (lo que exige un esfuerzo enorme).
- En buscar soluciones innovadoras.
- En un mundo complejo y en permanente movimiento y cambio.
- En modernidad líquida. Mundo volátil.
- En un mundo que se escurre. Un tiempo que se desliza.
- En enseñar a aprehender la complejidad de lo real.
- En la duda de la propia duda. Potenciar la interrogación.
- En aptitud reflexiva de la mente.
- En enfrentar y dialogar la incertidumbre.
- En el pensamiento dialógico que permite asumir racionalmente la inseparabilidad de nociones contradictorias.
- En precisar una mirada nueva. Manejar el contrasentido.
- En concebir la noción de orden y de desorden de manera complementaria y no antagónica.
- En educar la intuición.
- En huir de los tópicos, frases hechas, lugares comunes.
- ¿Sé convivir con interrogantes y cambios inesperados?
- Con perspectiva poliédrica. ¿Nos enriquecemos con otros criterios?
- En la enorme importancia de las primeras experiencias.
- En manejarse como los surfistas.

VALORAR LO IMPORTANTE

- En el humor.
- En la relativización.
- En lo humilde, lo sencillo, lo bien hecho.
- En muscular el optimismo.
- En apreciar los matices.
- En pedir a la vida no más de lo que esta puede dar.
- En la asertividad.
- En la igualdad de géneros.
- En apreciar el esfuerzo y la fuerza de voluntad.
- En el respeto.
- En la lealtad.
- En la paciencia.
- En la honestidad.
- En que la esperanza es una obligación ética.
- En diferenciar entre precio y valor.
- En saber apreciar las aptitudes y actitudes para el trabajo.
- En recoger el consejo de los años.
- En apreciar, más que ver.
- En la vocación. En trabajar por el amor a mi trabajo.
- En apuntarse al agradecimiento.
- En la medida a la hora de valorar los hechos.
- En la moral.
- En la fe religiosa (incentivando el respeto y su posible práctica).
- En nombrar la esencia de las cosas.
- En buscar comprender la coherencia de las cosas y situaciones.
- En el reto de identificar lo verdadero, lo bello y lo bueno.
- En apreciar la exactitud.
- En la reflexión.
- En la interiorización de valores y virtudes, así como transmisión de los mismos.
- Reverso a una sociedad occidental que derrocha.

- ¿Doy gracias a la vida?
- ¿Considero que existen valores irrenunciables, defendidos por la mayoría?
- No todo lo posible debe realizarse.

TENGO RESPONSABILIDADES Y DEBERES

- En anteponer el deber.
- En no confundir libertad con placer.
- En afianzamiento de una verdadera conciencia moral.
- En la asunción de responsabilidades.
- En el valor ante el superior. La consideración hacia quien te sirve.
- En la justicia.
- En luchar por nobles ideales.
- En hacer lo que te concierne.
- En ser responsable.
- En incentivar la ética.
- En la tenacidad y la constancia.
- En sentirse miembros sociales activos, ejerciendo la ciudadanía.
- En la responsabilidad de criar un hijo.
- En la integración laboral.
- En el manejo del dinero.
- En impulsar a obrar con rectitud.
- En el aprendizaje de la vida.
- En la conciencia moral.
- En ser consecuente.
- ¿Qué exijo de papá/mamá Estado? Por el contrario, ¿qué apporto?

SOY SOLIDARIO, ME IMPORTAN LOS DEMÁS

- En la compasión, en compartir el dolor.
- En apreciar la diversidad, la igualdad dentro de la diferencia.
- En la valoración de los discapacitados.
- En la solidaridad (mucho más que tolerancia).
- En el servicio a los demás.
- En el interés por el prójimo (no necesariamente próximo).
- En el compromiso.
- En la ecuanimidad.
- En creer en los demás.
- En conducirse con austeridad.
- En comprometerse.
- En fomentar la cooperación para el bien común, la inclinación prosocial y la empatía.
- En derribar fronteras. Acabar con miradas miopes desde las que se cree que el mundo es nuestro país, nuestro barrio, nuestro hogar.
- En apreciar el mestizaje. Alabar el arco iris porque se compone de distintos colores.
- En la adhesión a la ética de los derechos humanos.
- En el pluralismo.
- En la ética del vínculo y de la solidaridad entre humanos.
- En erradicar la servidumbre voluntaria.
- En mirar en los ojos de los otros, una vacuna del individualismo.
- En fomentar el altruismo.
- Que en el epitafio no ponga: «Murió como vivió, sin ganas». ¿Cuál es mi grado de implicación en la comunidad?

SIENTO, LUEGO EXISTO

- En la sensibilidad.
- En apreciar la belleza.
- En dotar de alma al ser humano.
- En la relajación y la meditación.

- En la conquista de la serenidad.
- En la apreciación poética.
- En la pureza de un pensamiento.
- En el amor a lo que no conocemos.
- En la sonrisa.
- En sentir y sensibilizarse.
- En la afectividad y en decir: «Te quiero».
- En el crecimiento del alma.
- En la comprensión y gestión de los sentimientos.
- En la difusión de la alegría, la simpatía y la amabilidad.
- En trabajar la inspiración.
- En vivir la parte poética de nuestras vidas.
- En encontrar la paz en el silencio.
- En difundirnos por el espacio.
- En sensibilizar. Como réplica al machismo. En los gestos, en las palabras, en las conductas.
- En cuidar plantas, animales, dolerse y disfrutar de y con las personas.
- En autodominio para la expresión de emociones.
- ¿Qué facilidades le doy a mi mente y a mis sentidos?

NO ESTOY SOLO. LA IMPORTANCIA DE LA COMUNICACIÓN

- En la descodificación de los mensajes.
- En positivizar la vivencia de las intenciones ajenas.
- En gustar del lenguaje y los diálogos socráticos.
- En las palabras como vehículo de comunicación, también con nosotros mismos.
- En la habilidad de escuchar y comunicar.
- En unir palabra y emoción; en el don de la palabra.
- En saber mantenerse en silencio.
- En hacer de la comunicación un acto de convivencia.

- En parar cuando se habla, para que el otro interiorice lo que se le dice. Parar para escuchar al otro como se merece.
- En desterrar el mito de que «una imagen vale más que mil palabras», porque la palabra es la verbalización del concepto y este la representación intelectual de la realidad.
- En enseñar retórica: debatir, dialogar, argumentar.
- En el lenguaje como poder de nuestra especie. Las palabras cuentan con la capacidad de anticipar.
- En habilidades comunicativas para enriquecer el lenguaje verbal y escrito.
- En dialogar con quien convivo.

INTENTO SABER ESTAR

- En comportamientos cívicos y normas de urbanidad.
- En el compromiso con la dignidad.
- En la coherencia cognitivo-conductual.
- En la humildad y en valorarla.
- En adecuarse a lo imprevisible.
- En el honor.
- En elegir nuestra propia actitud.
- En asunción de la urbanidad y el protocolo.
- En la elegancia y en fomentar el buen trato.
- En la discreción y en guardar los secretos.
- En agradar (en las formas).
- En la cortesía y el respeto a los otros.
- En habilidades para relacionarse en grupo.

ME ENFRENTO A LOS CONFLICTOS

- En el manejo de las crisis.
- En el perdón (aprender a perdonar, a perdonarse, a pedir perdón y a dejarse perdonar).
- En vacunarse contra la violencia.
- En la capacidad crítica.
- En la aceptación de la frustración y la tolerancia ante la adversidad.
- En la capacidad para diferir gratificaciones.
- En discriminar lo que está bien y lo que está mal.
- En el sentido común.
- En centrarse en la solución, no en el problema.
- En saber modificar la estrategia.
- En la tolerancia a fallar.
- En la aceptación de la autoridad y diálogo.
- En afrontar el dolor y la muerte (asistiendo a hospitales de niños y a funerales de familiares).
- En aceptar un «No» como respuesta.
- En la vacuna contra la presión del consumo.
- En prepararse para posibles separaciones de pareja.
- En captar dónde están los límites.
- En la benevolencia.
- En aprender a decir «No».
- En saber pedir ayuda.
- En aceptar las derrotas con la cabeza alta.
- En la cultura del respeto mutuo.
- En tomar decisiones, anticipando las consecuencias.
- En etiologías de la enfermedad y forma de afrontamiento.
- En adaptarse a situaciones variables.
- En tener aptitud para plantear y analizar problemas.
- En mostrar que todo el género humano está confrontando con los mismos problemas vitales y mortales.
- En tener capacidad para resolver conflictos.
- En erradicar el mal-trato, la desvinculación. Repudiando los abusos psíquicos, físicos, sexuales.
- En acrecentar la bondad, el afecto, la ternura.

CULTIVO MI MENTE

- En las habilidades interactivas.
- En cohesionar los distintos aprendizajes.
- En los clásicos.
- En la capacidad para concentrarse.
- En el estímulo intelectual y la aventura del conocimiento.
- En la inteligencia.
- En el criterio.
- En aprender y compartir.
- En que la peor ignorancia es la que se desconoce a sí misma.
- En el espíritu crítico.
- En el ejercicio de la razón, en cultivar la mente.
- En embellecerse con las ideas y ejemplos de aquellos que lo merecen.
- En la curiosidad intelectual y la argumentación intelectual.
- En saberse eficaz en el mundo.
- En pararse a pensar.
- En la práctica de las artes. ¿Con cuál de las artes elevo mi espíritu?
- En profundizar en el conocimiento y amar el aprendizaje.
- En la creatividad (como desarrollo de la imaginación, la fantasía y el sentido de realidad).
- En el fomento de la lectura, sobre todo de la poesía, que es más que literatura: nos aporta lo que está más allá de lo decible.
- En que el órgano sexual más importante es el cerebro.
- En la música como desarrollo del espíritu.
- En la revolución virtual.
- En la capacidad de interpretar textos largos.
- En la capacidad de concentrarse en una sola tarea.
- En ilustrar el uso de la razón.
- En la participación en la vida política.
- En las nociones filosóficas y religiosas.
- En la importancia del esfuerzo en la educación.

- En el papel de la memoria en el aprendizaje.
- En el buen uso de las TIC (tecnologías de la información y la comunicación).
- En educar a lo largo de la vida.
- En el conocimiento que no sea instantáneo y desechable.
- En prepararse para manejarse en un mundo sobresaturado de información.
- En favorecer la autonomía del pensamiento e incentivar la capacidad autodidacta.
- En una inteligencia capaz de encarar el contexto.
- En principios organizadores que permiten vincular los saberes y darles sentido.
- En repensar el pensamiento.
- En el correcto posicionamiento crítico.
- En el buen uso de la lógica, la deducción, la inducción.
- En el auge de las ciencias de la tierra y la ecología.
- En la vocación reflexiva de la filosofía.
- En la novela, el ensayo y el cine, que nos ofrecen retazos muy importantes de la existencia humana.
- En conocer y pensar.
- En la cultura y su influencia en el espíritu humano.
- En favorecer la inteligencia estratégica.
- En la interdependencia de las ciencias.
- En la perseverancia en el aprendizaje, con emoción y motivación.
- En la inteligencia crítica.
- En fomentar la curiosidad por saber.
- En propiciar un ambiente creando un espacio para el estudio.

TENGO UN FUTURO LLENO DE RETOS

- En la ductilidad y adaptabilidad.
- En fortalecer las cualidades para afrontar adversidades.

- En una visión poliédrica (cosmovisión).
- En la flexibilidad.
- En tomar decisiones.
- En sentir y pensar que el futuro puede ser mejor que el pasado.
- En la determinación.
- En la decisión para alcanzar los propios objetivos.
- En ser emprendedor.
- En orientarse a largo plazo.
- En el sí, podemos.
- En la voluntad de intentarlo y la confianza en alcanzarlo.
- En que nunca es demasiado tarde para comenzar.
- En desear algo con todas las fuerzas.
- En que se puede cambiar.
- En que siempre se puede elegir la respuesta menos mala.
- En el reto de la superación.
- En poseer un proyecto con sentido.
- En la constancia y el esfuerzo.
- En la búsqueda tranquila de la felicidad.
- En prever situaciones y planificar.
- En aprovechar el tiempo y saber organizarse.
- En valorar lo que podemos llegar a ser.
- En el desarrollo de los recursos internos.
- En que llegar a viejo es la mejor alternativa.
- En la implicación de un objetivo global más amplio que uno mismo.
- En reajustar el significado del tiempo y saber priorizar.
- En afrontar la incertidumbre.
- En integrar nuestros conocimientos para la conducta de nuestras vidas.
- En el sentido de la oportunidad.
- En fomentar la investigación.
- En unir conceptos y situaciones.
- En la perseverancia.
- En la toma de decisiones.
- En la capacidad de planificación y el proyecto de futuro.

- En escribir negro sobre blanco: ¿cuáles son mis miedos?, ¿en qué me proyecto?, ¿en qué fracasé?, ¿son alcanzables mis metas?, ¿disfruto del aquí y el ahora?
- En generar salidas alternativas a los conocimientos abstractos, potenciando la formación profesional.

RECONOCIMIENTO DEL MAESTRO / PROFESOR

- Arrinconando a los padres «equivocos abogados de los hijos» que actúan como depredadores.
- Aunando esfuerzos y complementándose.
- Formando a sus alumnos como los océanos a los continentes, retirándose.
- Rebosando optimismo y vocación.
- Educando de manera integral, sin examinar, por ejemplo, la empatía del niño.
- A educar se aprende educando.
- Maestro: el que forma, educa, ayuda, moldea. El que enseña a amar la palabra. El que despierta y estimula vocaciones. Aquel que gusta de las lecturas.
- Los buenos maestros enseñan no solo lo que saben, sino lo que son. Y esto es lo que incorporamos a nuestro ser. Motivan, incitan, hacen cuestionarse y alcanzan el difícil objetivo de que los alumnos interioricen sus enseñanzas.
- El profesor cumple su función educativa, pero además adopta el papel referente y a veces de confidente/consejero.
- Es fundamental que los padres valoren y transmitan a los hijos el cariño, respeto y gratitud a los maestros, que estén en continuo contacto con los mismos, que escuchen sus argumentos, que sancionen a sus hijos —por su bien— cuando el profesor haga saber conductas que lo requieren.

- Constructor del presente y de futuros, el maestro es un referente, un ejemplo vivo y continuado. Es una autoridad moral y ética. Ocupa y completa el papel de la familia. Resulta irremplazable en la construcción de la personalidad del individuo.
- Exigencia, autoridad y disciplina del educador, unido al esfuerzo por parte del educando.
- Contrapeso del absentismo y fracaso escolar. Estimando que existen conocimientos irrenunciables (lengua, matemáticas, filosofía, ciencias naturales, física, etc.).

PADRES: EL BELLO RETO DE EDUCAR EN UNA SOCIEDAD INTERACTIVA

- No confundir al hijo con un amigo/colega.
- Auditar pero con coherencia, si asumo que soy adulto.
- Como padres, abuelos, maestros, profesionales de los medios de comunicación, como ciudadanos, ¿qué se espera de mí/nosotros? ¿Cuál es la distancia óptima que vamos a establecer en relación con otras instancias socializadoras?
- Dar buen ejemplo/lo opuesto a la ludopatía, la vagancia, defraudar a hacienda, saltarse las normas de tráfico, consumir droga, ser adicto a la prostitución, realizar *mobbing* (acoso) en el trabajo...
- ¿Tengo palabra y la cumplo? ¿Practico la lealtad?
- Conciliar la vida personal-laboral-familiar. Lejos de «superman/woman».
- Posibilitar que los hijos encuentren un mundo, en lo posible, acogedor y seguro.
- Hay que fomentar los ideales de la bondad, la belleza y la verdad.
- Hemos de saber transmitir a los pequeños que lo distinto enriquece, que el arco iris es bello por la policromía de sus colores.
- Ciertamente la paz solo puede empezar en los niños.
- Educar en positivo.

- Asumir que la sanción es parte de la educación/diametralmente opuesto al castigo físico o al intento de comprar el cariño. Con seriedad, formularme si la aplico con inmediatez, medida y haciéndola cumplir.
- Mantener el respeto y la autoridad desde criterios de igualdad y diálogo.
- ¿Poseemos *auctoritas* o *potestas*?
- Administrar antagonistas del «Se trauma».
- Hacer conocer lo que es el esfuerzo.
- ¿Van a campamentos? ¿Les exijo constancia?
- Cuando pones a los niños en grupo para ayudar a realizar una tarea, estos se ponen a la misma y se olvidan de la agresividad.
- La educación debe formar para autogobernarse.
- Educar es caro, no educar es carísimo.
- Hay que educar en el honor; en la palabra dada que se cumple; en la fidelidad; en la verdadera amistad; en el dominio de uno mismo; en el afecto, la tolerancia, la empatía y administrar capacidad para planificar, para demorar los impulsos.
- Para forjarse su propia experiencia vital, los adolescentes necesitan libertad, autogobierno y directrices.
- Hay que enseñar a los niños a identificar y a controlar los pensamientos que les convienen y los que les perturban y dañan, a variarlos, a utilizarlos, dado que son ellos los que, veinticuatro horas al día, todos los días de la vida, tienen la doble llave del control de sus sentimientos y emociones.
- Es esencial que los niños sepan que la salud es un bien perecedero, que otros niños están enfermos y agradecen mucho las visitas, el acompañamiento, el apoyo, la esperanza de quien goza de salud.
- Tenemos que educar a nuestra juventud a superar el etnocentrismo, a construir la propia identidad sin excluir a los distintos. No elaborar el «nosotros» en contraposición a «los otros»; formar en lo que nos une, no en el irrisorio detalle que nos diferencia, tenemos que formar en el optimismo, en que el otro, por serlo, es tan majó como yo, en la

capacidad autocrítica, en el humor, ¡pero si todos somos poco más que agua! Tenemos que mostrar solidaridad.

- Educar en la libertad.
- Evitar el «No puedo con mi hijo» o «Me salió así».
- Los niños pueden no ser inofensivos, pero sí son inocentes.
- Eduquemos en la sencillez del saber estar.
- Algunos errores habituales en la comunicación de los padres son restar importancia a las emociones, apresurarse a ofrecer una solución y realizar una crítica precipitada.
- Antípoda de los padres perfectos.
- Como padre, ¿me veo responsable de todos los males?
- El niño ha de saber que al final existe la muerte, que nacer y vivir tienen un gran componente de azar y, sin embargo, en sus manos está el llevar su propia vida. Habrá que contarle que quizás esté nominado para la eternidad.
- En tomarse un respiro.
- Restablecer la verdad en relación a la mayoría de los jóvenes, evitando la frecuente distorsión. ¿Son violentos, anoréxicos, bebedores compulsivos o familiares y afectuosos?
- Poner límites/en contraposición al desarrollo del hijo tirano.
- No desperdiciar en la educación los primeros años, los primeros meses, los primeros días.
- El ejemplo es la forma más bella y eficaz de autoridad.
- Desde la más tierna infancia debe fomentarse el pensamiento alternativo, desarrollarse la inteligencia emocional, potenciar la reflexión, la capacidad para aplazar las gratificaciones, comprender que el mundo, los horarios y el resto de viandantes no están para servirnos, ni son ni serán como nos gustaría que fueran.
- Hay una edad —progresiva—, a partir aproximadamente de los catorce años, en la que hay que otorgar una mayor libertad a los adolescentes sin por ello olvidarse de la supervisión.
- Enseñar a tolerar la frustración es la mejor manera preventiva contra la drogadicción.

- Hay que enseñar estrategias a los niños para no odiar, para reducir o desplazar la ira y el enfado, para no dañarse a sí mismos o a los demás.

PREPARARSE PARA SER PADRE

- Cada instante es irrepetible.
- Ilusión sin fin.
- Un verdadero tranquilizante son las palabras repletas de ternura.
- Educar es sembrar en los hijos el deseo de aprender y mucho más.
- Hay que educar con amor, humor y respeto, transmitir confianza y responsabilización, dar libertad dentro de unos límites razonados.
- Hay que educar en los sentimientos.
- Los lazos, más que de consanguinidad, son de afectividad.
- Un buen legado a los hijos es enseñarles a vivir el presente, sin estar siempre mirando a un futuro que se sentirá enseguida como pasado. Aprender a manejar el tiempo.
- Ser cómplice de una posibilidad trascendente, la educación de nuestros hijos.
- Interiorizar lo que significa adoptar.
- Para una posible y futura adopción, interpretando que no se trata de un niño para unos padres, sino de unos padres para un niño.

INFLUIR MÁS QUE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

- Versus niño «desconectado» del contacto.
- Juguemos con nuestros hijos. Por ejemplo, ¿ventajas de nacer con seis dedos en cada mano? ¿Inconvenientes de pintar todos los coches de la ciudad de amarillo? Si encontramos en la acera un hombre caído que

no se mueve, ¿qué es probable que le haya pasado? Y sin embargo, ¿qué es posible?

- Desarrollar la fantasía.
- Defender el tiempo de juego de la infancia.
- Tenemos que transmitir a los hijos la pasión por la lectura, el placer de leer y releer (estar a solas con sus pensamientos, sus fantasías).
- El juguete ideal es siempre el que inventan los niños, el que nace de la imaginación. Es una herramienta importante para su desarrollo global.
- En deconstruir los mensajes mediáticos.
- En huir de la seguridad de los tontos y los fanáticos.
- En el discernimiento al utilizar los medios de comunicación.
- El peso de la publicidad consumista empuja a percibir el esfuerzo como un contravalor o una pérdida de tiempo. Hay que filtrar la presión publicitaria.
- Coadyuvar a la protección de la infancia / contrapunto de pedófilos, fácil acceso a la droga... Convencidos de que se precisan políticas de infancia globales.
- Conseguir que los medios de comunicación, y específicamente la televisión, se comprometan con la educación / inequívocamente opuesto a ser contenedores de publicidad.
- Entendiendo que su objetivo es entretener. Generar espacios formativos, también para aprender a «depurar» lo que el consumo cotidiano de sucesos... conlleva.
- Educar en el ocio / opuesto al «tú mismo».
- Entendiendo lo que supone el respeto a su intimidad y honor.
- Interesarnos por sus actividades y grupo de amigos. Buscando normalizar los horarios de salida y regreso al hogar.
- La acción más seria de los niños pequeños es el juego; resulta necesario para reír.
- En el antídoto contra las adicciones.

ACABAR CON EL SENTIMIENTO DE IMPUNIDAD

- Opuesto a «soy menor».
- Desde la responsabilidad, ¿le hago acreedor de las consecuencias de sus propios actos?
- Acrecentemos su capacidad de diferir las gratificaciones, de tolerar frustraciones, de controlar los impulsos, de relacionarse con otros.
- La ética debe guiar nuestras metas y ser instaurada desde pequeños, enseñando a utilizar el razonamiento, la capacidad crítica, la explicación de las consecuencias que la propia conducta tendrá para los demás.
- Ante casos de *bullying* (acoso), secuestro, desaparición... desde la objetividad (desde la posible). Enmarcar la verdadera percepción del riesgo.

DAR LA PALABRA A LOS NIÑOS Y JÓVENES

- Abortando el despotismo ilustrado de «todo para el niño, pero sin el niño».
- Partiendo de que un niño no es solo el futuro, sino el presente. Hacerles partícipes de su unicidad.
- Hay mucho que aprender de los niños.
- Hay que educar en los sentimientos, el afecto, el control de impulsos, la sensibilidad, el cariño, el manejo del conflicto, capacidad de debate, dominio del miedo.
- Educar supone ayudar a reflexionar, motivar para que apetezca aprender, facilitar el encontrarse a sí mismo, viviendo con las propias ideas y creencias.
- Al niño hay que educarle a tener independencia emocional.
- Los diálogos con los hijos deben basarse en la reflexión, en la razón, no en la confrontación emocional.
- Será fundamental educar a los niños en los beneficios de la salud, del deporte, del contacto con la naturaleza, del autodomínio, de saber

rechazar ofertas y de apreciar el equilibrio más que la subida de adrenalina.

- Hemos de lograr que los niños transformen sus derechos en realidad.

PADRE VARÓN IMPLICADO EN LA EDUCACIÓN

- Nada que ver con el padre *light* y el *missing*.
- Sabedores de que los padres varones son necesarios, implicarse.
- Paternidad con apego.

DESCARTAR EL «HAGO CON ELLOS LO QUE QUIERO PORQUE SON MIS HIJOS»

- Aceptando que el concepto o tipos de familias se ha ampliado.
- Formarse para ser buenos padres. Evitando desequilibrios y adicciones tóxicas.
- Desde un entorno donde se ha ampliado el coetáneo/contemporáneo, evitar que los niños únicos sean hijos solos; que existan los llamados «niños llave» y los denominados «niños agenda».
- Hijo no es sinónimo de propiedad.
- Opuesto al debatido síndrome de alienación parental. Conocedores de la reincidente realidad, inocular lo que significa «el mejor interés del niño».

Notas

* http://www.procc.org/pdf/Intervencion_Comunitaria_con_adolescentes_Saenz_2000.pdf

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Javier Urrea Portillo, 2018
© La Esfera de los Libros, S.L., 2018
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): octubre de 2018
ISBN: 978-84-9164-445-3 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.